



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE  
MÉXICO



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DIVISIÓN DE ESTUDIOS PROFESIONALES

Metapsicología de las Adicciones

Muñoz Ruiz Cuauhtémoc

TESIS

DIRECTOR DE TESIS: MTRO. VÍTOR FIDEL SASTRE RODRÍGUEZ

REVISORA: MTRA. ANA BERENICE MEJÍA ITURRIAGA

México D.F. Junio de 2010



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi madre, Luz Ruiz Hernández, amorosamente*

*dedico todo este esfuerzo.*

*Gracias.*

*Y si el mar se convirtiera en agua ardiente: en el me ahogara  
para morirme borracho.*

Alfredo Gutiérrez  
El Diario de un Borracho

## Índice

5	Resumen
6	Introducción
9	Capítulo I: Sobre la Adicción
15	El uso de desinhibición
22	El uso de placer
25	El uso terapéutico
33	Capítulo II: Sobre Metapsicología
54	Capítulo III: Reflexiones Psicoanalíticas Sobre la Adicción
104	Capítulo IV: Metapsicología de las Adicciones
125	Conclusiones
127	Críticas
129	Referencias
129	Material bibliográfico
133	Material audio-visual

## Resumen

En el presente escrito se realiza una descripción metapsicológica del acto de adicción. Se procura responder a la pregunta de ¿Cuál es el efecto psíquico común a todo acto de adicción? Partiendo de la premisa de considerar a las adicciones a sustancias y a las llamadas adicciones psicológicas formas del fenómeno de la adicción, y teniendo en cuenta la distinción que el filósofo Antonio Escohotado hace respecto a los diferentes usos de droga, se plantearon tres posibles efectos psíquicos buscados mediante el acto de adicción, a saber: Desinhibición, placer, terapéutico. Se describió entonces el acto de adicción como uso de un objeto droga en busca de uno de los mencionados efectos. Se hizo hincapié luego en el hecho mismo del uso del objeto de adicción como condición general del acto, la descripción reveló que tal objeto es usado como una herramienta de la cual el sujeto se sirve para diversos propósitos, una especie de agregado yoico. Más adelante se escribieron los conceptos fundamentales que integran la metapsicología freudiana, considerando tres momentos del desarrollo de esta metapsicología: Primera tópica, narcisismo y segunda tópica. Después se revisaron diversas ideas psicoanalíticas sobre la adicción, iniciando con el aporte de Freud, encontrando ahí, el núcleo de muchas otras reflexiones sobre el tema. El recorrido por estas reflexiones incluyó el paso por autores de la primera generación de psicoanalistas, se agregaron también reflexiones ligadas a la escuela kleniana y lacaniana. Este recorrido puso de manifiesto la relación existente entre sexualidad y adicción, y una preocupación frecuente por ubicar el objeto de adicción respecto del objeto de la pulsión.

En el capítulo final se decanta la metapsicología de las adicciones, delineando primero tres destinos de pulsión en el acto adictivo, derivando diversas consecuencias de ello, las cuales quedan anotadas como conclusiones: El acto a-dictivo es una huida narcisista que se emprende con la ayuda de un objeto que es investido con la expectativa de solventar una dificultad, se consiente así un movimiento en el que la libido se retira de los objetos hacia el yo, la cual se tramita como delirio de grandeza, produciéndose luego un regreso de la libido a los objetos. Es el delirio de grandeza el que le da soporte al acto a-dictivo y en el que recae su efectividad. En el movimiento a-dictivo se hace una recuperación imaginaria del falo ( $\phi$ ), es decir que el sujeto colma de forma imaginaria aquello que en él es ausencia; lo anterior en detrimento del deseo, pues es éste el que ahora queda ausente. Es por esto que es un acto de a-dicción, de no-dicción, negación de la imposición a atarse al lazo social, que es necesariamente de lenguaje, y que implica la aceptación de buscar satisfacer aquello que se vive como falta, no en sí mismo, sino en el exterior, en los otros, en el Otro.

## Introducción

En el presente escrito trato el problema de la definición de la adicción, quiero decir que me ha interesado encontrar aquello que caracteriza de forma genérica a las adicciones. Esta búsqueda admitiría de forma tácita que hay rasgos comunes a todas las adicciones, pero esto no fue una premisa, sino una interrogante, sólo que ahora me parece puedo contestarla afirmativamente, ¿desde qué punto de vista? Desde el único que puede interesar a un trabajo psicológico, la pregunta sería entonces: ¿Cuál es el efecto psíquico que se produce en todo acto de adicción? Algunos colegas abordan el problema desde el sustrato orgánico, como un condicionamiento de la voluntad por la interacción de las sustancias droga con el sistema nervioso. Esto me parece muy importante, pero el problema se complica si aceptamos que hay adicciones que no son a sustancias, digamos adicciones psicológicas. Por supuesto no es suficiente para desechar el aporte de la psicofisiología, y ni siquiera es conveniente desestimarlos; no obstante es necesario introducir otro punto de vista, uno que nos explique, o nos permita comprender por qué, por ejemplo, el acto de adicción es realizado ante situaciones específicas; que nos diga algo de cómo el objeto de adicción es usado por el sujeto. Me parece que cierta intención del sujeto precede a la posible captura de su voluntad por un desajuste o modificación de su sistema nervioso.

¿Cuál es ese otro punto de vista? Las adicciones son objeto de estudio para diversas áreas del conocimiento, Sociología, Neurociencias, Medicina, Derecho... No obstante el amplio abordaje, una serie de fenómenos constitutivos de la adicción parecen quedar fuera del alcance parcelario de estas áreas; el Psicoanálisis resulta pues una tierra fértil en la que se han cultivado *pensamientos*, reflexiones, nacientes de una clínica que a su vez se actualiza en su encuentro con la adicción.

El tratamiento que aquí hago de las adicciones es pues desde el punto de vista psicoanalítico, específicamente la metapsicología freudiana, la cual me ha permitido describir el acto de adicción en términos de un proceso psicológico, siendo posible abarcar desde esta perspectiva un amplio espectro del fenómeno de la adicción.

El objetivo que ha guiado este empeño es el de hacer una descripción metapsicológica del acto de adicción que revele cual es el mecanismo psicológico común a todas las adicciones.

Las tesis que sostengo aquí pueden enunciarse de la siguiente manera:

En el acto a-dictivo se produce un replegamiento libidinal hacia el yo, es decir un narcisismo secundario, que responde a una huida que efectúa el sujeto.

La estasis de libido en el yo, producto del acto de a-dicción, se tramita como delirio de grandeza.

El delirio de grandeza producido en el acto de adicción es el destino pulsional estructural a dicho acto, de él se desprenden dos: el retorno de la libido a los objetos y el retorno de la libido a los objetos de la fantasía.

En el acto adictivo se positiviza el falo imaginario ( $\phi$ ), el cual se agrega al yo en calidad de suplemento imaginario a la falta constitutiva del sujeto (castración).

La completud imaginaria que se establece en el acto a-dictivo solventa la negación de los objetos y al tiempo puede facilitarle la reintegración de la libido a los mismos, lo anterior resultado de una cancelación de represiones.

En el acto a-dictivo el sujeto se decanta como objeto desecho @, y no pocas veces establece relaciones en las que el funge como tal, como objeto @.

Es más preciso hablar de acto a-dictivo y sujeto en a-dicción, que hablar de adicción y de adicto.

Estas tesis hallaran sustento en las siguientes paginas, al final las retomo, confío que en tal punto se presenten llenas sentido.

El cuerpo de este trabajo se divide en cuatro capítulos; en el primero de ellos, parto de la definición de farmacodependencia en los manuales de diagnóstico psiquiátrico para plantear la necesidad de responder a la pregunta por el efecto psíquico general del acto de adicción. A partir de las investigaciones del filósofo Antonio Escohotado distingo y



describo tres efectos psíquicos por los cuales es usado el objeto de adicción, a saber: Desinhibición, placer y terapéutico. Más adelante regreso en la reflexión para identificar que el objeto de adicción es usado a la manera de una herramienta, una especie de agregado al sujeto, siendo esta condición de uso una constante en la a-dicción.

En el segundo capítulo echo los cimientos psicoanalíticos de las principales tesis que sustento en este trabajo, me refiero a la metapsicología freudiana. Son ejes de este apartado la primera tópica, el narcisismo y la segunda tópica.

En el apartado tercero llevo al cabo una larga caminata por diversas reflexiones psicoanalíticas de la adicción. Inicio ubicando los diferentes momentos en que Freud se refirió a la adicción, encuentro aquí indicaciones primordiales para la comprensión de la adicción, siendo éstas núcleo de muchos de los desarrollos al respecto desde el enfoque psicoanalítico. Continúo con reflexiones de la primera generación de psicoanalistas, más adelante introduzco el problema de la relación de objeto y las adicciones, con reflexiones montadas en el marco Kleniano, para finalizar con aportaciones allegadas a las enseñanzas lacanianas. El recorrido de este capítulo también puede seguirse como la ubicación de la adicción en íntima relación con la sexualidad, la adicción como sustituto del goce sexual faltante, la adicción y sus vínculos con la homosexualidad y la bisexualidad, la relación de la adicción y el objeto de la pulsión, la droga como objeto, la crítica a la visión objetal de la droga, y el giro de la visión objetal (el sujeto adicto como objeto desecho @).

En el capítulo cuatro desarrollo la metapsicología de las adicciones, describiendo tres destinos del acto de adicción. Más adelante dialogo con algunos autores referidos en la sección tres, derivando algunas otras reflexiones en torno a la identidad del objeto de adicción, a la relación del objeto amoroso y el objeto de adicción, etc.

Hecha esta breve presentación, abro las puertas de este trabajo.

## Sobre la Adicción

*El hombre ha querido soñar, y el sueño dominará al hombre; pero ese sueño será en todo hijo de su padre. El individuo ocioso se las ha ingeniado para introducir artificialmente lo sobrenatural en su vida y en su pensamiento; pero, en última instancia y pese a la energía accidental de sus sensaciones, no se tratará más que del mismo hombre aumentado, elevado a una altísima potencia.*

Charles Baudelaire<sup>1</sup>

La adicción en su acepción más general puede entenderse como un hábito que se realiza de forma compulsiva; sin embargo, lo anterior sólo describe una forma –la más escandalosa– de la adicción, pero ésta no siempre se muestra así, como un *Sin cara* que va devorando la vida del adicto, a veces se circunscribe a momentos específicos, situaciones específicas en el que el sujeto hace uso de objetos como droga, dichos momentos revelan mucho del acto de adicción. Es preciso entonces llevar al cabo una descripción que nos permita situar al fenómeno principalmente en el terreno clínico, o de forma más precisa, dar paso a que las manifestaciones subjetivas nos hablen de la adicción, para lo cual es imprescindible el material clínico; me apoyaré aquí de algunas viñetas extraídas de la literatura psicoanalítica sobre el tema, además de explotar la cantera que nos ofrece el cine y la literatura.

Antes de iniciar esta descripción, quiero señalar que esta búsqueda en la experiencia adictiva está orientada sobre una pregunta central. Adicción no es una palabra que la Organización Mundial de la Salud (OMS), ni la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE 10), ni el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM IV TR) recojan, en cambio se han usado los términos de farmacodependencia (OMS), síndrome de dependencia (CIE 10), y dependencia y abuso (DSM IV TR). ¿Qué justifica emparentar estas palabras? Revisemos las definiciones.

Farmacodependencia es definida como *el estado psíquico y a veces físico causado por la interacción entre un organismo vivo y un fármaco; la farmacodependencia se caracteriza por modificaciones del comportamiento y por otras reacciones que comprenden siempre un*

---

<sup>1</sup> Fragmento del Poema del Hachís, en *los Paraísos Artificiales* (Baudelaire, 1860/2000, p. 380).

*impulso irreprimible a tomar el fármaco en forma continua o periódica, a fin de experimentar sus efectos psíquicos y a veces para evitar el malestar producido por la privación (OMS, 1969, p. 6).*

*Síndrome de dependencia es un conjunto de manifestaciones fisiológicas, comportamentales y cognoscitivas en el cual el consumo de una droga, o de un tipo de ellas, adquiere la máxima prioridad para el individuo, mayor incluso que cualquier otro tipo de comportamiento de los que en el pasado tuvieron el valor más alto. La manifestación característica del síndrome de dependencia es el deseo (a menudo fuerte y a veces insuperable) de ingerir sustancias psicótropas (aún cuando hallan sido prescritas por un médico), alcohol y tabaco (OMS, 1992, p. 103).*

*Dependencia de sustancias consiste en un grupo de síntomas cognoscitivos, comportamentales y fisiológicos que indican que el individuo continúa consumiendo la sustancia, a pesar de la aparición de problemas significativos relacionados con ella. Existe un patrón de repetida autoadministración que a menudo lleva a la tolerancia, la abstinencia y a una ingestión compulsiva de la sustancia (...) Aunque no está incluida específicamente en los criterios diagnósticos, la «necesidad irresistible» de consumo (craving) se observa en la mayoría de los pacientes con dependencia de sustancias (American Psychiatric Association, 2002, p. 218). La dependencia se define por la presencia de tres o más síntomas de los siguientes:*

*Tolerancia (Criterio 1) es la necesidad de recurrir a cantidades crecientes de la sustancia para alcanzar la intoxicación (o el efecto deseado) o una notable disminución de los efectos de la sustancia con su uso continuado a las mismas dosis (Ibíd., p.220).*

*La abstinencia (Criterio 2a) es un cambio de comportamiento desadaptativo, con concomitantes cognoscitivos y fisiológicos, que tiene lugar cuando la concentración en la sangre o los tejidos de una sustancia disminuye en un individuo que ha mantenido un consumo prolongado de grandes cantidades de esa sustancia. Después de la aparición de los desagradables síntomas de abstinencia, el sujeto toma la sustancia a lo largo del día para eliminarlos o aliviarlos (Criterio 2b), normalmente desde que se despierta (Ibíd.).*

*El manual indica que la presencia de cualquiera de estos dos criterios establece el indicador con dependencia fisiológica, y en su ausencia sin dependencia fisiológica. Nos advierte además que ni la tolerancia ni la abstinencia son condiciones necesarias ni suficientes*

*para diagnosticar una dependencia de sustancias. Algunos sujetos (p. ej., los que tienen dependencia de la Cannabis) presentan un patrón de uso compulsivo sin signos de tolerancia o abstinencia. Por el contrario, algunos pacientes posquirúrgicos sin diagnóstico de dependencia de opiáceos presentan tolerancia a los opiáceos prescritos y experimentan abstinencia sin mostrar signo alguno de uso compulsivo (Ibíd.).*

Los criterios que configuran el patrón de uso compulsivo para la dependencia de sustancias son:

*Puede ocurrir que el sujeto tome la sustancia en cantidades mayores o durante un período de tiempo más prolongado de lo originalmente pretendido (p. ej., el sujeto bebe hasta intoxicarse a pesar de haberse autoimpuesto el límite de una sola bebida) (Criterio 3). El sujeto puede expresar el deseo persistente de regular o abandonar el consumo de la sustancia. En algunos casos habrá un historial previo de numerosos intentos infructuosos de regular o abandonar el consumo de la sustancia (Criterio 4). Es posible que el sujeto dedique mucho tiempo a obtener la sustancia, a tomarla y a recuperarse de sus efectos (Criterio 5). En algunos casos de dependencia de sustancias, todas las actividades de la persona giran virtualmente en torno a la sustancia. Importantes actividades sociales, laborales o recreativas pueden abandonarse o reducirse debido al consumo de la sustancia (Criterio 6). El sujeto puede abandonar las actividades familiares o los hobbies con tal de consumir la sustancia en privado o estar más tiempo con amigos que tomen la sustancia. También puede ocurrir que, a pesar de reconocer la implicación de la sustancia en un problema tanto psicológico como fisiológico (p. ej., graves síntomas de depresión o lesiones de órganos), la persona continúe consumiendo la sustancia (Criterio 7). El aspecto clave en la evaluación de este criterio no es la existencia del problema, sino más bien la imposibilidad de abstenerse del consumo de la sustancia, a pesar de ser consciente de las dificultades que ésta causa (Ibíd., 221).*

¿Qué podemos extraer de estas definiciones? Puede leerse que para la OMS la dependencia a los fármacos es un estado que implica siempre, su característica principal digamos, un impulso irresistible por experimentar los efectos psíquicos del fármaco; es el impulso por la

experiencia psíquica del fármaco. En la definición de síndrome de dependencia reencontramos el impulso, aquí expresado como deseo fuerte y a veces insuperable, de ingerir sustancias psicotropas, alcohol y tabaco; difiere de la anterior en que no se indica el motivo por el cual el individuo mantiene este deseo, no se mencionan los efectos psíquicos. Agrega además la prevalencia del acto de drogarse en la vida del dependiente sobre cualquier comportamiento incluso el que le fuese el más valioso. Los criterios de diagnóstico son muy similares a los que enuncia el DSM IV TR, y aquí se enlistan. La dependencia de sustancias sigue un camino similar, nos dice que el individuo consume la sustancia a pesar de experimentar diversos problemas relacionados con ella; de forma tácita nos indica que la droga adquiere máxima importancia en la vida del individuo, si esto no es visible, podemos hallarlo en los criterios de diagnóstico, los criterios 5, 6 y 7 pueden incluirse como la instauración de la sustancia como eje primordial de la vida del dependiente. Los criterios 3 y 4 hablan de la imposibilidad del individuo de controlar el uso de la sustancia, quizá sea válido incluirlos como manifestaciones del deseo o impulso irresistible a consumir. De acuerdo al DSM IV TR la dependencia a sustancias se configura en la triada tolerancia, abstinencia, patrón de uso compulsivo; sin embargo, el factor primordial, y que de hecho la define, es el patrón de uso compulsivo, pues ni la tolerancia ni la abstinencia son criterios suficientes para el diagnóstico de dependencia de sustancia, en cambio, puede haber dependencia sin dependencia fisiológica. La droga no es necesaria al adicto, la adicción no es la expresión de una necesidad, si alguien continúa haciendo uso de sustancias como droga no es porque sea inevitable, o imprescindible para su sobrevivencia.

Lo que podemos encontrar en estas definiciones es la instauración de la droga como eje entorno al cual gira la vida del dependiente y el impulso o el deseo a consumir la sustancia. Se abre entonces una pregunta ¿Qué es lo que motiva, o cuál es el origen de este impulso hacia la droga? En la definición de farmacodependencia se dice que el fin del consumo es experimentar los efectos psíquicos del fármaco, es obvio que el motivo de este estado tanto en el CIE 10 como en el DSM IV TR es la droga, por eso clasifican la problemática como trastornos por consumo de sustancias o psicotropos. Ante la diversidad de efectos que producen las sustancias cabe la pregunta ¿Cuál es el común denominador en los efectos de

estas sustancias?, ¿en qué consisten los efectos psíquicos que se enuncian en la definición de farmacodependencia? Esto puede complicarse más si coincidimos con Enrique Echeburúa (2000) en que no es un error señalar que ciertas conductas como el juego patológico, la dependencia al ordenador, etc., pueden considerarse psicopatológicamente como adicciones y que se cuenta con suficiente experiencia clínica como para hablar de adicciones psicológicas, ¿qué efecto psíquico coincide en las adicciones de sustancia y en las psicológicas?

La pregunta que orienta esta búsqueda en el acontecer subjetivo del adicto es por el efecto psíquico que se produce en el acto adictivo. Esta búsqueda podría correr diversos derroteros, si aceptamos que las drogas son la causa de este trastorno, entonces la investigación se encausa por los caminos de la farmacodinamia; pero si consideramos que antes de la droga y sus propiedades se halla un sujeto que decide hacer uso de las drogas, entonces el camino sigue en busca de aquellas motivaciones que lo llevan a hacer uso de dicha sustancia. Es en esa vía donde podemos hacer convergencia con los otros actos de adicción. Esta pesquisa también pretende ir tras ese punto de confluencia entre las diversas adicciones, particularmente entre adicciones de sustancia y psicológicas; partamos de la afirmación de este parentesco basándonos en el estudio de Echeburúa (Ibíd.); serán entonces los procesos de dependencia de sustancia, así como los adicciones psicológicas considerados aquí formas del fenómeno de la adicción.

Dentro de la *Historia General de las Drogas*, Antonio Escotado (2000) incluye el apéndice sobre la *Fenomenología de las Drogas*, ahí el autor distingue en el consumo de drogas dos usos de estas: Empleos festivos y empleos curativos o terapéuticos; más adelante clasifica las drogas de acuerdo a su psicoactividad en: Fármacos de paz, fármacos de energía y visionarios. Es cierto que previamente nos ha advertido respecto de los fármacos que *las condiciones de acceso a su consumo son al menos tan decisivas como lo consumido* (Ibíd., p. 1184), así, podemos decir sin error que la psicoactividad que producen las diferentes drogas pueden servir de forma indistinta a un empleo festivo o terapéutico; es decir que la paz, la energía o las visiones que brindan pueden ser usadas en la fiesta o en la sanación.

El uso festivo de las drogas se observa tanto en la fiesta religiosa como en la profana; nos dice Escohotado (Ibíd. p. 185) que *si el objeto de usar drogas en fiestas religiosas es facilitar el acercamiento a lo sobrenatural, el de nuestras fiestas profanas es sin duda aumentar el grado de unión entre los participantes*. La esencia de la fiesta es el exceso, un exceso permitido, *la permisión de todo cuanto de ordinario esta prohibido* (Freud, 1913/1986, p. 142); no es menester acudir a esta pieza teórica para aseverar que la fiesta es un marco donde las prohibiciones se aligeran, y donde más que en cualquier momento es permitido el uso de drogas de forma recreativa; las drogas facilitan el acercamiento en el marco de la fiesta, su función es la desinhibición, tenemos en el alcohol, *lubricante social*, el más connotado ejemplo. Podemos entonces entender el uso festivo como un uso de desinhibición<sup>2</sup>; pero este uso de desinhibición no se reduce a la fiesta, podemos encontrarlo en diversas situaciones. El propósito recreativo nos habla también de otro uso, el más obvio, el de placer, el acto adictivo como un acto placentero. El uso terapéutico ya ha sido mencionado; la droga entendida como medicina puede traer alivio, el acto adictivo puede ser también terapéutico, pero se especializa en los malestares del alma. Revisemos estos tres usos en la experiencia adictiva.

---

<sup>2</sup> Respecto de la fiesta religiosa habría que aceptar una inhibición al contacto directo con lo divino en lo cotidiano, reservado a ocasiones como la fiesta; lo anterior puede apoyarse en la frecuente intermediación de un sacerdote o guía espiritual y de las mismas drogas en la experiencia religiosa. Sobre los motivos de esta inhibición preferiría no expresarme aquí, basta señalarlo.

## El uso de desinhibición

*Encoge mi hígado, ¿no es cierto? Encurte mis riñones, sí. ¿Pero qué le hace a mi mente? Lanza los sacos por la borda para que el globo pueda elevarse. De pronto, estoy por encima de lo ordinario. Tengo mucha seguridad. Estoy caminando en una cuerda floja sobre las cataratas del Niágara. Soy uno de los grandes. Soy Miguel Ángel moldeando la Barba de Moisés. Soy van Gogh pintando la luz del sol. Soy Horowitz tocando el "Concierto del Emperador".*<sup>3</sup>

Comúnmente se acepta que el alcohol tiene la capacidad de influir en las personas, bajo sus efectos llevan al cabo conductas que de ordinario no realizan, se hace y se habla de más, se llora, se ríe, se baila, etc., es por eso que el alcohol es tan exitoso en la fiesta occidental, tanto que rarísima vez se celebran reuniones sin que intervengan bebidas alcohólicas en abundancia (Escohotado, *Ibíd.*). La imagen que nos ofrece la película *La Vida Inútil de Pito Pérez*<sup>4</sup> (Contreras, 1943) del *insigne vagabundo* de Santa Clara del Cobre es precisamente la de un hombre con muy pocas inhibiciones, que se atreve a hacer repicar las campanas de la iglesia del pueblo para anunciar su llegada, a vestirse de fraile carmelita para, a título de misionero, recolectar las dádivas que la gente le ofrece en ese entendido, o a confesar a despecho, en medio del festejo de nupcias ajenas, que la desposada *tiene un lunar en el pecho, vello en las pantorrillas y ya no siente cosquillas* (*Ibíd.*). La extravagancia de Pito Pérez llama la atención del poeta Daniel Román, quién se regocija en la charla con Pito y reconoce en él la virtud de decir la verdad, y así lo hace Pito con ingenio y con toda la desvergüenza; así también se reconoce Pito, dice: *-yo soy amigo de la verdad, y si me emborracho es nada más pa sentirme con ánimos de decirla*. Este mismo espíritu podemos reencontrarlo en el personaje de Charles Bukowski Henry Chinaski que el director Barbet Schroeder (1987) retrató en el cine en *Barfly*. Estos personajes han hecho parte fundamental de su vida al líquido etílico, acompaña su talento alegre, espontáneo,

---

<sup>3</sup> Conversando con un cantinero, Don Birnam reflexiona sobre el efecto del alcohol en su persona. Tomado del filme *Días Sin Huella*, Wilder & Brackett (1945).

<sup>4</sup> Adaptación de la novela homónima de José Rubén Romero.



ingenioso; pero el uso de desinhibición se presenta con mucha más frecuencia que en estos de acercamiento perenne al alcohol, y de ello da cuenta la fiesta, en ella los participantes se acercan y el alcohol suele mediar esos acercamientos, tal desinhibición referida a las relaciones con otras personas tiene notables ejemplos en las relaciones de carácter amoroso y sexual; así lo muestran algunas breves notas sobre un caso de una mujer *muy preocupada por el aumento de su consumo de marihuana y tranquilizantes debido a dificultades para dormir; además se queja de angustia e inestabilidad. En la primera entrevista menciona que su consumo de drogas ha sido discreto desde que era muy joven, pero que ha aumentado considerablemente desde que decidió buscar nuevamente una pareja. Ante la anticipación del encuentro con hombres se angustia y recurre a las drogas para tranquilizarse. Había estado casada con una persona del entorno familiar prácticamente elegida para ella. Su vida de pareja había sido "insípida pero feliz". El matrimonio duró muy poco tiempo, algo que lamenta sobre todo porque su marido, dedicado a su actividad política, muy distante y algo irresponsable con las demandas de la vida familiar, se desinteresaba del sexo. Ella viene con cierta conciencia de haber elegido un hombre que se ajustaba a las características de lo que siempre había criticado y cuya vida transcurría en el trabajo (...) lo que ha ido apareciendo en las entrevistas iniciales revela que ante el encuentro con el otro sexo experimenta angustia en exceso. Dice una y otra vez que no sabe cómo hacer con los hombres, "con ellos las cosas no me salen bien". A la vez manifiesta gran dificultad para hablar de la historia de sus primeros encuentros con un hombre. En sus acercamientos amorosos prueba con el alcohol para ayudarse, luego lo sustituye por marihuana, función muy conocida del alcohol y las drogas para acompañar al sujeto en sus incursiones en el amor y la sexualidad (Réquiz, 2003, ¶ 6,7).*

El autor agrega al respecto: *Las drogas aumentan la valentía y disminuyen la inhibición, y el sujeto se apoya en ellas para acercarse a lo deseado. En este caso ese apoyo se transformó en una sustitución del hombre por las drogas, aunque imaginando en la lejanía de sus fantasías a un hombre que se acerca a ella para declararle su amor. Con el aumento de la angustia también se incrementa el consumo que pasó de la marihuana a la cocaína, repitiendo frecuentemente que en la relación con los hombres no sabe cómo manejarse y*

que por eso se mantiene a distancia de ellos. (Ibíd.). El alcohol media el encuentro con el objeto de amor y lo posibilita.

La aproximación sexual también puede ser permitida por el alcohol como una inhibición desmantelada por éste<sup>5</sup>; interesante efecto, especialmente cuando el acercamiento que produce es uno que el individuo rechaza abiertamente en su vida de diario; revisemos un ejemplo:

*Un obrero de treinta y nueve años, inteligente, se dirige a la Previsión para Bebedores en procura de consejo e información (...) en los últimos años de la niñez y durante la adolescencia fue un gran masturbador; luego tuvo contacto con mujeres ocasionalmente. Se casó hace dos años y tiene dos hijos. Sólo ha sufrido pequeños accidentes sin importancia y nunca ha estado enfermo. Es muy moderado para beber; sólo ocasionalmente durante alguna reunión, bebe de medio a un litro de cerveza. Esto le provoca una intensa excitación sexual que lo impulsa a aproximarse a individuos jóvenes de sexo masculino y a tocarles los órganos genitales. Siempre ha podido resistirse a esos deseos, hasta que en una oportunidad, regresando a su casa de una reunión de sociedad, en la que había bebido un par de vasos de cerveza, encontró a un jovencuelo a quién invitó a concurrir a un café, donde le pagó una copa de cerveza y por debajo de la mesa le tocó los genitales. (...) Desde entonces se abstiene de beber, pues sabe el peligro que para él entraña el alcohol, aún en dosis moderadas. En su estado normal, su apetito sexual se orienta exclusivamente hacia las mujeres, y hasta le ocasiona 'repugnancia' la actividad genital homosexual. No logra recordar cuando sintió por primera vez esos impulsos al beber cerveza (...) Deutsch cree que se trata de un caso de bisexualidad, que se revela al desaparecer en el sujeto la censura por la ingestión moderada de alcohol (Caso tomado de Deutsch citado en Stekel, s.f.).*

---

<sup>5</sup> Se ha dicho que el efecto del alcohol sobre el acto sexual es impotencia en el caso de los hombres y en las mujeres lascivia (p. ej. Braunstein 2006); pero lo que se señala aquí es un efecto de apertura que el objeto de adicción posibilita, sus efectos prácticos interesan menos como consecución de lo que el sujeto se propone, lo llamativo es la caída de los impedimentos psíquicos.

Este caso es uno de muchos que el autor cita en el mismo tenor, el alcohol hace desaparecer la barricada contra la corriente homosexual, o arrecia esta corriente; pero como él señala, son más interesantes una serie de casos en los que se da un movimiento a la inversa. Refiere casos en los que individuos homosexuales acometen actos heterosexuales en estado alcohólico. De Fleischmann cita un párrafo en el que un homosexual indica que su encuentro con la mujer es con la venía del alcohol: *A los veintiocho años concurrí por primera vez a un prostíbulo, y excitado por los vinos espirituosos logré realizar el coito con una mujer; ¡en mi estado normal ni veinte caballos hubiesen logrado arrastrarme a ese sitio!, dice el invertido. Siempre le ocurre que puede practicar el coito con mujeres después de la ingestión de alcohol* (citado en Ibíd.). Un ejemplo del cine puede mostrar con mucha fuerza la potencia del alcohol para allegar a los cuerpos. En el magnífico filme *Adiós a las Vegas* (Figgis, 1995), el borracho Ben se enamora de Sera, mantienen un bello amor en el que el acto sexual está limitado; no obstante Sera encuentra la herramienta para aproximarse al bebedor, se tira el líquido etílico en el cuerpo, Ben cae en el embrujo de alcohol y carne y por fin se dirigen a consumar su unión. Aunque la caída de Ben sobre la mesa de cristal impide la compleción del acto sexual, esta escena nos muestra como literalmente el alcohol media en la unión sexual; anterior, él rehusó el comercio con Sera, sólo con el alcohol paseando en la piel de ella, Ben se encaminaba a los interiores de su enamorada.

El efecto del alcohol en el ánimo suele ser el de hacer venir algo impedido, y esta substancia lo consiente, es su pretexto; son los casos referidos atrás; pero hay otras posibilidades, puede introducirse la violencia que también se liga fuertemente al estado de embriaguez. En el filme *Crónicas* (Cordero, 2004) Vinicio Cepeda es un asesino de niños, *el Monstruo de Babahoyo*, por *una casualidad del destino*, como dice Vinicio, se entrevista con Manolo Bonilla, el reportero estrella del programa sensacionalista *Una Hora con la Verdad*; entre ellos se da un diálogo de complicidad en el que ambos pretenden creer que el asesino no es Vinicio, sino un viajante que le contó todo sobre los asesinatos; Vinicio relata a Manolo su supuesto encuentro con *el Monstruo*, un fragmento de tal diálogo es el que sigue:

Manolo: *¿Qué siente él cuando está buscando a un niño?*

Vinicio: *Siente que puede hacer cualquier cosa y que no le va a pasar nada.*

Manolo: *Se siente todo poderoso.*

Vinicio: *¡Todo poderoso, arrogante! Sobre todo cuando bebe; él disfruta de tener el control sobre las cosas.*

Manolo: *¿Y tú, bebes?*

Vinicio: *No yo no, nunca, le tengo mucho recelo al trago, he bebido, pero antes; estuve algunos años en Alcohólicos Anónimos.*

Manolo: *¿Y él?*

Vinicio: *Él si bebe, mucho, sobre todo en esos momentos, el trago le da valor.*

La imagen de la botella vacía aparece en la película como indicio de los asesinatos de Vinicio, es una herramienta más dentro del estuche de este asesino, y él confiesa la potencia del alcohol sobre el asesino, la oportunidad de acceder a los niños.

Toda esta desinhibición se sintetiza en una parte del relato que hace un hombre a Ignacio Solares (2003, p. 218), y que a su vez éste transcribe en el estremecedor libro *Delirium Tremens*. Dice el entrevistado: *Siempre, desde mi adolescencia, estuvo presente la sombra del “otro”<sup>\*</sup>. Por ejemplo, necesitar tres copas para adquirir la valentía que “no era mía”<sup>\*</sup>, para meterme con una prostituta, para hacer la ridiculez de bailar hincado en una fiesta. Y años después, necesitar diez para golpear a mi hijo sin ninguna razón, para disparar una pistola hacia el techo, con mi esposa acostada a mi lado, mirando como rebotaban peligrosamente las balas en las paredes.*

---

<sup>\*</sup> Palabra o frase en cursivas en la fuente.

El alcohol es el paradigma del uso de desinhibición del objeto de adicción; no obstante no es un uso exclusivo a dicho objeto, lo reencontramos en tantos otros casos. Ya en muchas otras drogas vemos este uso, para mencionar un ejemplo puedo referir la secuencia de *Trainspotting* (Boyle, 1996) en la que Spud comenta: *Me pongo muy nervioso en las entrevistas y no puedo responder, como un futbolista ante un gran partido.* Acto seguido su amigo Renton le ofrece una papelina, a lo que responde Spud: *Un poco de coca servirá.* Y así fue, en el siguiente plano Spud enfrenta la entrevista sin ninguna inhibición y con mucha fluidez, quizá demasiada, pero es cierto, el objetivo era no conseguir el empleo. Y por supuesto el efecto de desinhibición se presenta también en las adicciones psicológicas. El uso de internet nos da una idea clara de ello, su posibilidad de anonimato implica la oportunidad de una apertura de la personalidad que parece muy barata, así en el *hot chat*, las transformaciones sexuales se dan en la intensidad del chat las pasiones inconfesables revientan en la aceleridad de las pisadas del teclado que emulan los movimientos del Rubicón orgásmico. En general la vida relacional en el internet ofrece la ocasión para diversificar la personalidad, y ciertamente no es el anonimato la única cualidad de internet que facilita la remodelación de la imagen del individuo, la misma virtualidad proporciona ya la herramienta para ello, lo que podemos observar en los sitios de redes sociales, donde es frecuente el uso de diversos materiales que adornan la presentación del individuo, entre ellos las fotografías, las que no pocas veces son un acto de desinhibición, exhibición, hombres y sobre todo mujeres se muestran con pocas prendas, en posiciones seductoras, en actividades que regularmente no hacen públicamente, pero que si publican en la red; también se comentan cosas, se expresan ideas, sentimientos, de forma abierta e inusual en su vida fuera del ciberespacio. La virtualidad es espacio para ser algo que en la realidad está impedido en alguna medida. Algo no muy lejano puede decirse acerca de los videojuegos, *los videojuegos permiten tanto la descarga agresiva como la satisfacción de poder desplegar facetas de la personalidad no mostradas o inclusive censurables en la cotidianeidad. En esta otra realidad se pueden llevar a cabo actos que no son posibles en la vida cotidiana* (Balaguer, 2007, ¶ 9). La gran interacción que brindan estos medios tiene mucho que ver en este efecto de desinhibición, del alzar zonas oscuras del usuario. La televisión, aunque no ofrece propiamente un efecto de cancelación de las inhibiciones (quizá por sus limitaciones para la interacción), sí da al

televidente la experiencia de ser de forma refleja el personaje que se muestra en la pantalla, es lo que consigna Román Gubern (2006, p. 38, 39) al referirse a las telenovelas en su obra *El Eros Electrónico*, escribe de la audiencia: *Vive por procuración, de un modo vicarial, grandes pasiones y grandes dramas, que le hacen sentirse superior (...) el espectador vive en realidad un desdoblamiento proyectivo, de modo que se siente solidario y se identifica con el personaje positivo, en quién ve a su semejante, digno de su simpatía, mientras que libera sus frustraciones, y sus ansias destructivas a través del personaje malvado, del transgresor moral. Al fin y al cabo, en todo telespectador coexiste un doctor Jekyll y un Mr. Hyde.*

Hay que decir en el tenor de este capítulo que la novela de Stevenson citada por Gubern es constantemente relacionada al fenómeno de las adicciones (p. ej., López, 1991), incluso por sujetos adictos (véase p. ej. Rosenfeld, 1978, p. 160) pues precisamente muestra la transformación de un respetable hombre por efecto de una sustancia preparada al propósito, en otro que es abominable, capaz de los placeres más oscuros y perversos, que sin embargo es él mismo, Dr. Jekyll describe así su metamorfosis: *En mi interior experimentaba una fogosidad impetuosa, por mi imaginación cruzó una sucesión de imágenes sensuales en carrera desenfrenada, sentí que se disolvían los vínculos de todas mis obligaciones y una libertad de espíritu desconocida, pero no inocente, invadió todo mi ser* (Stevenson, 1886/1996, p. 93).

Es muy importante estudiar el uso de desinhibición pues es muy cercano a lo que podríamos indicar como la función general del objeto de adicción. Revisemos a continuación otro uso, el uso de placer.

El uso de placer

*Piensa en tu mejor orgasmo. Multiplícalo por mil y aún estarás lejos.*<sup>6</sup>

*Muchos creen que se trata de miseria, desesperación, muerte. No hay que ignorar eso (...)* Pero se olvidan... del placer. Si no, no lo haríamos. No somos idiotas. Al menos no tan idiotas. (Boyle, *Ibíd.*). Esto nos explica Mark Renton en el monólogo inicial de *Trainspotting*; el efecto más obvio en el acto adictivo es el placer, y Renton no deja de señalarlo, pues considera que por los inconvenientes que en el acercamiento a la droga se producen, puede pasarse por alto un elemento de gran relevancia en su experiencia con las drogas, esto es que dicha experiencia es placentera. En realidad parece que este aspecto no ha estado ausente en las reflexiones sobre el tema, el hecho de destacar con tanta fuerza los efectos negativos del uso de drogas es ya indicador del valor de la joya adictiva, pues no parecería necesario remarcar el costo del acto adictivo si por sí mismo mostrase a todas luces ser un negocio desventajoso; pero además muchos autores han sido francos en señalar el problema del placer como centro de gravedad para el adicto, sensación a la que se rinde; así se ha mencionado sobre ellos su cualidad hedonista, la debilidad de su *yo* que siempre se refugia en las formas adictas de placer; ya el estudio de Rosenfeld (*Ibíd.*) indica el narcisismo como una característica mencionada frecuentemente en los estudios psicoanalíticos sobre la personalidad del dependiente. Muchos otros se han manifestado desde un punto de vista diverso, hasta reivindicar la particular forma de allegamiento del adicto al placer. Milner (1985) nos invita a pensar la relación del toxicómano y el placer, se pregunta sobre la carencia que la falta de droga le produce, su acceso transgresivo al placer como negación de algo limitado, que lo lleva a hacer del placer su ley. Olievenstein (1985) en el mismo tenor, destaca el rechazo que se mantiene a las formas de acceder al placer que los toxicómanos revelan, el sentido de la existencia queda cuestionado por el desvelamiento de la posibilidad de encontrar un placer *de calidad exquisita y superior al placer de un orgasmo sexual* (*Ibíd.*, p. 34), placer determinado por la introducción de un producto químico en el cuerpo. Una reflexión más sofisticada es la que lleva al cabo Melenotte

---

<sup>6</sup> Max Renton se expresa sobre el efecto de la heroína. Tomado de la película *Trainspotting* (Boyle, *Ibíd.*).

(2002), quién reconoce al sujeto del placer, sujeto universal en la medida en que todos somos usuarios del placer, *el toxicómano es aquel que ha encontrado su retazo en una sustancia (...) yo no uso del placer sino por medio de la sustancia que lo produce* (Ibíd. ¶ 6). La exclusividad que el toxicómano le otorga a su uso del placer no es para Melenotte la enfermedad, de hecho esta exclusividad no lo limita a ese uso, la limitación la da una categorización en la que es incluido: la de toxicómano. Aún así, la dificultad para el toxicómano es la enfermedad de placer, el hecho de que su cuerpo deje de funcionar como receptáculo del placer, que deje de prestar ese servicio en relación al uso del placer que ha decidido, es decir, que deje de hacer efecto la sustancia.

El placer está en el discurso de muchos de los que reflexionan sobre la adicción; también en los adictos. Lo mismo puede decirse de la relación que establecen entre el placer del acto adictivo y el placer sexual –sea la sexualidad (placer sexual orgásmico) como punto de comparación o identificación de este placer– los autores recién citados y otros, de los cuales podemos agregar a Charles Melman (2000), y es precisamente porque en el decir del adicto está ya esa vinculación, y mientras *Sick Boy* inyecta heroína a *Allison*, *Mark Renton* nos explica el efecto de dicha sustancia: *Piensa en tu mejor orgasmo. Multiplícalo por mil y aún estarás lejos*. A instante seguido *Allison* concluye la descripción adecuándola a su perspectiva: *Supera a cualquier inyección. Es mejor que todos los penes del mundo* (Boyle, Ibíd.). Por supuesto puede decirse que en este ejemplo sólo se reconoce dicha relación con la heroína; pero la definición que nos dan *Renton* y *Allison* parece tener como cualidad lo sexual y diferir sólo cuantitativamente. Insistamos en que dicha relación está en el propio decir de muchos adictos, atendamos a la descripción de un encuentro con el tóxico: *Tenía la sensación de subir suavemente, el corazón latía más despacio, en ese momento ya nada tenía importancia, era (...) como el placer sexual, un orgasmo con uno mismo* (D. y J. B. Domeneghini, citados en Vera, 1988, p. 104). El anterior ejemplo nos dice algo interesante, *un orgasmo con uno mismo*, administración más o menos autónoma de placer.

Pensemos más sobre el placer, el estrechamiento entre el placer de las drogas y el venido de la sexualidad, así como las reflexiones mencionadas sobre el placer en la adicción, pueden conducirnos a sobrevalorar la importancia del placer en el fenómeno de la adicción, hasta



tasarlo como el componente que sustenta la adicción; pero la invocación del placer como causa del adicto cae muy pronto<sup>7</sup>, el mismo *Mark Renton*, aunque cínico, nos indica que alrededor del fenómeno de la adicción hay más que placer, el fenómeno de abstinencia nos lo muestra también. Algunas drogas producen visiones, sensaciones, abren las puertas de *los paraísos artificiales*, pero muchas otras no producen ni una fracción de ese placer, el tabaco, por ejemplo. El uso hedónico de la tecnología más que mostrar la apertura hacia nuevos horizontes de sensación, lo que nos muestra, como lo ha advertido Gubern (Ibíd.), retomando a Herbert Schiller respecto de la oferta informativa, es la *gran variedad de lo mismo*. La gran dependencia mundial al televisor nos señala en la misma dirección, el placer que produce ésta es en general mediocre, no obstante su potencial; también el internet en su infinitud ofrece más que abrir *las puertas de la percepción*, una presencia constante –evidente por ejemplo en los servicios de mensajería instantánea– y una posibilidad de constituir una imagen mejorada de sí mismo.

*Algo que realmente hiere al ser humano, como malformación de nacimiento, lo que tenemos de malnacidos todos –empezando por mí– es una fascinación por el corto plazo* (Escohotado en Cedecom, 2009). Si hay que señalar una característica muy atractiva del placer en el acto adictivo no será su intensidad, sino su factibilidad, su inmediatez, la inmediatez de las imágenes en el televisor o en el ordenador, el agradable mareo del alcohol, la euforia. En el acto adictivo se puede procurar diversas intensidades de placer, desde el gran *flash*, hasta sólo el cese del displacer que produce la carencia –lo que no debe ser poco–. Pero es más constante su inmediatez, y en relación al placer sexual, el grado de autonomía infinitamente superior respecto de su procuración.

## El uso terapéutico

---

<sup>7</sup> La intención de este capítulo es describir el acto adictivo, sin embargo me ha parecido prudente incluir notas de reflexión con el objetivo de introducir piezas para la descripción del acto; justo como aparece en este párrafo.

–Beba –ha dicho, y ha desenroscado el tapón.  
–No, gracias. –No me gusta el brandy.  
–No es brandy, es medicina.<sup>8</sup>

El uso terapéutico del objeto de adicción es fácilmente comprensible si tenemos en cuenta que la droga es medicina, es recetada por los médicos. El uso de sustancias está indicado para aliviar diversos padecimientos; pero el acto adictivo se especializa en los malestares del alma, a fin de cuentas son usadas para intervenir sobre una dificultad que se le presenta al sujeto. Uno puede acudir con el Doctor en busca de ayuda para bajar de peso, así lo hace *Sara Goldfarb*, el profesional le ofrece un tratamiento a base de anfetaminas y más anfetaminas, el efecto de tales pastillas se encuentra con su gran adicción que es la televisión; juntas soportan la ilusión de Sara, ser participante de un concurso y lucir en televisión el *vestido rojo*, al tiempo que desvelan un motivo más profundo: la soledad (Réquiem para un Sueño, Aranofky, 2000). También *Harry*, el hijo de la *Sra. Goldfarb* conoce el uso terapéutico del objeto de adicción, cuando se da cuenta de que su madre usa anfetaminas, y ella misma le confiesa su soledad, él se muestra muy afectado, de camino en el taxi rompe a llorar, no hay problema, tras un pinchazo en la vena todo está bien, esa tristeza es intercambiada por una especie de ausencia.

*Un hombre de mediana edad que consulta por sus reiteradas actuaciones llevadas a cabo con cocaína y licor que consume en grandes cantidades durante los fines de semana. Al poco tiempo de casado comienza a tener problemas de erección con su esposa quien para su sorpresa no lo reprocha. Sin embargo evita las relaciones sexuales, aumenta considerablemente el consumo y comienza a "escaparse", como él dice. Se va a los burdeles y paga a las mujeres y a los hombres del local para que mantengan relaciones sexuales mientras él mira (...) Según dice, se siente muy complacido cuando ve la potencia sexual de los otros en perfecto funcionamiento, mientras él consume cocaína. Con las "escapadas", como él llama a sus*

---

<sup>8</sup> Diálogo entre el vagabundo Vercueil y la Sra. Curren. Tomado de la novela de Coetzee (2007, p. 151) *La Edad de Hierro*.

*incursiones nocturnas (...) A la primera cita acude muy ansioso. Refiere que su angustia se debe a los comentarios negativos sobre su virilidad que últimamente hacen los hombres del burdel cuando rechaza participar en las orgías en lugar de mirar. Decide no regresar más al sitio pero mantiene el alto consumo de cocaína. (Réquiz, Ibíd., ¶ 12-15).*

En este caso observamos que el sujeto escapa de sus problemas de erección, se ausenta con cocaína y alcohol, y resuelve en el espectáculo que paga sus problemas de erección. El objeto se toma por aquello que es necesario para el alivio, para restablecerse, *algo, algo que alivie las presiones de la vida diaria, como tener que atarse los zapatos* (Drugstore Cowboys, Van Sant, 1989). Los motivos son diversos, parece buscarse sólo un refugio, una constante, *y es que la gente normal no sabe cómo va a sentirse al poco rato. Pero un drogadicto tiene una idea muy clara. Lo único que hay que hacer es mirar las etiquetas de los frascos.* (Ibíd.).

¿Cuál es el efecto terapéutico que se ofrece en el acto adictivo? Es esta una pregunta de difícil respuesta, podemos observar distintos impactos en el individuo, en el caso anterior parece resolver el problema de forma imaginaria o vicarial; en ocasiones es quizá una distracción, algo que permita pasar la situación, el tiempo, un mantener al sujeto en formol, en alcohol, atado a él mismo, a lo que le acontece ahí, en el instante, se amarra de la balsa del objeto de adicción y con este se abandona tratando de pasar los mares de la tristeza. Es la vía que cursa *Harry* para contener el brote de tristeza, es el *comfortably numb*, cómodamente insensible, la huida que acomete *Pink Floyd* con opio, todas las drogas y altas dosis de televisión (Parker, 1982).

El placer que produce el encuentro con el objeto es ya terapéutico, así lo evidencia Bob, el líder vaquero yonqui: *Al entrarme en la vena, la droga provocaba un cálido picor y me invadía hasta que el cerebro la absorbía en una dulce explosión que empezaba en la nuca y subía rápidamente hasta que sentía tal placer que el mundo me comprendía y cobraba un atractivo noble y tenue. Todo era soberbio entonces. Tu peor enemigo no era tan malo. Las hormigas en la hierba, yo qué sé, hacían lo que les gustaba. Todo cobraba el tono rosado*

*del éxito sin límites. Nada podía irte mal. Y, mientras durara, la vida... era bella* (Van Sant, *Ibíd.*).

En muchas ocasiones en el acto adictivo la dificultad de la cual quiere liberarse el sujeto permanece en la ideación de éste, no se ausenta, lo que no implica que dicho acto no sea terapéutico. *Hablando de mujeres y traiciones, se fueron consumiendo las botellas* (Fernández, 1989, pista 6). La película *Spun* (Akerlund, 2002), traducida al español como *Adicción*, es en realidad una película sobre como un joven trata de lidiar con la pérdida amorosa, el método que encuentra es la negación y la ausencia que la droga le permite, pero en su viaje, mientras otros hablan de *hippies*, cristales, e infecciones sexuales, permanece constante el nombre de la amada: *Amy, Amy, Amy*<sup>n</sup>.

Lo anterior da pie para referir una característica muy importante en el fenómeno de la adicción, se trata de la aparición del objeto de amor en la problemática de adicción. Notemos primero que la adicción inicia en relación al objeto de amor en *cantidad de veces*. En las letras de Solares (*Ibíd.*), una mujer alcohólica narra su primera experiencia de intoxicación con alcohol:

*Mi primera borrachera me la puse una noche que, por otra parte, llegué a considerar la noche más feliz de mi vida. No fui noviera, pero un par de ocasiones estuve a punto de casarme, lo que no sucedió –como siempre– por mis dudas. En cambio me enamoré de un imposible: el esposo de mi mejor amiga.*

*Lo que más llegó a haber entre Jorge y yo fue un fugaz beso en la boca. Me lo dio cuando lo abracé para darle el pésame por la muerte de su padre. Estaba muy afectado. Levantó el rostro y me dio ese beso, apenas rozándome los labios.*

*Llegué a mi casa y, sin darme bien cuenta de lo que hacía, abrí el aparador y saqué una botella de coñac que guardábamos para las visitas. Bebí cuatro o cinco copas, yo sola, sentada en el sofá de la sala (mi madre ya se había acostado), feliz, con la sensación de que repentinamente, como un relámpago que lo ilumina todo, la vida adquiriría sentido. Recreaba el momento, cerraba los ojos y volvía a sentir el beso.*

También *Pito Pérez* se inicia en el alcohol tras una desilusión amorosa. En el caso que tratan Costantino, Moguillansky, Seiguer (2002) sobre un hombre adicto a la cocaína, también queda constancia del inicio del consumo a partir de una relación amorosa. En *El Diario de un Borracho* podemos escuchar también esta relación: *Por eso quisiera ¡Ay! ahogarme en el licor, para olvidar la traición de una mujer, mientras viva no dejaré de beber hasta que encuentre ¡Ay! la dicha en el amor* (Gutiérrez, 1996, pista 6). En otras ocasiones el consumo no inicia a partir del objeto de amor; pero es puesto en relación con éste, como en el caso de Réquíz (ver pp. 16, 17) sobre una mujer que usa drogas en su acercamiento a los hombres.

En *Días de Vinos y Rosas* (Edwards, 1962) vemos una vez más el inicio del consumo de alcohol a partir del objeto de amor, *Kirsty Arnesen* es introducida al alcohol por quien se vuelve más tarde su esposo, *Joe Clay*. Pero de esta película quisiera señalar más que este comienzo, la pareja de adicción que constituyen estos dos personajes, ambos se vuelven alcohólicos hasta la ignominia, esta misma pareja la observamos en la película *Candy* (Armfield, 2006) donde *Dan* y *Candy* llevan también su adicción al extremo. El primer caso relatado por Solares (Ibíd.) de igual forma señala la formación del vínculo de adicción<sup>9</sup>. Los tres casos coinciden en que la superación de la adicción sólo se consigue con la ruptura de la relación amorosa. En otros casos la pareja del adicto no cursa esta problemática, simple y sencillamente lo acompaña, como la ninfa *Eco* acompaña a *Narciso*. El ejemplo más notable lo miramos en *Sera*, que acompaña a *Ben* en su jornada alcohólica hacia la muerte (*Adiós a las Vegas*, Figgis, Ibíd.). La Srta. *St. James* también acompaña al alcohólico *Don Birnam* (*Días sin Huella*, Wilder & Brackett, 1945), lo cuida, se ha hecho el propósito de competir con el alcohol, de alejar a su amado del otro amor de *Don*, que es la bebida; difícil competencia que emprende junto con el hermano de *Don*, *Wick*, quién lleva ya tres años en la lucha contra el alcohol y por rescatar a su hermano. Ambos se toman por la voluntad de *Don* frente a su adicción, quién se dedica a escapar de ellos y beber. Estos acompañantes son ejemplo de personas que se acercan al adicto en calidad de salvadores.

---

<sup>9</sup> No quiero dejar de advertir sobre este fenómeno; no obstante su dinámica me resulta muy oscura y será muy poco tratada en este texto.

Maldonado (2002) reflexiona desde el Psicoanálisis sobre el impacto que el adicto tiene sobre sus allegados, destaca que a través de la adicción influye sobre ellos. Más adelante revisaremos la aportación de este autor.

En la obra de Stefan Zweig (s. f.), *Veinticuatro Horas en la Vida de Una Mujer*, se narra la aventura que la *señora C* mantiene con un adicto al juego, esta señora, mujer viuda muy respetable, queda encantada con la pasión con la que se desempeña el jugador, después de una mala racha el joven jugador queda sumido en la lluvia, la *señora C* intuye cierto peligro, la vida de ese hombre corre riesgo, acude a rescatarlo, reanima al desolado y sin darse cuenta termina en su cuarto de hotel y debajo de sus sábanas. Despierta asustada por lo que ocurrió, pero al mirar a ese joven tendido, reconoce el sentimiento maternal que le producía esa vista y la idea de que lo había salvado. Más adelante esta mujer le ofrece ayuda y apoyo económico al joven para que se aleje de las mesas de juego. Al final de la aventura circadiana la *señora C* se descubre engañada y despreciada por el joven jugador que retorna al casino con el dinero prestado. En el relato se insiste constantemente en el sentimiento maternal –a pesar del encuentro amoroso en el hotel– que le produjo el joven jugador a la *señora C*, la cual tenía la convicción de haberle salvado la vida, como si ese hombre fuera un niño indefenso, desvalido. Esta forma de acompañamiento nos introduce a otra de las interesantes relaciones que el adicto teje, se trata del vínculo entre el adicto y su madre. Serra (1996) hace una revisión de diversas investigaciones acerca de las relaciones familiares del adicto, en donde encuentra por ejemplo que de acuerdo a Wolk y Diskind (en *Ibíd.*) quienes estudiaron las relaciones familiares de 344 adictos a la heroína, las madres de los heroinómanos son sobre protectoras y dependen emocionalmente del mantenimiento de la enfermedad emocional de sus hijos; mientras que el padre es descrito como débil o ausente. Stanton y Todd (en *Ibíd.*) concluyen en términos similares respecto de adictos del sexo masculino, indican que la madre es percibida como sobreprotectora y autoritaria, mientras que el padre es débil, ausente, desapegado. Welpton (en *Ibíd.*) señala sobre usuarios de LSD, que sus madres se involucran excesivamente con ellos como medio de compensación para una relación marital pobre. Chein (en *Ibíd.*) estudiando la relación filial en adolescentes farmacodependientes concluye que la relación padre-hijo era muy débil hasta en el 80% de los casos y en el 48% la ausencia del padre en la niñez del

farmacodependiente fue significativa. La misma autora a partir de su trabajo en farmacodependientes y sus familias condice los resultados de estos autores.

Una descripción del uso de drogas difícilmente puede eludir por lo menos señalar un fenómeno asociado íntimamente, y es la relación que existe entre drogas y lo espiritual-religioso. El uso de drogas se liga a prácticas religiosas antiguas, pero incluso ahora, el vino es parte de la celebración de la eucaristía, el vino se transustancia en la sangre de Cristo. Escohotado (Ibíd.) da cuenta de esta relación, incluso pone en relación el *pharmakós*, que es el sacrificado, el regalo, con el *phármakon*, la planta veneno-medicina. Distingue también un tipo de drogas cuyos efectos designa como visionarios y alucinógenos, las diferencia de aquellas cuyos efectos son de paz o de energía, dice que el *apaciguador borra por algún tiempo lo doloroso, tal como el estimulante borra por algún tiempo el desánimo. Las drogas visionarias borran por algún tiempo la falta de contacto con nuestras realidades a la vez más íntimas y más objetivas* (Ibíd, p. 1295). Las sensaciones que producen diversas sustancias suelen ligarse a experiencias religiosas precisamente porque delatan nuevas formas de sensación, o por lo menos producen mayor intensidad en diversas percepciones. El hilo conductor del trabajo de Solares (Ibíd.) es precisamente la posibilidad de que experiencias límite de acercamiento a las drogas abran las puertas para un acercamiento con lo divino, con dios. Encuentra que hasta en el sesenta por ciento de los casos de *delirium tremens* que le fueron contados aparecen imágenes de índole religiosa; pero Gabriel, quién es su interlocutor lo corrige y le indica que en un cien por ciento las imágenes son religiosas. Gabriel es el caso que resulta más llamativo, pues su encuentro con el alcohol y el *delirium tremens*, según su decir, desarrollaron sus facultades extrasensoriales, al grado de haber llegado a tener encuentros con los fantasmas de sus padres e incluso el mismo Mozart. Estas experiencias se presentaron tiempo después de dejar el alcohol, y las vive como producto de un acercamiento con dios.

Una de las conexiones entre adicción y espiritualidad es aquella que se permite cuando el adicto halla en la religión el camino para separarse de su otra piel que es el objeto de adicción. La cura religiosa es quizá la más frecuente, por lo menos es prototípica, pues ha

sido promovida por Alcohólicos Anónimos (AA), y a su vez, el modelo de AA ha sido retomado para otras adicciones. Después de haber pasado por las peores situaciones, es comprensible que al adicto sólo le quede recurrir a la máxima autoridad para dejar su pasión, esta autoridad es Dios.

Para concluir este capítulo es indispensable regresar a la pregunta sobre el efecto psíquico del acto adictivo. En el movimiento de este apartado he distinguido tres usos del objeto de adicción, a saber, el uso de desinhibición, el uso de placer y el terapéutico; pero más que indicar tres usos exclusivos del objeto de adicción, lo que quiero mostrar es que precisamente es usado. El objeto de adicción se toma como una herramienta, esta herramienta le sirve al individuo para diversos propósitos de los cuales ya he señalado los tres más evidentes. Así el sujeto puede hacerse de la droga para una autoadministración de placer, para aliviar las penas, para tener experiencias místicas, nuevas sensaciones, para alegrarse, para estar en la fiesta, para entretenerse. Ya Aksenchuk (2006 ¶ 6) apunta en la misma dirección: *Cuando un adicto consume, no está consumiendo una sustancia, sino un espacio imaginario de posibilidades. Lo que importa, más allá de su catálogo biológico (estimulantes, depresores o alucinógenos), es lo que se deposita en ellas creyendo que con eso se lo obtiene. Por eso, toda campaña de prevención fracasa. Unos buscarán la droga para potenciar su relación en el sexo, en el trabajo, en el deporte, creativamente, intelectualmente.* El objeto de adicción se agrega al sujeto, se hace parte constitutiva de sí mismo, empieza a funcionar con éste. *Una auténtica gracia, como un espejo mágico en el que el hombre es invitado a verse embellecido, esto es, como debiera y podría ser; como una especie de excitación angélica* (Baudelaire, 1860/2000, p. 372).

De los diversos usos uno es muy llamativo, es el que tiene que ver con el objeto de amor del adicto, el objeto adictivo es un facilitador del acercamiento al objeto amoroso, desinhibe; pero también la problemática de adicción puede iniciar en relación al objeto de amor; lo que se observa frecuentemente es que este objeto es un disparador del acto adictivo, pero en muchos casos llega a ser sustituido por el objeto de adicción. Ya hemos revisado un caso en el que inicialmente la droga era usada para poder acercarse al objeto de amor, y más tarde ya lo sustituía (ver pp. 13, 14). En *El Jugador* de Dostoievski (1867/1969) podemos leer como *Alexei Ivánovich* se dirige a las mesas de juego con el objetivo de reunir dinero que cree necesario para estar con *Polina Alexándrovna*, juega por



ella, e incluso en un inicio juega a nombre de ella. Alexei tiene la sensación de que algo definitivo ocurrirá en su destino, este cambio provendrá de la ruleta, ya en el casino se ha insertado algo en él, es la suerte: *¿Es que resulta imposible acercarse a la mesa de juego sin sentirse contagiado acto seguido de la superstición?* (Ibíd., p. 27). Lo primero que se agrega en el Jugador es la suerte, luego experimenta *un placer irresistible en recoger y acumular los billetes de banco* (Ibíd. p. 152). El juego lo distrae lo suficiente para no pensar en *Polina*, pero todavía se dirige a ella con las ganancias, le muestra el montón de billetes y cartuchos de oro, entonces queda embelesado por esta visión. Se ha operado la sustitución, más adelante el Jugador lo señala: *Desde el momento mismo en que, en la noche anterior, había llegado a la mesa de juego y empecé a amontonar dinero, mi amor parecía haber pasado a segundo plano (...)* *¿Es que tengo de veras espíritu de jugador?* (Ibíd.,p.162).

## Sobre Metapsicología

También estos guardianes de la vida fueron originariamente alabarderos de la muerte.

S. Freud <sup>1</sup>

Después de haber hecho una descripción del fenómeno de la adicción en cuanto a los fenómenos relativos al efecto psíquico, y tener como fruto de ello el discernimiento del uso del objeto de adicción como su condición general, el uso precisamente del objeto de adicción como una herramienta de la cual se sirve el sujeto para alcanzar diversos fines: placer, desinhibición, curación, etc. Y antes de abordar algunas de las diversas reflexiones psicoanalíticas que sobre la adicción se han hecho, es indispensable ubicarnos conceptualmente dentro del marco teórico que permitirá describir aquel efecto psíquico en términos de un proceso psicológico, dicho marco es la metapsicología psicoanalítica. Aprovecharé este apartado también para desarrollar algunos conceptos no propiamente metapsicológicos que ampliarán la comprensión del fenómeno en cuestión.

El primer término a mencionar es obviamente el de *Metapsicología*.

Metapsicología es un concepto psicoanalítico que designa a la exposición de *un proceso psíquico en sus aspectos dinámicos, tópicos y económicos* (Freud, 1915c/1986). Para hacer comprensible esta concisa definición debemos referir en primera instancia al aparato psíquico.

La vida anímica se acciona a partir de una tensión displacentera, vale decir una excitación, cuya tramitación exige descarga. El aparato psíquico tiene la función de descargar la excitación proveniente de cualquier estímulo, el aumento de tensión, la acumulación de excitación es sentida como displacer, mientras que la descarga se traduce en placer. La experiencia psicoanalítica informó que el discurrir psíquico no sólo era consciente, sino también existían muchos procesos que ocurrían a la sombra de la conciencia; de estos

---

<sup>1</sup> Más allá del principio del placer, Freud , (1920/1986, p. 39)

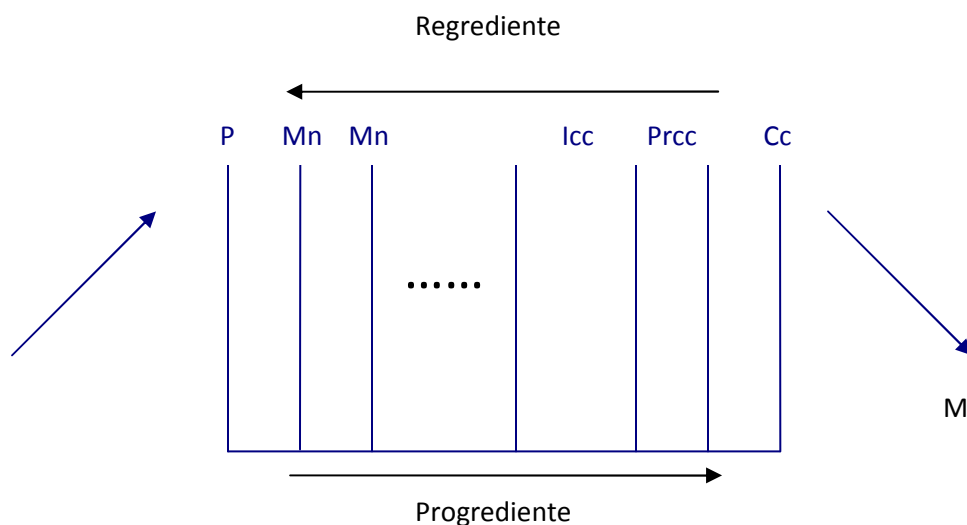
procesos inconcientes cabe distinguir dos tipos, aquellos que siendo inconcientes coinciden en todo con aquellos concientes, con excepción de esta cualidad, y aún son susceptibles de ser concientes; mientras que otros divergen en sus cualidades, y su empuje hacia la conciencia es resistido, está descripción corresponde a los contenidos reprimidos. La existencia de procesos concientes y otros inconcientes, así como la separación de los inconcientes en dos grupos, funda el punto de vista tópico. *Un acto psíquico en general atraviesa por dos fases de estado, entre las cuales opera como selector una suerte de examen (censura). En la primera fase él es inconciente y pertenece al sistema Icc; sí a raíz del examen es rechazado por la censura, se le deniega el paso a la segunda fase; entonces se llama «reprimido» y tiene que permanecer inconciente. Pero si sale airoso de este examen entra en la segunda fase (...) no es aún conciente, sino “susceptible de conciencia”\** (según la expresión de J. Breuer) vale decir, ahora puede ser objeto de ella sin una particular resistencia toda vez que se reúnan ciertas condiciones. La segunda fase entonces, se desarrolla en el sistema preconciente (Prcc). Los contenidos aquí están en la antesala de la vanguardia del aparato psíquico, esto es el sistema Cc, aquello de lo cual se es conciente. El aparato psíquico puede ser esquematizado así<sup>2</sup>:

---

\* Palabra o frase en cursivas en la fuente.

<sup>2</sup> Este esquema está basado fundamentalmente en el que Freud (1900/1986, p. 534) introdujo en el capítulo VII de *La Interpretación de los Sueños*; no obstante he agregado la distinción gráfica que ahí no hiciera Freud entre Prcc y Cc, sino en una nota (11) agregada en 1919, donde indica que el sistema que sigue a Prcc es P=Cc.

Agrego además la flecha que indica el movimiento regresivo, en oposición a la que señala el progresivo que ya había incluido Freud en el esquema de 1900.



Este esquema de aparato psíquico encargado del discurrir de las excitaciones, está diseñado a la manera de un aparato de reflejos, parte de un estímulo y concluye en la descarga, tiene entonces un extremo sensorial y otro motriz, representados por P y por M, no obstante, como veremos adelante, M está al servicio de Cc. Las excitaciones que pasan por el aparato, traducidas como percepciones, dejan una huella (Mn). Bajo la premisa de que un sistema perceptual debe ser independiente de uno mnémico, en la medida en que no puede preservar la alteración sobrevenida por una estimulación y al tiempo estar disponible a las nuevas ocasiones de estimulación, se distingue un sistema Percepción de uno Mnémico. Las dos fases del acto psíquico están representadas por los sistemas Icc y Prcc; si una representación-objeto conciente se compone de una representación-cosa más su representación-palabra, en el primero de los sistemas se hallan las imágenes más antiguas registradas, *la investidura, sino de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos las huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ella* (1915c/1986, p. 198), son las representaciones-cosa; mientras que en Prcc se encuentran las representaciones-palabra, que son las huellas enlace palabra con la representación-cosa. El sistema Cc puede ser identificado así P-Cc, *la conciencia brinda en lo esencial percepciones de excitaciones que vienen del mundo exterior, y sensaciones de placer y displacer que sólo pueden originarse en el interior del aparato anímico, es posible atribuir al sistema P-Cc una posición espacial. Tiene que encontrarse en la frontera entre lo exterior y lo interior, estar vuelto*

*hacia el mundo exterior y envolver a los otros sistemas psíquicos (1920/1986, p. 24). Tenemos entonces que la conciencia se encuentra en los dos extremos de un aparato cuyo funcionamiento principal está constituido por una serie de sistemas desprovistos de conciencia pero que aseguran una estratificación de la memoria (Kaufmann, 1996, p. 74).*

Revisemos todavía algunas de las características de los sistemas Icc, Prcc y Cc.

El núcleo del Icc se compone de mociones de deseo: agencias representantes de pulsión que pugnan por descargar su investidura energética. Los contenidos de este sistema no se influyen, conviven sin posibilidad de contradecirse a pesar de que puedan parecer inconciliables. Trabaja con energía libre y proclive a la descarga, la energía que inviste a las representaciones muestra un alto grado de movilidad, así, pasa de una representación A, a una representación B de forma íntegra (*Desplazamiento*) o de varias representaciones A, B... a una representación X de forma íntegra (*Condensación*), esto es el proceso psíquico primario. *Los procesos del sistema Icc son atemporales, es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el trascurso de este ni, en general, tienen relación alguna con él (Freud, 1915c/1986, p. 184); así mismo descuidan la realidad, no dependen de ella sino de su propia intensidad de investidura en relación con la censura que les es impuesta por el siguiente sistema; lo ocurrido aquí es cognoscible sólo con mediación del Prcc.*

El sistema Prcc contiene las representaciones palabra que fueron enlazadas a las primitivas representaciones-cosa (pertenecientes a Icc). Establece una censura para los contenidos del Icc, posibilitando o no su paso a la conciencia. Mientras que la energía de investidura en Icc es proclive a la descarga, las representaciones de Prcc mantiene más bien cierta inhibición, la investidura no se vacía de una representación a otra sino que mantiene la primera cierto monto de dicha investidura, la energía se mantiene tónica, ligada. Los contenidos aquí no son independientes, se influyen entre sí de acuerdo al ordenamiento temporal, su relación con la realidad, etc.

Sobre el sistema Cc hay que agregar que bajo su responsabilidad tiene distinguir la realidad exterior de la psíquica. En sus dos extremos recibe excitaciones que el aparato buscará descargar, si mediante la motilidad puede librarse de la excitación, reconocerá el estímulo

como proveniente del exterior, si en cambio nada puede hacer frente a él por vía motriz, esta impotencia será indicio de que la excitación proviene del interior. Esto se conoce como *examen de la realidad*.

Están ya caracterizados los sistemas que componen el aparato psíquico, su tónica. Para entender su dinámica y su economía es necesario referir algunas cualidades de su energía: *La pulsión*.

Tenemos que el aparato psíquico recibe estimulaciones y su trabajo es dar causa a esa excitación mediante una acción acorde al fin, es decir, que le permita sustraerse del influjo excitador; como sabemos, esta acción indica la procedencia de la estimulación, podemos reconocer la exterioridad del estímulo gracias a esta acción. Pero si esta estimulación es constante y el recurso de la huida no es viable para el extrañamiento de la excitación, tenemos ahí indicios de que la fuente pulsante proviene del interior. A los estímulos del interior los conocemos como pulsiones, precisamente su origen los hace intramitables por la vía de la huida, se presentan como un flujo constante.

Freud (1915a/1986, p. 117) nos dice que la pulsión es un *concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {Repräsentant} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal*. Podemos descomponer la pulsión en dos elementos. Tenemos una agencia representante de la pulsión o representante-representativo, y un monto de afecto que se adhiere a esta. Entendamos que lo que esfuerza de lo corporal se teje a una o aun grupo de representaciones psíquicas, eso es la pulsión. Ya en la descripción de las características del Icc vimos que su contenido era este precisamente, agencias representantes y su respectiva investidura, los dos elementos de la pulsión.

Existen algunos conceptos principales asociados al de pulsión: *Esfuerzo, fuente, meta y objeto*. El *esfuerzo* de la pulsión es su propiedad más íntima, es de la forma más simple, su fuerza, su *factor motor* o *carácter esforzante*, escribe Freud (Ibíd.). La *fuerza* de la pulsión es la procedencia somática de esta, el proceso de órgano que produce la estimulación que hallará representación en la vida anímica mediante la pulsión. Lo anterior nos revela la

existencia de numerosas pulsiones, a las que puede llamárseles *parciales*. La *meta* de la pulsión es su satisfacción, la cancelación de la excitación proveniente de la fuente. Los caminos que permiten lograr la satisfacción son diversos, por lo que existen diversas metas, más próximas o intermedias a la satisfacción, incluso pueden referirse pulsiones de meta inhibida, las cuales siguen la consecución de la satisfacción hasta cierto punto, a partir del cual se inhiben o desvían, obteniéndose de cualquier modo una satisfacción parcial. El *objeto es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta* (Ibíd., p. 118), el elemento más variable de la pulsión, el objeto no necesariamente es ajeno sino que puede ser una parte del propio cuerpo; un mismo objeto puede conjuntar al tiempo la satisfacción de varias pulsiones; una pulsión puede enlazarse fuertemente a un objeto particular, generando una *fijación* al objeto.

Pueden distinguirse dos grandes grupos de pulsiones, las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte; dentro del primer grupo todavía pueden reconocerse las pulsiones yoicas o de autoconservación, y las pulsiones sexuales de las cuales Freud (Ibíd. p. 121) indica que *se singularizan por el hecho de que en gran medida hacen un papel vicario unas respecto de las otras y pueden intercambiar con facilidad sus objetos {cambios de vía}. A consecuencia de las propiedades mencionadas en último término, se habilitan para operaciones muy alejadas de sus acciones-meta originarias (sublimación)*. A la energía involucrada en los procesos de estas pulsiones la llama *libido*. *Llamamos así a la energía, considerada como magnitud cuantitativa -aunque por ahora no medible-, de aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como «amor»* (1921/1986, p. 86). La indagación de estas le permite a Freud estudiar los diversos destinos de las pulsiones; podemos entender por destino de una pulsión como las vicisitudes de está en su camino a la satisfacción, es que su prosecución directa suele estar impedida, por lo que ha de sufrir diversas desfiguraciones, hacer rodeos, etc., para lograr la descarga. Los destinos de pulsión son modalidades de la defensa contra la satisfacción de pulsión. De inmediato surgen preguntas ¿Por qué habría de defenderse de la descarga de pulsión?, ¿por qué obligarla a los rodeos? El cumplimiento de deseos encaminados por pulsiones sexuales ha producido placer, pero debido a diversos factores, de los cuales habremos de reconocer como el primordial el *complejo de castración* (más adelante lo referiré con mayor amplitud), ha producido también un displacer muy intenso, por lo cual ha sido necesario extrañarse de estas

mociones para evitar nuevamente la generación de dicho displacer. Una de las modalidades de la defensa consiste en rechazar el acceso a la conciencia de dichas mociones y mantenerlas lejos de esta (la censura que establece el Prcc para el Icc), conocemos a este destino de pulsión como represión. *Aprendemos entonces que la satisfacción de la pulsión sometida a la represión; sería sin duda posible y siempre placentera en sí misma, pero sería inconciliable con otras exigencias y designios. Por tanto, produciría placer en un lugar y displacer en otro. Tenemos, así, que la condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción.* (1915b/1986, p. 142). (Identifiquemos desde ya el factor económico de la represión). Resulta obvio el hecho de que la represión sólo puede ocurrir en tanto se haya establecido una distinción del aparato psíquico en provincias o instancias, *pues bien; tenemos razones para suponer una represión primordial, una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante {Representanz} psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo conciente. Así se establece una fijación; a partir de ese momento la agencia representante en cuestión persiste inmutable y la pulsión sigue ligada a ella* (Ibíd., p. 143). La *represión propiamente dicha* recae sobre los retoños de los representantes-representativos; no obstante, las representaciones que pueden caer bajo esta represión también son el vínculo mediante el cual la moción pulsional puede buscar una descarga; depende este movimiento de diversos factores, entre ellos que la agencia representante halle un vínculo con una representación preconciente lo suficientemente lejano como para que la censura lo pase por alto; puede ocurrir también a consecuencia de una rebaja de la censura como en el sueño, etc.

En su texto *Pulsiones y destinos de pulsión* Freud (1915a/1986) menciona cuatro destinos de pulsión, a saber: *Represión, sublimación, el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia*. Es necesario posponer la descripción de la sublimación hasta que sean vertidos otros conceptos. Continuemos con los restantes.

La vuelta hacia la persona propia distingue un movimiento de la pulsión en el que la vía hacia el objeto es vuelta a direccionar hacia la persona propia; es decir que el sujeto se toma como objeto de su propia pulsión. Hay cambio de objeto pero la meta sigue siendo la misma. La agresión dirigida al exterior puede hallar sofocación, se resigna entonces el



objeto de la moción agresiva y se traslada hacia la persona propia, podemos entender esto como manía de martirio o autocastigo, queda ejemplificado el traslado de la pulsión del objeto hacia sí mismo. Ahora bien, puede añadirse lo siguiente: Ya hecha la mudanza de la pulsión, puede buscarse a una persona que ejecute el martirio. Conocemos este caso como masoquismo y en él se observa que la pulsión ha trastornado su meta activa (agredir, infligir dolor) en pasiva (recibir la agresión) el destino de pulsión que sigue este curso es el trastorno hacia lo contrario.

Este último destino conoce dos formas: el cambio de actividad en pasividad (ejemplificado con el masoquismo) y el trastorno en cuanto al contenido, que es la trasposición del amar en sus contrarios: Odio, indiferencia, ser amado. La mejor comprensión de la segunda forma del trastorno en lo contrario se facilita si se tiene en cuenta que la vida anímica está gobernada por las polaridades: Sujeto (yo)-Objeto (mundo exterior), Placer-Displacer, Activo-Pasivo.

En un estado inicial existiría la polaridad placer-displacer. El sujeto satisface en su propio cuerpo la pulsión, conocemos a este momento como *autoerotismo*; el *mundo exterior en esa época no está investido con interés (dicho esto en general) y es indiferente para la satisfacción* (Ibíd., pp. 129, 130). Por lo que el sujeto coincide con lo placentero y el exterior con lo indiferente o displacentero en la medida en que produce estímulos que deben ser tramitados. Más adelante se reorganiza la situación, las pulsiones de autoconservación (por ejemplo hambre y sed) anuncian sobre estímulos pulsionales en su interior que se le presentan como displacenteros, a la vez que recibe del exterior objetos adecuados a dichos estímulos; ocurre entonces que el sujeto se apodera de los objetos placenteros (introyección) y expulsa de sí los displacenteros (proyección); así el mundo exterior tiene una parte de placer que él ha incorporado y otra parte que es displacentera donde es depositado lo displacentero de sí mismo, que por tal lo siente como ajeno, venido del exterior. El objeto como fuente de placer se va imponiendo introducido por las pulsiones de autoconservación, el sujeto expresa la tendencia motriz de querer hacerse del objeto fuente de placer, de incorporarlo a él, decimos entonces que se ama al objeto. Si el objeto produce displacer ocurre lo contrario, se querría mantener alejado al objeto, lo odiamos. El yo establece ya sus relaciones de placer-displacer con el objeto propiamente

dicho; aunque es cierto que el odio es más original, manifiesta la repulsa primordial del sujeto hacia el exterior hostil que le importunaba con estímulos, su precursora es la indiferencia, pero en tanto se va imponiendo el exterior, brota el odio como rechazo a las excitaciones del exterior. Aún así es a las relaciones el yo-total con sus objetos, y no a las de las pulsiones parciales, a las que es adecuado llamar de amor o de odio.

Los contrarios del amar: tener indiferencia y odiar, se desarrollan con el sujeto y aparecen en relación a las polaridades sujeto-objeto y placer-displacer. Respecto de la tercera contraparte del amar, el ser amado, corresponde a la polaridad actividad-pasividad, y se puede entender simplemente como el cambio de meta en esos términos.

Los destinos trastorno hacia lo contrario y vuelta hacia la persona propia indican un movimiento regresivo de la pulsión. En el esquema vertido (ver p. 35) ya queda referido la posibilidad de un desplazamiento regrediente; no obstante, hay que distinguir entre dos formas de regresión, a saber, la regresión tópica y las regresiones temporales<sup>3</sup> (en el desarrollo del yo y en el de la libido). La regresión tópica podemos definirla como un movimiento inverso al curso normal de la excitación, es decir, hacia atrás. La formación del sueño es el caso paradigmático de regresión tópica, en él una formación del Prcc sobreinvertida con mociones de deseo del Icc, se abre paso por Icc y excita el sistema P imponiéndose a la conciencia. El sueño satisface por la vía de la alucinación un deseo inconciente (*identidad perceptiva*)<sup>4</sup>. La regresión hasta P es permitida por que impera el

---

<sup>3</sup> La mencionada no es la única clasificación que Freud dio para las regresiones, por lo menos pueden citarse dos versiones más (1900/1986, p. 541; 1917c, pp. 311, 312); Laplanche & Pontalis (1987) se basa en la primera de las citadas versiones para organizar las distintas formas de regresión. Cabe señalar que el uso de una u otra forma de clasificación es algo de importancia mínima, en tanto que, como señala Freud (Ibíd), la regresión es un concepto puramente descriptivo, por lo que en todo caso hay que prestar mayor atención al mecanismo mediante el cual se da la regresión.

<sup>4</sup> La identidad perceptiva es la aspiración del primitivo trabajo de pensamiento (proceso primario) del sistema Icc. Las primeras satisfacciones de las pulsiones han dejado huellas mnémicas que el aparato procurará reanimar cuando la pulsión surja de nueva cuenta, vale decir, la pulsión hallará descarga por la vía regresiva que vuelve a investir las huellas mnémicas de satisfacción y desborda hasta el sistema P, logrando la percepción de satisfacción, una identidad perceptiva con la vivencia de satisfacción. Este artificio alucinatorio no cancela de forma duradera la excitación, la pulsión reingresa (probablemente cada vez con mayor intensidad) dado que no se ha producido una satisfacción real venida del exterior. Se agrega entonces un proceso secundario, tiene el mismo propósito de drenar la excitación, pero, ciertamente, es más sofisticado. Se busca restaurar el recuerdo de satisfacción a través de la descarga por vía motriz. En el

deseo de descanso, en esa medida la investidura del sistema Cc es recogida, se procura un extrañamiento del mundo exterior a favor del deseo de dormir, el examen de realidad está impedido, por lo que el sueño adquiere una de sus características más llamativas: es vivenciado, entiéndase, es sentido como una vivencia real. El sueño también permite ejemplificar la regresión temporal, pues el recogimiento del durmiente, muestra idéntico estado al del yo en la época en la que el exterior le era más o menos indiferente, en todo caso molesto.

He introducido al pasar, una noción de suma importancia para este texto, es momento de darle amplitud y el lugar que merece.

Narcisismo es un concepto de no poca importancia dentro de la edificación teórica del Psicoanálisis. Su relevancia histórica puede rastrearse como punto de partida para diversas indagaciones emprendidas por Freud, sobre paranoia, pulsiones, Psicología de las Masas... y en la teorización de diversos analistas dicho concepto ha sido también generoso.

Este término es tomado por Freud de P. Näcke quién describe con él una conducta en la que un individuo hace trato de su cuerpo del mismo modo en que lo haría con un objeto sexual. Es en *Introducción del Narcisismo* donde Freud (1914/1986) integra el concepto dentro de la reflexión psicoanalítica. Aunque fue este *un parto difícil*, es ahí donde se hacen las principales elucidaciones al respecto, y quizá sea hasta seis años después donde se continúa en amplitud el tratamiento del tema, en *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*, (1921/1986). Advirtamos algunos aspectos en torno al narcisismo pensados en estas obras y en algunos otros momentos de la labor freudiana.

---

preconciente la excitación se anuda a representaciones que inhiben la descarga y se mantienen investidas de forma quiescente, un estado potencial de descarga (energía ligada). Las representaciones preconcientes son el material de trabajo de pensamiento a través del cual se determina la manera en que la descarga vía la motilidad permita la satisfacción, esta es la aspiración del proceso secundario, la *identidad de pensamiento*. Una vez que el segundo sistema ha acabado su actividad tentativa de pensamiento, cancela también la inhibición y la estasis de las excitaciones y permite que ellas se drenen hacia la motilidad (Freud 1900/1986, p. 589). Alterando el mundo es como este nos corresponde proporcionando el estímulo que habrá de procurar la percepción de satisfacción.

En el texto de 1914 Freud desarrolla el concepto de narcisismo dentro de la teoría de la libido partiendo de ciertas dificultades en el tratamiento de la neurosis achacables a una conducta narcisista, del establecimiento de paralelismos entre la vida anímica de los pueblos primitivos y de los niños, en particular la omnipotencia de pensamiento y otros rasgos consecuentes de la manía de grandeza. *Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite* (Ibíd., p. 73); pero es la intelección de la esquizofrenia como en la paranoia motivo de mayor importancia en la consideración del narcisismo. Producto del dialogo entre Freud y Abraham surge la idea de que tanto la esquizofrenia y la paranoia devienen de un repliegue de la libido de los objetos hacia el yo, teniendo como consecuencia un extrañamiento del mundo exterior y el *delirio de grandeza*, rasgos frecuentes dentro del cuadro sintomático de estas enfermedades. *La libido liberada se vuelca al yo, se aplica a la magnificación del yo* (1912b/1986, p. 66). El retiro de las investiduras pulsionales de objeto da cuenta del extrañamiento (indiferencia) de lo exterior, mientras que su retorno al yo, del delirio de grandeza. Este último es el mecanismo mediante el cual el yo procura el dominio del volumen de libido sobrevenido.

Freud reconoce que el núcleo del conflicto de donde se desarrolla la paranoia es una fantasía de deseo homosexual, que puede sintetizarse en el enunciado (para un sujeto masculino): *Yo lo amo [al varón]* (Ibíd., p. 58). Las diversas formas del delirio paranoide pueden entenderse como contradicciones para el enunciado declarativo; así el delirio de celos se puede enunciar: No *yo* amo al varón, es *ella* quién lo ama. De igual forma el delirio de persecución contradice en su enunciación la misma formula: Yo no lo *amo*, pues lo *odio*, porque él me persigue. Similar ocurre en el delirio de erotomanía: Yo no *lo* amo, yo *la* amo, porque ella me ama. En los dos últimos casos de contradicción se trata de percepciones interiores (odiarlo, amarla), por ello es requerida la desfiguración proyectiva (permutar la procedencia de la moción interior al exterior) enunciada en el tercer elemento de la frase correspondiente (él me persigue, ella me ama). En cada uno de los tres delirios se contradice un diferente elemento del enunciado, el delirio de celos contradice al sujeto, el de persecución al verbo, y el de erotomanía al objeto; no obstante, esta frase de tres elementos admite todavía una contradicción, es la desautorización de la frase toda: *Yo no*

*amo nadie*. Dado que la libido debe ser colocada en alguna parte, la anterior es equivalente a esta otra: *Yo me amo sólo a mí*. Expresión obvia del narcisismo, como lo es el delirio de grandeza, y así lo reconoce Freud (1914/1986, pp. 72, 73): *La libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo. Ahora bien, el delirio de grandeza no es por su parte una creación nueva, sino, como sabemos, la amplificación y el despliegue de un estado que ya antes había existido. Así, nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias*. El psicótico resigna su vínculo con la realidad, es cierto que también en cierto grado el neurótico lo hace; pero en el último caso, se observa que el vínculo erótico, la investidura libidinal, con personas y cosas se mantiene en la fantasía, objetos reales son mezclados y sustituidos con objetos imaginarios, renunciando a emprender las acciones motrices que les permitirían acceder a los objetos.

Esta retracción sobre la que nos comunica Freud para procurar el entendimiento de la afección paranoica, es, empero, un proceso que se sigue en la economía libidinal de diversos procesos en el sujeto, los que no necesariamente han de considerarse patológicos. Por ejemplo, un recogimiento de las investiduras libidinales se observa, como ya lo he mencionado, en el estado del dormir. La enfermedad orgánica también produce un retiro libidinal en el mismo sentido. Freud (1917c/1986, p. 383) nos advierte que el carácter patógeno del retiro de libido está dado *cuando un determinado proceso, muy violento, es el que obliga a quitar la libido de los objetos. La libido, convertida en narcisista, no puede entonces hallar el camino de regreso hacia los objetos*. El impedimento a la movilidad (*fijación*) de la libido, su estasis, es condición para que la neurosis y las parafrénias (afecciones psicóticas) se manifiesten.

Lo anterior puede resumirse así: El narcisismo primario es un estado en el que la libido mantiene una original investidura dirigida hacia sí mismo, surge a partir de la conformación del yo, es decir, la libido inviste al yo, y desde el yo se dirigen las posteriores investiduras de objeto. Narcisismo secundario designaría al retiro de las posiciones libidinales de objeto hacia el yo, dicha vuelta es fundamento dinámico de un espectro diverso de fenómenos que incluyen el dormir, la paranoia, delirio de grandeza. El narcisismo es el momento en el que

yo es investido como un objeto para la pulsión, un momento precedente sería el autoerotismo, en este no hay todavía un yo que invertir; esa es precisamente la distinción entre un estado más primitivo que satisface en el propio cuerpo la pulsión y otro posterior que toma al yo por objeto.

El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde fuera (1914/1986, p. 96). Podría pensarse que el monto de libido dirigido originalmente al yo concurre desde entonces en las investiduras de objeto, pero ocurre de forma diversa, como lo apunta Freud, parte de la libido del narcisismo primario se dirige a la provincia que se desprende del yo, desde entonces, este *yo ideal* o *ideal del yo* es la instancia con la que el yo se mide y a la cual aspira, el narcisismo primario se conserva como un ideal.

El ideal del yo se origina a partir de las influencias de las autoridades, sobre todo de los padres, (1921/1986). En *El Yo y el Ello* Freud (1923/1986) identifica el ideal del yo con el superyó y encuentra su génesis, su empeño más poderoso, en el establecimiento de una fuerte formación reactiva frente a las primeras elecciones de objeto, los padres, especialmente la madre. Dada la prohibición cultural del incesto, las mociones dirigidas a los padres son reprimidas. El yo halla refuerzo en el padre, como representante de la autoridad, para sepultar su relación Edípica; erige entonces en el interior de sí mismo el mandato paterno:

*<<Así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; hay muchas cosas que le están reservadas>>* (Ibíd., p. 36).

Quizá convenga demorarse un poco más en el par de complejos que hacen surgir la instancia llamada superyó.

Los primeros objetos hacia los cuales se dirige la libido son los padres, particularmente la madre, quién suele ser la figura que proporciona de forma más directa satisfacciones al pequeño o pequeña, a esta elección de objeto que parte de la satisfacción de las necesidades del infante, que se apuntala en ellas, la llamamos *anaclítica*. Además de la elección de objeto, que podemos llamar primera o primaria, se da una *identificación primera* con los

progenitores que contribuye a preparar el complejo de Edipo (1921/1986). El amor infantil, nos dice Freud (1931/1986, p. 233) *es desmedido, pide exclusividad, no se contenta con parcialidades. Ahora bien, un segundo carácter es que este amor carece propiamente de meta, es incapaz de una satisfacción plena, y en lo esencial por eso está condenado a desembocar en un desengaño y dejar sitio a una actitud hostil.* El amor por la madre tal como se lo experimenta en la niñez (eróticamente) es resignado por vías distintas según el sexo del niño.

En el caso del pequeño, conforme se adhiere de forma más estrecha a la madre, toma posición en contra del padre, pues este representa un rival y un obstáculo para el idilio con la madre (*complejo de Edipo* propiamente dicho). La actividad onanista del niño se alinea en esta época con los impulsos edípicos, *la masturbación es sólo la descarga genital de la excitación sexual perteneciente al complejo* (1924/1986, p.184). El varón es reprendido por su constante manipulación fálica, la cual también se cree delatada o se disfraza con la enuresis, por ejemplo al dormir. Surge la amenaza de diversos castigos que pueden coincidir con la mutilación de algún órgano como la mano, o referir francamente la castración. La amenaza no adquiere relevancia notoria sino posterior al descubrimiento de que no todas las personas tienen pene; cuando conoce los genitales femeninos, particularmente los de la madre, el susto es mayúsculo, pues siente en sí la amenaza de ser castrado como resultado de su actividad masturbatoria; siente la amenaza de ser despojado de su tan amado órgano como castigo infringido por el padre (*angustia de castración*). El niño se enfrenta a la disyuntiva de conservar su órgano o al objeto; pero la segunda alternativa no le ofrece ninguna garantía, sobre todo porque de suyo, la satisfacción esta ligada al órgano; el niño decide quedarse con su pene. Pero este logro no se da sin consecuencias y dificultades. La resignación del objeto y el placer que obtiene del onanismo no es nada sencilla, se diría que le resulta imposible; en su ayuda viene la amenaza paterna que es introyectada en el yo, la ley fundamental que prohíbe el incesto se inscribe y con ella nace un vigilante que se asegurara del cumplimiento de las restricciones que impone la cultura. La identificación primaria es reforzada y reglada por la reciente introyección, así el padre no sólo es *lo que uno querría ser*, sino también es lo que uno no debe ser, pues hay cosas que sólo el tiene derecho. El complejo de Edipo es sepultado por efecto del *complejo de castración*.

Para la pequeña las cosas ocurren de forma diversa, el desasimiento de la liga amorosa que mantiene con la madre ocurre por influencia de una serie de factores, a saber: Las características propias de la sexualidad infantil, en especial su imposibilidad de satisfacción plena y el inevitable desengaño a que conduce ese gran amor. El motivo más intenso para el extrañamiento del amor para la madre, es que emerge el reproche en la niña dirigido a la madre por el hecho que siente como defecto, y es que identifica que no ha sido dotada con un genital correcto. El complejo de castración hace efectos también en la liga amorosa. La niña mantiene también actividad onanista, en cierto momento descubre el genital masculino, se revuelve ante esta percepción y llega a creer que en algún momento crecerá, sin embargo la experiencia no le da esperanzas. Tres posibles caminos se abren entonces: puede ocurrir un extrañamiento de la sexualidad en general; la retención de la masculinidad; la redirección del impulso amoroso hacia el objeto padre y con esto la entrada a la forma femenina del complejo de Edipo. Todavía puede agregarse la prohibición del onanismo como lugar de desencuentro con la madre, la persistencia onanista sería una revuelta que se movería en el sentido de la retención de la virilidad.

Puede observarse que el complejo de castración, a diferencia del hombre, introduce a la mujer al complejo de Edipo. La salida de este complejo en la mujer todavía le depara dificultades. Primero hay que apuntar que al anhelo de tener un pene no se renuncia con facilidad; algunas ideas sostienen la posibilidad, la creencia en un posterior desarrollo del órgano, surge también la idea de que alguna vez tuvo pene y lo perdió por castración<sup>5</sup>. La nueva elección de objeto le brinda la oportunidad de servirse del padre como resarcidor, en efecto, la niña se desliza en una ecuación simbólica en la que iguala el pene ansiado a un hijo del padre, el cual sería el regalo que equivaldría a recuperar el órgano perdido. Sin embargo la decepción aniquila poco a poco el complejo de Edipo; aunque el deseo de un hijo puede subrogarlo.

El análisis del narcisismo nos condujo hasta la dilucidación del surgimiento del superyó, lo que nos instala en la segunda tópica. Si a la composición del aparato psíquico en las

---

<sup>5</sup> Así puede expresarse una diferencia fundamental entre sexos respecto de la castración: Para la niña la castración es un hecho consumado, mientras que para el niño persiste como una amenaza (Freud, 1924/1986).



provincias o sistemas P, Mn, Icc, Prcc, Cc, la llamamos primer tónica, habremos de conocer a la propuesta posterior de estructuración que hiciera Freud de lo psíquico como segunda tónica, la cual se compone de las instancias psíquicas: Ello, yo, superyó. Revisemos brevemente sus características.

El *ello* es la instancia compuesta del conjunto de contenidos constitucionales, en especial las pulsiones corporales que son traducidas aquí a su expresión psíquica. El ello es la parte cuyas exigencias psíquicas son el motor de la vida anímica. Se rige bajo el principio del placer, es decir que su función es la obtención de placer. Mientras que el yo aún no se constituye, el ello es depositario de toda la libido, desde ahí son enviadas las primeras investiduras de objeto que coadyuvaran en la construcción del yo (identificación primera), luego de lo cual el yo fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al ello como objeto de amor (narcisismo). El *yo* es pues la provincia desprendida del ello como resultado del contacto con el mundo objetivo, es intermediario entre el ello y el exterior. Persigue la autoconservación, maneja los impulsos que vienen de dentro controlando las excitaciones provenientes del ello. Manipula el exterior modificándolo de acuerdo a fines, para lo cual se sirve del almacén memorístico. Se rige bajo el principio de realidad. Busca el placer y evita el displacer, la irrupción de displacer le produce angustia, la cual trata de evitar a toda costa. El *superyó* es la instancia de más reciente formación, es heredero del encuentro entre el complejo de Edipo y el complejo de castración en el que la autoridad paterna es introyectada. Pero con la figura paterna quedan también plasmadas las leyes y costumbres familiares y sociales. Esta instancia es la que vela por el cumplimiento de la ley, es nuestro gran juez, pero también nuestro modelo, conjunto de nuestras aspiraciones e ideales (ideal del yo).

Hasta el momento tenemos ya un desarrollo del elemento tónico de la metapsicología freudiana; hemos avanzado en el conocimiento tanto de la primera como de la segunda tónica. Desafortunadamente lo correspondiente a la dinámica y a la economía del aparato no ha sido incluido con el mismo empeño, apenas se han señalado algunos aspectos, y ciertamente no profundizaré mucho más, primero por que para comprender mejor la dinámica habría que indagar en un vasto campo que es la psicopatología, y luego porque lo económico es de los tres, el elemento metapsicológico más impreciso. Sin embargo todavía

queda por revisar dentro de la labor freudiana un aspecto de máxima relevancia que destaca los aspectos descuidados, se trata del abordaje de la otra variedad de pulsión, la pulsión de muerte.

Una serie de fenómenos anotan a Freud sobre cierta tendencia, cierta compulsión a repetir vivencias que no pueden sino producir displacer. A las neurosis que sobrevienen tras una vivencia que ha producido una violenta e inesperada conmoción se las conoce como *neurosis traumáticas*. En los enfermos acosados por las neurosis de trauma, Freud halla la reiteración de sueños en los que el doliente revive la experiencia traumática; le llaman la atención porque no encuentra ninguna posible satisfacción de deseo, la cual sería su función usual; lo que ahí se da es la reanimación del dolor que el sujeto viviera otrora. Durante la experiencia del tratamiento analítico, muchos pacientes se empeñan en revivir en la relación transferencial (paciente-analista) experiencias infantiles que depararon displacer; *los neuróticos repiten en la transferencia todas estas ocasiones indeseadas y estas situaciones afectivas dolorosas, reanimándolas con gran habilidad. Se afanan por interrumpir la cura incompleta, saben procurarse de nuevo la impresión del desaire, fuerzan al médico a dirigirles palabras duras y a conducirse fríamente con ellos, hallan los objetos apropiados para sus celos, sustituyen al hijo tan ansiado del tiempo primordial por el designio o la promesa de un gran regalo, casi siempre tan poco real como aquel. Nada de eso pudo procurar placer entonces (...) eso mismo que el psicoanálisis revela en los fenómenos de transferencia de los neuróticos puede reencontrarse también en la vida de personas no neuróticas. En estas hace la impresión de un destino que las persiguiera, de un sesgo demoníaco en su vivir; y desde el comienzo el psicoanálisis juzgó que ese destino fatal era autoinducido y estaba determinado por influjos de la temprana infancia* (1920/1986, p. 21). A esta exigencia de reanimar una y otra vez ocasiones de displacer se denomina *compulsión a la repetición*. Ahora bien, esta compulsión a la repetición tiene de enigmático que va más allá del principio del placer, no se alinea a la exigencia de buscar placer y evitar el displacer. Freud procura dar explicación al fenómeno usando el modelo del aparato psíquico, así, dice, el objetivo del aparato es tramitar los volúmenes de excitación venidos del exterior, no obstante éste le impone una dura tarea que no podría cumplir si no se establece previamente una *protección antiestímulo*, una membrana de materia inerte que recubra al organismo y lo proteja del monto total de excitación,

permitiendo que sólo una fracción de la intensidad se propague al interior; adosada a esta membrana se hallaría el sistema P-Cc que toma pequeñas muestras del estímulo y así puede haber una orientación respecto de éste, y es que como señala Freud, para el organismo es tan importante protegerse de los estímulos como recibirlos. Por supuesto, la protección antiestímulo es vulnerable, habrá excitaciones con la fuerza suficiente para perforar la protección; las investiduras serían convocadas de todos lados para concentrarse en el punto de ruptura, restablecer la protección sería el principal objetivo. La vivencia de terror en las neurosis traumáticas nos alerta sobre una característica del funcionar del aparato anímico; el terror que se produce es por la falta de expectativa ante la vivencia traumática, destaca el factor de la sorpresa, a diferencia del miedo que tiene su objeto conocido; la angustia por ejemplo, mantendría un monto de conrainvestidura en los sistemas que les posibilitaría el manejo de niveles más altos de excitación, por su elevada investidura. El trauma se facilita precisamente por la falta de esa expectativa de peligro, el aparato mantenía sistemas que de ninguna forma estaban prevenidos de la fuerte excitación que les sobrevendría; una grave perturbación de la economía libidinal se suscita en estas neurosis, sobre todo cuando en la ocasión del trauma no se dieron consecuencias que exigieran un empleo de libido que contribuyera al manejo del alto volumen de excitación, por ejemplo lesiones. ¿Y por qué se revive la experiencia traumática en los sueños de los sujetos aquejados de dichas neurosis? El objetivo es recobrar el dominio sobre el estímulo exacerbado ingresando el elemento que en la ocasión pudo prevenir el trauma, esto es el desarrollo de angustia.

El imperio del principio del placer exige que se constituya la protección antiestímulo para que pueda gobernar, ¿pero que puede hacer con aquellas excitaciones a las cuales no les puede aplicar la protección antiestímulo porque lo aguijonean desde el interior? Las pulsiones *a menudo dan ocasión a perturbaciones económicas equiparables a las neurosis traumáticas* (Ibíd., p. 34). El aparato psíquico tiene la tarea primordial de ligar las excitaciones pulsionales, tenemos conocido este paso, es el relevo de la operación del proceso primario por el secundario (ver n. 13); el aparato trabajara en la ligazón independiente del principio del placer, posteriormente será Señor, pero no antes. La repetición en transferencia indica que las huellas de las vivencias infantiles persisten en el estado no ligado y, en cierta medida, no susceptibles del proceso secundario.

Freud introduce la compulsión a la repetición dentro de la teoría de la pulsión de forma estridente, reformula el concepto de pulsión: “*Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior*”<sup>\*</sup> que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica (Ibíd., p. 36). Así el carácter regresivo de la compulsión a repetir pone sobre la pista del carácter esencial de la pulsión, que es el retorno a un estado previo; pero hacia su extremo, este carácter apunta a la muerte, reconducir lo animado a su estado original inanimado.

A partir de estos hechos Freud introduce el concepto necesario de *pulsión de muerte*, ésta procuraría reconducir al ser vivo a la simplicidad y estabilidad de lo inerte, busca disgregar la complicación orgánica. A la tendencia a reducir las excitaciones hasta cero podemos llamarla ahora *principio de Nirvana*, súbdito de la pulsión de muerte, o mejor dicho, su misma esencia. La pulsión de muerte habitante del ser desde el inicio, es expulsada hacia fuera como *pulsión de destrucción*, no obstante una parte permanece actuante en el interior. Las *pulsiones de vida* o *Eros* incluyen las pulsiones sexuales y las de autoconservación, su objetivo es preservar la vida, complicarla, mantienen la tendencia a sintetizar la sustancia viva. Ambas pulsiones tienen carácter conservador, *la génesis de la vida sería, entonces, la causa de que esta última continúe y simultáneamente, también, de su pugna hacia la muerte; y la vida misma sería un compromiso entre estas dos aspiraciones* (1923/1986, pp. 41, 42). La pulsión de destrucción es puesta al servicio de la función sexual, expresada en los componentes sádicos de la pulsión sexual y en el llamado *masoquismo erógeno*; ambas pulsiones mantienen profundos e intrincados compromisos, dicha reunión puede pensarse en relación a los principios de nirvana y de placer; el primero *ha experimentado en el ser vivo una modificación por la cual devino principio de placer (...) no resultará difícil colegir el poder del que partió tal modificación. Sólo pudo ser la pulsión de vida, la libido, la que de tal modo se conquistó un lugar junto a la pulsión de muerte en la regulación de los procesos vitales* (1924b/1986, p. 166).

---

\* Palabra o frase en cursivas en la fuente.

Diversos fenómenos señalan la mezcla pulsional, lo contrario también ocurre, la desmezcla pulsional es patente en el sadismo como perversión; lo esencial en una regresión libidinal está dado por la desmezcla de pulsiones.

La sublimación consiste en el desvío de la meta sexual de una pulsión hacia otros fines, esto equivale a decir que es desexualizada, acontece también entonces por obra de una desmezcla pulsional. La sublimación está mediada por el yo; tenemos en la resignación de objeto por identificación el mejor ejemplo; cuando el yo procura desasirse libidinalmente de un objeto lo introduce en el yo, traspone la libido erótica en libido yoica, la libido pierde entonces la fuerza para ligar a la pulsión de muerte, la cual queda actuante en el aparato. *El yo mediante su trabajo de identificación y de sublimación, presta auxilio a las pulsiones de muerte para dominar a la libido, pero así cae en el peligro de devenir objeto de las pulsiones de muerte y de sucumbir él mismo* (1923/1986, p. 57); la melancolía nos muestra la posibilidad de tal desenlace<sup>6</sup>. El mismo superyó no ha tenido otra procedencia, la identificación de la cual también produjo desexualización, lo que liberó la pulsión de muerte de la que adquirió su carácter cruel.

La vida anímica se da en un constante juego de interrelaciones, compromisos y conflictos (punto de vista dinámico) entre instancias psíquicas (punto de vista tópico); propiciados por montos de excitación que discurren por dichas instancias (punto de vista económico), y que a final de cuentas determina el malestar del sujeto.

---

<sup>6</sup> En *Duelo y Melancolía* Freud (1917b/1986) nos da el primer ejemplo del mecanismo que se sigue ante la resignación de un objeto. En la melancolía, la pérdida real o afectiva de un ser querido, suele manifestarse en el doliente como autoreproches y en general un maltrato de sí mismo. En el análisis de estas conductas se observa que este maltrato está dirigido al objeto que se ha introyectado en el sujeto, la libido suelta del objeto se redirige al yo y ahí posibilita la identificación con el objeto perdido, desde esta posición el yo que se toma por el objeto recibe la venganza que ejecuta el ideal. *El melancólico ha retirado, es cierto, su libido de objeto, pero que, por un proceso que podemos llamar <<identificación narcisista>>, ha erigido el objeto en el interior de su propio yo,* (Ibíd. p. 388).

## Reflexiones Psicoanalíticas Sobre la Adicción

*Ya hace falta concluir que el concepto de la droga es un concepto no científico, establecido a partir de evaluaciones morales o políticas: lleva consigo la norma de lo prohibido.*

Jaques Derrida <sup>1</sup>

La comprensión de las adicciones ha sido favorecida por las reflexiones psicoanalíticas, sobre el tema no son pocos los trabajos vertidos. Las aportaciones del psicoanálisis posibilitan una práctica clínica que hace ruptura con los modelos convencionales de terapéutica en esta materia, trayendo al frente al sujeto, cuestionando el papel que éste actúa en su relación con el objeto de adicción y, como su gran particularidad, cuestionando también la relación que se establece entre el clínico y el paciente, punto sensibilísimo en la cura de la adicción, ya no sólo en psicoanálisis, sino en muchas de las terapéuticas. Tales reflexiones también contribuyen en el desentrañamiento de los misterios de la psique, del comportamiento del Hombre, de su alma, misterio que convoca el uso voraz de los objetos como droga, droga-a-dicción.

Por supuesto las disertaciones no son homogéneas, unas veces se contradicen, otras tantas prescinden de la valiosa contribución de los autores que previamente han tratado el fenómeno. La tarea de incluir esta diversidad aquí es ya un trabajo complicado desde la organización del material; podría presentarse teniendo como categorías la inspiración teórica de los autores: Freudianos, klenianos, lacanianos, (p. ej. Bilbao & Castillo, 2002); sin embargo hay autores híbridos, el mismo espíritu laciano se presenta como freudiano. Una alternativa es la que lleva acabo Herbert A. Rosenfeld (1978) en su *revisión crítica de la literatura psicoanalítica de la drogadicción y el alcoholismo*, donde cita las contribuciones de un gran número de psicoanalistas sobre el tema, aislando una serie de factores en común (oralidad, narcicismo, depresión y manía, impulsividad, destructividad o auto-destructividad, perversión) hallados en las investigaciones de dichos autores al

---

<sup>1</sup> Citado en Melenotte (2002, n. 12).

respecto. Esta revisión nos alerta sobre puntos que diversos psicoanalistas han privilegiado, sin embargo no ofrece asidero para lograr un entendimiento general de la adicción, pues estos factores que destaca no se hallan relacionados y no se toma en cuenta la divergencia teórica (Freud o Klein) desde la cual son usados los constructos mencionados.

A continuación habrá que pasar revista a algunas de las principales aportaciones psicoanalíticas en materia de adicciones, prevenido de algunas de las desventajas de anteriores estudios, considero una serie de directrices para lograr esta revisión: El material que permita un entendimiento metapsicológico es lo que aquí se considera más relevante; las indicaciones sobre el tratamiento son de importancia principalmente en tanto contribuyan a la reflexión teórica; el acento recae en la originalidad de los autores más que en sus acuerdos, un ligero desplazamiento en realidad, trataré de plantear el decir de los autores como una teoría y buscar el diálogo de esta manera, y no aislando los factores para encontrar acuerdos que puedan resultar artificiales al pasar por alto el contexto teórico en el que son vertidos los aportes.

La adicción ha sido incluida en las cavilaciones del psicoanálisis desde sus primeros momentos; para Vera (1988) el encuentro de Freud con la cocaína fue de gran relevancia para el fundador del psicoanálisis, pues ésta se le presentó como una solución que le permitía reconciliar su necesidad económica con su deseo de hacer carrera de investigador, carrera que no le prometía superar sus dificultades de dinero, diferente a la práctica médica que sí le permitía solventar sus necesidades económicas; no obstante Freud la tenía en poca estima; pues bien, la cocaína era la solución de compromiso, sus aplicaciones médicas eran parte de sus investigaciones. Pero la cocaína no resultó ser lo que parecía, el fracaso de la expectativa respecto de esa sustancia no fue sin consecuencias, dice Vera (1988, p. 95): *Es el momento en el cual, como lo señala Jones, Freud se vuelve con un nuevo entusiasmo hacia las teorías de Charcot sobre la histeria y la hipnosis. En esta etapa intermedia la hipnosis y la sugestión como técnicas puramente psicológicas tomaran definitivamente el lugar de los medicamentos en tanto que objetos substanciales.* Dice más adelante que el fracaso de la cocaína redundó en el encuentro con una nueva solución: *El deseo de curar sin ser médico.* Le Poulichet (1990) asigna un papel primordial al tóxico en la creación del psicoanálisis, para esta autora el camino que va de los estudios sobre la cocaína a la

*Interpretación de los Sueños* significa el paso de una teoría de etiología tóxica de la neurosis, a la hipnosis y de ahí a la construcción de un aparato psíquico que en su constitución lo que se pierde es el organismo, el cuerpo es ahora de lenguaje, erógeno, *el objeto ha desaparecido en una esencial negatividad para que se constituya la ficción de una psique* (Ibíd., p. 96), implica la creación de una psique a partir del modelo del sueño, una psique, un aparato cuyas estructuras no requieren ya un referente material, un lugar particular dentro del órgano de pensar.

Para Vera y Le Poulichet la forma en la que la problemática de la adicción fue apareciendo en la vida y obra de Freud tiene implicaciones para la clínica y los estudios psicoanalíticos de esa problemática; por ejemplo para Le Poulichet el trayecto freudiano del tóxico al sueño representa precisamente un camino de la toxicomanía, representa el fracaso del sueño, de la elaboración psíquica en las cadenas discursivas; más adelante se abordará con más precisión las reflexiones de esta autora. Aunque considero valiosas las indicaciones de los autores recién citados, no creo pertinente continuar elaborando el tema de este estudio en relación a la biografía de Freud, me parece más urgente atender en exclusiva a su obra; es sorprendente que dentro de una gran cantidad de estudios revisados ninguno haya pensado en su conjunto las distintas menciones que Freud hace sobre las adicciones y buscado sus relaciones y divergencias.

Las aportaciones de Freud al entendimiento de las adicciones son breves, ocasionales, aquí y allá, siempre en relación a otro tema, Freud no realizó ningún estudio dedicado especialmente a esta cuestión; no obstante, las escuetas indicaciones que deja nos permiten reflexionar y procurarnos un entendimiento metapsicológico del fenómeno.

La primera mención que Freud hace sobre adicción es en *Tratamiento Psíquico (Tratamiento del Alma)*, ahí, al referirse a la hipnosis, después de destacar sus bondades dice Freud (1890/1986, p. 129): *Sólo hay que poner de relieve algo: toda vez que las circunstancias hacen necesaria una aplicación permanente de la hipnosis, se produce una habituación a ella y una dependencia respecto del médico hipnotizador, lo cual no puede contarse entre los propósitos de este procedimiento terapéutico.* Más adelante, dentro de las indicaciones de aplicación y efectividad incluye, además de los estados neuróticos,



desarraigo de hábitos patológicos (alcoholismo, adicción a la morfina, desvíos sexuales). Casi al final nos explica que el efecto sobre muchos padecimientos es menor, se logra sugestión hipnótica de cosas simples para el enfermo, no en el caso de que la sugestión implique un sacrificio mayor para el enfermo; en otros casos la remisión del padecimiento es temporal y se hace necesaria la repetición del procedimiento hipnótico; son estos los casos en que *suele producirse una dependencia del enfermo respecto del médico y una suerte de adicción a la hipnosis.*

Es obvio que estos planteamientos se contraponen en cierto punto: la hipnosis que cura la adicción, también puede producir adicción. Esta paradoja en la cura no es ahora extraña en las adicciones; por ejemplo, el uso de medicamentos es usual en las terapias de adicción y se corre el riesgo de que éstos generen también adicción y sean empleados como drogas, esta idea es llevada a un extremo en el filme *Drugstore Cowboys* (Van Sant, 1989) donde el vaquero yonqui *Bob* razona con claridad: *¿Quién tiene las drogas? Las droguerías, si quiero drogas voy a la fuente, a la droguería, entonces no hay que demorarse en robar dinero para conseguir drogas, es un rodeo innecesario, hay que robar la farmacia, ir directamente a la fuente.* Pero este relevo de sustancias en la adicción se comprende fácilmente, no es tan sencillo cuando se verifica, como lo hace Freud, que la dependencia se genera a una persona y la adicción a un procedimiento que lleva acabo dicha persona, esta observación puede conectarnos con una de las formas de adicción que no implican la introducción de sustancias, se trata de aquellas relacionadas con el amor, adicción al amor, al sexo, a relaciones destructivas, obsesionarse por una persona. Desde el punto de vista de las *neurociencias* se puede apelar a la intervención de sustancias endógenas generando estas adicciones, en el caso del sexo, con una idea muy precisa de las sustancia interventoras; en los otros casos sería mucho más complicado explicar el fenómeno desde esta perspectiva, se puede decir también que el uso del término es como metáfora y en rigor es inadecuado; pero si tomamos como paradigma a la dependencia hacia el hipnotizador podemos desestimar una particular mediación de sustancias, pues aunque esta relación puede equipararse a un enamoramiento (Léase Freud, 1921, *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*) la explicación psicofisiológica sólo cubriría los casos en los que en la dependencia implicara de forma directa un enamoramiento, y no aquellos que dicha

dependencia se basara en los efectos terapéuticos del procedimiento hipnótico. Se abre entonces la posibilidad de entender la adicción como un acto que, aunque soportado orgánicamente, va más allá de las drogas pues puede prescindir de ellas<sup>2</sup> y el sujeto emplear las propias sustancias para generar un efecto; el sujeto se involucra en un acto que le produce efectos, eslabón de una cadena cuyos antecedentes y consecuentes procuramos conocer. Las adicciones del amor son de difícil acceso también para una intelección metapsicológica, pero hay que decir que es un punto de mucha oscuridad y de relevancia en el campo de las adicciones.

Sobre esta cita de Freud es posible seguir pensando. Dice que se puede producir una dependencia hacia el médico y una suerte de adicción a la hipnosis. Llama la atención la separación entre dependencia y adicción, podemos preguntar si semejante distinción es propia de esa forma de la adicción o si podemos reencontrarla en otros tipos. Observaciones de diversas fuentes indican que por lo menos en algunos casos así es; sin embargo no encontramos explicación en las reflexiones de Freud sobre la adicción; otras reflexiones psicoanalíticas tocan el tema, esperemos para conocer su alcance.

En esta misma línea, en el apartado 3 de *Sobre la más Generalizada Degradación de la Vida Amorosa (Contribución a la Psicología del Amor, II)*, Freud (1912/1986) menciona dos características de la pulsión sexual: Que su valor psíquico aumenta con su frustración y disminuye cuando se vuelve holgado satisfacerse. No impresiona leer esto, esta cualidad se halla incluso en el hambre, definitivamente es más caro el alimento cuando estamos privados de él, su importancia psíquica aumenta de acuerdo a su disponibilidad. Muchos matrimonios ofrecen el ejemplo para la primera característica, la pulsión sexual pierde valor frecuentemente bajo la premisa de que en ese marco el goce sexual está permitido. Freud se pregunta si el valor de toda pulsión disminuye cuando se vuelve fácil satisfacerla. Responde que no y toma al alcoholismo como contraste. La relación entre el bebedor y el alcohol es entrañable, a tal punto que este vínculo ha sido llamado el arquetipo de un

---

<sup>2</sup> Le Poulichet , 1990, pp. 158-159), comenta sobre un caso de M. D. Van Spruiell en el que condicionó la continuación del tratamiento a su paciente, sólo continuaría tratándolo si abandonaba por completo el uso de la droga, esta interdicción de poco sirvió, pues quedo *neutralizada en parte porque el paciente podía producir a voluntad "estados de somnolencia y ensoñaciones" (...) el paciente podía drogarse sin droga.*

matrimonio dichoso; pero en esta relación no hay menoscabo de su valor al estrecharse el vínculo en su uso constante; corresponde esto a la dependencia, la principal característica de la adicción de acuerdo a tantos autores. La tolerancia no contradice la reflexión, pues practica un aferramiento al mismo objeto o su efecto. Dice entonces Freud (Ibíd., p. 182: *habría que ocuparse de la posibilidad de que haya algo en la naturaleza de la pulsión sexual misma desfavorable al logro de la satisfacción plena*. Pasa luego a indicar dos factores como posibles responsables: La acometida de la elección de objeto en dos tiempos (barrera del incesto) que hace perder al objeto originario, por lo que el objeto presente es siempre un subrogado; el segundo factor es el hecho de que la pulsión sexual proviene de una serie de componentes de los cuales no todos pueden ser aceptados en su forma actual, unos se resignan o encuentran otro empleo.

En esas breves líneas Freud establece cierta relación y distinción de la pulsión sexual y del amor con la adicción. Mueve a pensar también en la cualidad del objeto droga, si es en primer término lícito ubicar a las drogas como representantes o subrogados de los objetos de la pulsión, reflexión sobre la urgencia de estos “objetos”, de las drogas, sobre si esta urgencia es una pulsión o cómo podemos entenderla.

Ya desde 1898, Freud en *La Sexualidad en la Etiología de las Neurosis* invita a pensar sobre las relaciones entre sexualidad y adicción, y pone a esta última en relación a la habituación onanista. Primero ubica a la neurastenia como resultado de la práctica de un comercio sexual inadecuado, que es el onanismo, una simple cura de abstinencia no bastaría, por lo que sugiere que el tratamiento debe conducir al paciente a reorientar el comercio hacia la normalidad; *una puntualización enteramente análoga vale para todas las otras curas de abstinencia, que tendrán un éxito sólo aparente si el médico se conforma sólo con sustraer al enfermo la sustancia narcótica, sin cuidarse de la fuente de la cual brota la imperativa necesidad de aquella (...) Una indagación más precisa muestra por lo general que esos narcóticos están destinados a sustituir –de manera directa o mediante unos rodeos– el goce sexual faltante, y cuando ya no se pueda restablecer una vida sexual normal, cabrá esperar con certeza la recaída del deshabitado* (1898/1986, p. 268). La adicción entonces tiene en su origen un impulso sexual que ha encontrado en esta una variante de satisfacción, y por eso es análoga al onanismo. Esta idea tiene antecedentes en

la correspondencia de Freud con Wilhelm Fliess, en la *Carta 55* de los *Fragmentos de la Correspondencia con Fliess*, fechada el 11 de enero de 1897, encontramos lo siguiente: *La dipsomanía se genera por refuerzo, mejor dicho, por “sustitución”\** de un impulso a cambio del impulso sexual asociado (1986/1950, p. 281). Se refiere a un hombre que siendo perverso se prevenía de ser neurótico, al resignar la perversión cae enfermo y se da la sustitución dipsomaniaca. Pero más adelante, en otra epístola de la citada correspondencia, *Carta 79*, con fecha de 22 de diciembre de 1897, Freud (Ibíd., p. 314) es más específico en cuanto a esta *sustitución* y a al vínculo entre adicción y onanismo, escribe: *Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar “adicción primordial”, y las otras adicciones solo cobran vida como sustituto y relevos de aquella (el alcoholismo, morfinismo, tabaquismo, etc.).* Aunque esta idea es muy temprana no fue resignada, ya en plena madurez de su teoría Freud (1928/1986, p. 190) redacta un trabajo donde es retomada esta línea sobre la adicción, en *Dostoievski y el Parricidio* señala: *El “vicio” del onanismo es sustituido por la manía de juego, derivación esta que se trasluce en la insistencia sobre la apasionada actividad de las manos. Real y efectivamente la furia del juego es equivalente de la antigua compulsión onanista, y en la crianza de niños no se usa otro término que el de “jugar” para nombrar el quehacer de las manos en los genitales. Lo irrefrenable de la tentación, los solemnes y nunca respetados juramentos de no volver a hacerlo, el placer atolondrante y la mala conciencia de que uno se arruinaría (suicidio). Se han conservado inmutados a pesar de la sustitución.*

La adicción es un acto autoerótico, adicción primordial de la cual todas las demás adicciones son sólo subrogados, que responde a la falta de goce sexual procurando aliviarla de esta manera. Estas ideas sobre la adicción pueden parecer extrañas para aquellos ajenos al psicoanálisis. Aquí es cuando cosechamos los frutos de la descripción del acto adictivo. La relación entre sexualidad y adicción ya no es incompresible, Freud nos indica los paralelos tomando al onanismo como modelo, y si no es suficiente recuérdese la escena de *Trainspotting* (Boyle, 1996) en la que mientras *Sick Boy* inyecta heroína a *Allison*, Mark

---

\* Palabra en cursivas en la fuente.

Renton nos explica el efecto de dicha sustancia: *Piensa en tu mejor orgasmo. Multiplícalo por mil y aún estarás lejos*. El filme recién aludido nos sirve de ejemplo a partir del cual podemos convenir que la adicción procura satisfacer una falta de goce sexual, Tommy un joven deportista que al principio de la cinta declara: *Desperdicias tu vida al envenenarte con esa mierda*. Más tarde le comenta a su amigo Renton que su novia lo ha dejado, preámbulo para confesarle: *Quiero probar. Siempre dices que es lo mejor. Superior al sexo*. Así olvida el deporte y acepta las drogas hasta la muerte. Pero recordemos un caso para anclar a la clínica este punto. Réquíz (ver p. 25,26) escribe sobre un *hombre, adicto a la cocaína, refiere que al poco tiempo de casado comienza a tener problemas de erección con su esposa quien para su sorpresa no lo reprocha, sino que intenta ayudarlo. Sin embargo evita las relaciones sexuales, aumenta considerablemente el consumo y comienza a "escaparse", como él dice. Se va a los burdeles donde gasta grandes cantidades de dinero brindando licor a todo el mundo. Cuando llega al lugar lo ponen a su disposición y las prostitutas quedan para su uso casi exclusivo. Allí se dedica a consumir cocaína y paga a las mujeres y a los hombres del local para que tengan relaciones sexuales en su presencia mientras él mira (...)* Según dice, *se siente muy poderoso y complacido cuando ve la potencia sexual de los otros en perfecto funcionamiento, mientras él consume cocaína*. Parece muy claro el uso de drogas como sustituto de un impulso sexual que no se satisface. Pero en la descripción del acto adictivo reconocimos un efecto más general en dicho acto, una especie de agregado a la persona; es necesario establecer la relación entre el uso onanista como sustituto, descrito por Freud, y el efecto general reconocido. La idea de este acto como autoerótico puede ser leída a partir del estudio del narcisismo, es seguro que esta lectura promete esclarecimiento para la tarea atrás planteada; pero ya veo la dificultad de seguir avanzando sin conocer tantas precisiones que los diversos autores psicoanalíticos han hecho, y que incluso permiten ampliar la descripción del acto adictivo, así que será preciso aguardar a tener todas las piezas para armar el rompecabezas de la adicción, mientras tanto habrá que seguir con las aportaciones de Freud y continuar con los otros autores.

Nótese también que Freud no hace distinción entre adicciones que involucren alguna sustancia que se introduce al cuerpo (cocaína, alcohol...) y aquellas que no, como el juego.

En *El Chiste y su Relación con lo Inconciente* Freud (1905b/1986, p. 122) inaugura otra línea de pensamiento para las adicciones, ahí leemos: *La alteración del estado del talante es lo más valioso que el alcohol depara al ser humano, y por eso no todos pueden prescindir de ese “veneno”. El talante alegre, sea generado de manera endógena o producido por vía tóxica, rebaja las fuerzas inhibitorias, entre ellas la crítica, y así vuelve de nuevo asequibles unas fuentes de placer sobre las que gravitaba la sofocación.* Destaca primero la posibilidad de entablar una relación entre el talante alegre y el efecto alcohólico. La capacidad de desinhibir del alcohol es un hecho conocido, queremos saber cómo es que se posibilita esa desinhibición, podemos buscar la respuesta indagando en la fisiología del sistema nervioso, trabajo que no haremos aquí, buscaremos respuesta en términos metapsicológicos. El placer se produce por un ahorro en el gasto psíquico, gasto que mantenía en represión estas fuentes de placer, al aligerarse esta represión el sujeto puede acceder a estas formas de ganancia de placer, o en otros términos, el aparato psíquico reencuentra formas de descarga (placer) que habían estado censuradas por las fuerzas de represión; además de que queda disponible en el aparato la energía ahorrada en el rebajamiento de la represión para ser empleada en diversos fines. Esto nos dice Freud (1917b/1986, pp. 251, 252) en *Duelo y Melancolía*, donde procura dar explicación a la manía a través de las reflexiones sobre la melancolía; observa que los estados de júbilo son el paradigma normal de la manía, en ambos estados *puede reconocerse idéntica conjunción de condiciones económicas. En ellos entra en juego un influjo externo por el cual un gasto psíquico grande se vuelve por fin superfluo, de suerte que queda disponible para múltiples aplicaciones y posibilidades de descarga (...)* A la borrachera alcohólica, que se incluye en la misma serie de estados, quizá se la pueda entender de idéntico modo (en la medida en que sea alegre); es probable que en ella se cancelen, por vía tóxica, unos gastos de represión (...) en el interior de la vida anímica se ha cumplido la mencionada condición económica, y por eso se esta de talante tan alegre, por un lado y tan desinhibido en el obrar, por el otro. Una vez más podemos encuadrar esta referencia de la represión y su cancelación tóxica en un marco metapsicológico; debemos reintegrar al fenómeno la cualidad de acto que es emprendido por un sujeto, siendo este acto, con toda la significación implicada, lo que conduce al efecto, lo que requiere supeditar el efecto químico del tóxico al uso que el sujeto hace de éste. La represión es un hecho psíquico, aún

sostenido por un basamento orgánico, se da en un marco de significado, de prohibición y permisividad, al respecto podemos traer un pasaje más de *Trainspotting* (Boyle, Ibíd.): *Si fuera ilegal, nos inyectaríamos vitamina C*. Pero tengo la impresión de que no es lo primordial la cancelación de la represión –por lo que también podemos prescindir aquí de una explicación fisiológica al respecto– sino lo que posibilita: *Fuentes de placer sobre las que gravitaba la sofocación*. Esto nos dice Freud (1905b/1986, Ibíd.) en el texto sobre el chiste, ahí mismo nos da más pistas: *Bajo el influjo del alcohol, el adulto vuelve a convertirse en el niño a quién deparaba placer la libre disposición sobre su decurso de pensamiento, sin observancia de la compulsión lógica*. ¿De qué placeres goza el niño? Una vez más somos llamados a pensar la cuestión en relación al narcisismo, sigamos aguardando.

En *Sobre un Caso de Paranoia Descrito Autobiográficamente* (Schreber), Freud (1912b/1986) vuelve a hacer referencia al alcohol en estos términos, dice que éste cancela inhibiciones y deshace sublimaciones; esto le sirve para explicar el delirio de celos del alcohólico que brota por la fuerza de una moción homosexual expulsada del yo y proyectada en la persona que el alcohólico hace protagonista del delirio de celos; así un hombre accede a la cantina y, por mediación del alcohol, es acosado por mociones sexuales despertadas en la convivencia masculina, las cuales pretende contradecir atribuyendo las mismas a su mujer: No amo yo al varón, es ella quién lo ama.

La reflexión sobre el chiste es retomada en *El Humor*, ahí Freud (1927/1986, p. 152) particulariza el humor respecto del chiste e incluye en la misma serie al humor y la embriaguez, escribe: *Mediante estos dos últimos rasgos, el rechazo de la exigencia de la realidad y la imposición del principio del placer, el humor se aproxima, a los procesos regresivos o reaccionarios que tan ampliamente hallamos en la psicopatología. Con su defensa frente a la posibilidad de sufrir, ocupa un lugar dentro de la gran serie de aquellos métodos que la vida anímica de los seres humanos ha desplegado a fin de sustraerse de la compulsión del padecimiento, una serie que se inicia con la neurosis y culmina en el delirio, y en la que se incluyen la embriaguez, el abandono de sí, el éxtasis*. Sobre este punto Freud (1930/1986, pp. 77, 78) se extiende, en *El Malestar en la Cultura*:

*Los métodos más interesantes de precaver el sufrimiento son los que procuran influir sobre el propio organismo. Es que al fin todo sufrimiento es sólo sensación, no subsiste sino mientras lo sentimos, y sólo lo sentimos a consecuencia de ciertos dispositivos de nuestro organismo.*

*El método más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación. No creo que nadie haya penetrado su mecanismo, pero el hecho es que existen sustancias extrañas al cuerpo cuya presencia en la sangre y los tejidos nos procura sensaciones directamente placenteras, pero a la vez alteran de tal modo las condiciones de nuestra vida sensitiva que nos vuelve incapaces de recibir mociones de displacer. Ambos efectos no sólo son simultáneos; parecen ir estrechamente enlazados entre sí. Pero también dentro de nuestro quimismo propio deben de existir sustancias que provoquen parecidos efectos, pues conocemos al menos un estado patológico, el de la manía, en que se produce esa conducta como de alguien embriagado sin que se haya introducido el tóxico embriagador. Además, nuestra vida anímica normal presenta oscilaciones que van de una mayor a una menor dificultad en el desprendimiento de placer, paralelamente a las cuales sobreviene una receptividad reducida o aumentada para el displacer. Es muy de lamentar que este aspecto tóxico de los procesos anímicos haya escapado hasta ahora a la investigación científica. Lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria es apreciado como un bien tan grande que individuos y aún pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal. No sólo se les debe la ganancia inmediata placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con ayuda de los “quitapenas” es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación. Es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino.*

En este pasaje Freud otorga a las drogas el doble efecto de procurar placer y sustraer del displacer, atribuye esta propiedad a su efecto químico y nos llama la atención sobre el



quimismo del cuerpo y de los procesos anímicos. En realidad las drogas tienen un impacto sobre el cuerpo e inevitablemente en la vida anímica; pero esto es sólo una parte del fenómeno de las adicciones, recordemos nuevamente que es el sujeto el que accede a estas sustancias y las hace parte de su economía libidinal, Freud lo menciona y agrega que los tóxicos llegan a tener un papel en esta economía no sólo para los individuos, sino incluso *pueblos enteros*, hasta podríamos preguntarnos si acaso alguno prescinde del uso de los “quitapenas”. Una serie de observaciones nos invitan a estudiar el fenómeno desde perspectivas diversas a las que podrían encargarse del quimismo del cuerpo, pues si a pesar de la diversidad de las sustancias encontramos un fenómeno común que llamamos adicción, además este estado lo reencontramos en una patología (manía), todavía agregamos a la observación el hecho de que hay adicciones que prescinden de los tóxicos y usan una gran variedad de objetos, aunque el quimismo sea mediador (endógeno o exógeno), este quimismo puede ser tan general, o diversos procesos fisiológicos desembocar en la adicción. Tal vez la cualidad general de estos objetos no se halla en su química y en su farmacodinamia, sino en lo que significan, en aquello que en la *vitamina C* no encontramos. Esa cualidad de refugio que hace de las drogas una bendición y un peligro exige una explicación sobre aquello mismo que las convoca, que las hace necesarias y riesgosas.

En el ensayo *II La sexualidad Infantil*, de sus famosos *Tres ensayos de Teoría Sexual*, Freud (1905a/1986) nos explica las tres características primordiales de la pulsión sexual en la infancia, una de estas características es que dicha pulsión es autoerótica, se sirve Freud de una conducta infantil muy común, el chupeteo, a partir de esto se extiende en la descripción de la cualidad autoerótica de la pulsión infantil. *No todos los niños chupetean cabe suponer que llegan a hacerlo aquellos en quienes está constitucionalmente reforzado el valor erógeno de la zona de los labios. Si este persiste, tales niños, llegados a adultos, serán grandes gustadores del beso, se inclinarán a besos perversos o, si son hombres, tendrán una potente motivación intrínseca para beber y fumar* (Ibíd., 165).

Este reforzamiento en la zona de los labios difícilmente puede ser extendido a la gran variedad de manifestaciones de la adicción, en algunos casos puede agregarse como motivación; pero qué es lo esencial que podríamos abstraer de este fenómeno en relación con el nuestro que es la adicción: El autoerotismo. La búsqueda de satisfacer con los

propios medios -el cuerpo- un recuerdo. Visto de esta manera, el señalamiento freudiano hace conexión con otros ya planteados aquí. Me parece que somos nuevamente relanzados a poner en juego la teoría sobre el narcisismo.

Puede citarse todavía otra referencia freudiana relacionada con las adicciones. En *Complemento Metapsicológico a la Doctrina de los Sueños*, Freud (1917a/1986, p. 232) explica como en la psicosis de deseo el examen de la realidad es cancelado por el yo en respuesta a una pérdida que la realidad señala; así las fantasías de deseo no reprimidas pueden ser admitidas como una realidad mejor; más adelante, en una nota al pie, dice: *A partir de esto puede conjeturarse que también las alucinosis tóxicas, por ejemplo el delirio alcohólico, han de entenderse de manera análoga. La pérdida insoportable infligida por la realidad sería justamente la del alcohol. Cuando se suministra este último las alucinaciones cesan.* Esta cita nos lleva a interrogarnos sobre el lugar que ocupa la droga en la vida del sujeto, en este caso nos preguntamos que significa para el sujeto el alcohol que su retiro es tan dolido y requiere extrañarse de la realidad que le impone su alejamiento; Freud (1930/1986) nos dice que de las tres fuentes que deparan sufrimiento al ser humano, a saber, el propio cuerpo, el mundo exterior y los vínculos con los demás seres humanos, el padecimiento de esta última es el que vivimos más doloroso. ¿Qué relación guarda el alcohol o la droga con el objeto de la pulsión, del amor? Reencontramos esta pregunta.

Quizá la indicación más precisa de Freud sobre el tema de las adicciones es la que las vincula con el onanismo, una idea temprana derivada del análisis clínico del onanismo que procura dar explicación a la pasión adictiva y a la dificultad de la cura manifiesta en la constante reincidencia, idea que tuvo un breve desarrollo en un escrito producido ya en la madurez teórica del creador del psicoanálisis, que abre la perspectiva de las adicciones para incluir aquellas que no requieren del uso de sustancias tóxicas, y que por este medio da cabida a indicaciones previas sobre el hipnotismo y su capacidad adictiva, este hecho que podría ser contradictorio respecto del onanismo, nos mueve a pensar sobre que posición ocupa el objeto de adicción con el de la pulsión, cuestión que la descripción del acto adictivo ya nos ha convocado en otros términos; reflexión sobre autoerotismo y narcisismo. El camino que se abre en 1905 es otra vía de largos alcances, primero nos da indicaciones metapsicológicas del acto adictivo como parte de una serie de recursos de los que el

humano se sirve para evitar el dolor. Camino que desemboca en la actualización de fuentes de placer resignadas, ¿autoerotismo, narcisismo? Lo que Freud trae en 1930 guarda obvia relación, pues nos habla de estos métodos “quitapenas”, se refiere en particular a los tóxicos; en contraste con lo dicho en 1927 sobre la adicción al juego, pone sobre la mesa el debate del papel del quimismo en la adicción; ciertamente no se agota ahí la reflexión, nos llama la atención sobre un papel de estas sustancias en la economía libidinal del Hombre, necesidad de refugio, malestar cotidiano que les da cabida.

Sin hacer un estudio específico Freud da las directrices generales para la comprensión de las adicciones, por eso exigía detenimiento, casi todos los psicoanalistas que se han encargado del tema desarrollan una o dos de las ideas freudianas, en lo venidero quizá podamos avanzar con mayor prontitud. Desde ya se ve la necesidad de ligar estas reflexiones a un esqueleto metapsicológico que nos permita discernir en este campo inextricable.

Algunos psicoanalistas de la primera generación se interesaron en el fenómeno de las adicciones (particularmente en la dipsomanía) y lo vincularon al tema de la homosexualidad, sea teóricamente o por sus observaciones clínicas, es el caso de Sándor Ferenczi, Víctor Tausk y Wilhelm Stekel, revisemos brevemente su aportación, la cual consta fundamentalmente en acentuar el vínculo mencionado, retomando ideas escritas por Freud y apoyados en material clínico.

En el *Papel de la Homosexualidad en la Patogenia de la Paranoia* Ferenczi (1911a, p.3) escribe sobre un caso de un hombre con delirio de celos alcohólico, que de regreso a su casa, después de embriagarse, golpea e insulta a su esposa, la acusa por serle infiel mientras se ausenta. *El alcohol, al que podemos llamar “veneno de la censura” intelectual y moral, había despojado de su sublimación en gran parte (pero no totalmente) a su homosexualidad convertida en cordialidad, servicialidad y sumisión, y atribuía simplemente a su mujer el erotismo homosexual descubierto de este modo, y que era incompatible con la conciencia de este hombre de elevada moralidad, por lo demás.*

*A mi parecer, lo único que hacía el alcohol era destruir la sublimación, poniendo en evidencia la verdadera estructura sexual psíquica del individuo, es decir, una elevación de*

*objeto del mismo sexo (...) no era el alcohol la causa profunda de la enfermedad; se había dado a la bebida por la oposición insoluble entre sus deseos heterosexuales conscientes y sus deseos homosexuales inconscientes; a continuación, al destruir el alcohol la sublimación, apareció el erotismo homosexual, del cual sólo podía librarse la conciencia mediante la proyección, es decir, el delirio de celos paranoico.*

El papel otorgado al alcohol es muy específico, disolvente de sublimaciones, reflexión que sin mucha dificultad podemos poner en la misma línea que la *cancelación de represiones*.<sup>3</sup> Stekel, s.f., en su estudio sobre *Onanismo y Homosexualidad* dedica un apartado a las relaciones entre homosexualidad y alcoholismo, llama la atención sobre dos fenómenos extraídos de un nutrido material de casos clínicos. Primero observa que un gran número de personas heterosexuales acometen actos homosexuales bajo la corriente alcohólica, luego, algo que le es más llamativo, homosexuales que llevan al cabo actos heterosexuales bajo las mismas condiciones. *El hecho de que los homosexuales, bajo los efectos del alcohol, puedan comportarse como heterosexuales, es una prueba de su bisexualidad, una demostración de que han reprimido el componente heterosexual del instinto* (Ibíd., p. 314). Todavía desprende otra conclusión: *Vemos que la necesidad de embriagarse es la consecuencia de la insatisfacción de un instinto. La experiencia analítica revela, una y otra vez, que el deseo de embotarse y embriagarse casi siempre delata una sexualidad insatisfecha. Entre los alcoholistas, morfinómanos y cocainómanos, encontramos siempre sujetos intensamente parafílicos y bisexuales, que han reprimido uno de los componentes de su instinto sexual* (Ibíd., p. 318).

La línea trazada en este trabajo por Stekel toca en dos puntos las reflexiones freudianas, el efecto de sustitución por un faltante en el goce sexual y el de desinhibición por cancelación de represiones.

---

<sup>3</sup> Sobre el mismo caso el autor escribe: *Me enteré de que años atrás el enfermo había ya estado casado. Tampoco con la primera mujer vivió en paz mucho tiempo; poco después de la boda había comenzado a beber, luego a injuriarla, torturándola con escenas de celos, de manera que por último ella le había abandonado obteniendo el divorcio. Entre ambos períodos conyugales el paciente se había mantenido sobrio; sólo tras su segundo matrimonio había vuelto a beber.* Sin contradecir la reflexión de Ferenczi podemos agregar que el alcohol es usado en relación al vínculo del sujeto con sus objetos amorosos; ahí encontraría otra función.

En el alcoholismo puede hallarse un componente homosexual de forma general de acuerdo a Tausk (1983, p. 68), dice: *El alcoholismo es, en general, un fenómeno social entre personas del mismo sexo. A la mesa habitual del hombre, en el café, se sientan hombres (...) Es un placer narcisista-homosexual rápidamente sustituido por el placer objetal homosexual. La habitual mesa de café reemplaza a la mujer con la que no se quiere –o no se puede– tener que ver. Narcisismo y homosexualidad constituyen la predisposición al abuso de alcohol.* Agrega la observación de que las dos grandes psicosis alcohólicas (alucinosis y *delirium tremens*) pueden prolongarse en paranoia, lo que estrecha el lazo entre homosexualidad y alcoholismo si se toma en cuenta que la paranoia esta impulsada por una moción homosexual de la cual el sujeto quiere extrañarse (Freud, 1912b/1986).

¿Cuál es el lugar de la homosexualidad respecto de la adicción? Parece que sólo Tausk le asigna un sitio específico, la homosexualidad predispone al alcoholismo, argumenta el hecho de que el alcohol suele implicar una convivencia casi exclusivamente entre hombres, y la prolongación de las psicosis alcohólicas en paranoia. Pero ya Stekel abre el campo de observación, refiriendo la práctica sexual contraria no sólo en heterosexuales bajo el influjo del alcohol, sino también en homosexuales; ambos tienen un aspecto de su sexualidad reprimida, homosexual y heterosexual respectivamente, que el alcohol libera; la bisexualidad sustituye en Stekel a la homosexualidad, y aún es el goce faltante, *la insatisfacción de un instinto*, lo que fundamenta el uso de drogas. De lo escrito por Ferenczi y Stekel, y del mismo Freud, no podemos sino concluir que la homosexualidad juega un papel secundario para la adicción.

El papel de la homosexualidad y el conflicto edípico es en apariencia muy importante en la patología del adicto a las drogas, pero en el análisis se revela que la fuerza abrumadora del conflicto sólo puede entenderse con otro fundamento; esto nos dice Herbert Rosenfeld (1978). Para este autor Kleniano el núcleo del conflicto de la patología adictiva debe buscarse en la más temprana infancia, en los mecanismos que el bebé empleaba para lidiar contra las ansiedades experimentadas. El autor considera que el adicto está fijado a la

posición esquizo-paranoide<sup>4</sup>, aunque accede de forma limitada a la fase depresiva. Víctima de las ansiedades paranoicas el adicto, como el bebé en la fase esquizo-paranoica, usa mecanismos maniaco-depresivos. El yo del adicto ha sufrido una fuerte disociación, queda severamente escindido en una parte buena y en otra mala, los objetos del adicto sufren el mismo destino, los objetos externos sirven para proyectar las partes buenas y malas de la personalidad del adicto, lo que redundará en una tendencia a controlar a las personas sobre las que se ha proyectado, pero a la vez, se vuelve dependiente de esas mismas personas. La patología de la adicción no es idéntica a la manía depresiva, pero usa los mismos mecanismos y se padece en ambas similares cuitas. Lo que observa Rosenfeld es un yo debilitado por la fuerte escisión, este yo es incapaz de tolerar el dolor de la depresión, pero es al mismo tiempo incapaz de producir una reacción maniaca que lo emancipe de la depresión, pues este truco requiere de cierta fuerza yoica que aquí se extraña. El efecto tóxico de la droga sirve de refuerzo a los mecanismos maniacos (idealización, identificación con un objeto ideal, control omnipotente de los objetos) en contra de las

---

<sup>4</sup> Una posición o fase es *una configuración específica de relaciones objetales, [...] persistentes a lo largo de la vida* (Segal, 1992) posición es la forma en la que el sujeto se relaciona con los objetos. Klein identifica dos posiciones: la esquizo-paranoide y la depresiva. La posición esquizo-paranoide es una configuración específica de relaciones objetales, de acuerdo a las observaciones de Klein, en el momento de nacer existe ya un yo primitivo, capaz de sentir ansiedad y utilizar mecanismos de defensa. Esta posición esquizo-paranoide se da desde los tres o cuatro meses de existencia, aunque el yo existe desde el nacimiento, es primitivo y desintegrado. El niño no reconoce objetos totales, sino parciales; es obvio que la relación madre hijo es especialmente estrecha en los primeros meses, así el objeto total, digamos la Gestalt, es la madre; pero el niño sólo reconoce el pecho –u otro que le haga las veces. El pecho materno es el objeto sobre el cual el bebé proyecta su amor y su odio. Cuando el niño identifica que el pecho le proporciona placer, este pecho se idealiza creyéndolo capaz de proporcionar placer ilimitado, el niño es reforzado en el instante en que recibe el pecho; al llorar y recibir satisfacción instantánea a su necesidad el niño valora el llanto como la forma a la cual puede acceder al placer, a partir de esto se genera un pensamiento de omnipotencia. Cuando el niño experimenta ansiedad, generalmente por la necesidad del alimento, no ve el mismo pecho que satisface su hambre, sino otro, uno que experimenta en su interior como el dolor de sus gritos y de la necesidad de comer; esto es lo que se denomina escisión; para él existe un objeto bueno (el pecho que lo satisface y en el que proyecta su amor) y un objeto malo (el pecho que lo persigue y le hace daño). Si el desarrollo es adecuado el niño pasará a la posición depresiva. El cambio se produce cuando el bebé reconoce a la madre como un objeto total. Este reconocimiento lo deprime y le causa ansiedad; en sus fantasías omnipotentes cree haberle hecho daño al objeto malo, sabiendo ahora que el malo es uno con el objeto bueno, el peligro, de acuerdo a sus fantasías, es perder a la madre; así es como experimenta culpa por primera vez. Dice Alarcón: *Así, el bebé aprende a controlar sus impulsos por amor a sus objetos* (Alarcón, 1990). El yo se integra junto con el objeto que deja de estar escindido.

ansiedades persecutorias y la frustración; es *una sustancia mala y destructiva, y su incorporación simboliza una identificación los objetos malos destructivos sentidos como persecutorios* (Ibíd., p. 156). El adicto escinde su parte buena y actúa sus impulsos destructivos sin ansiedad, afecto ni control (el superyó pierde el control), se entrega ahora a *una orgía de destrucción dirigida contra el objeto externo pero que incluye también a sus objetos internos y a sí mismo* (Ibíd.). En su otra cara, la depresión, la droga tiene el significado de un objeto muerto o enfermo que se puede incorporar como reacción frente a la culpa. De una forma la droga es un objeto muerto que se agrega por la culpa que produce la fantasía de haber aniquilado a dicho objeto, la culpa se expía en este movimiento. De otra forma el adicto agrega concretamente a los objetos malos (droga) sentidos como persecutorios, identificado a ellos, se pone a la casa de la parte buena y de los objetos buenos, este agregado-identificación permite cierta liberación de la persecución (*si no puedes contra el enemigo, únete*, aunque sea contra ti mismo, esta posibilidad la da la disociación de la personalidad).

Ciertamente es difícil transitar por el intrincado vocabulario de la derivación de Klein, pero no permitamos confusión. La droga es, según Rosenfeld, un potenciador, un refuerzo para un yo débil que no puede sustentar una patología depresiva ni emanciparse de ella por medio de la manía; la droga refuerza (posibilita al yo emplear) los mecanismos maníacos, la disociación, la proyección, la negación, etc. Es curioso que el autor señale que el éxito del tratamiento psicoanalítico en estos casos dependa de que el análisis sea capaz *de ayudar al paciente a integrar las partes disociadas del self, proceso que implica un refuerzo del yo del paciente* (Ibíd.), cuando es fácil pesquisar en su texto referido, que la droga también refuerza al yo.

Completemos el entendimiento de la adicción según Rosenfeld, agregando que el objeto puede significar tanto un objeto enfermo o muerto, como un objeto malo perseguidor. Este texto basado en el enfoque de las relaciones de objeto de Melanie Klein le asigna significado objetal a la droga, la droga como un objeto de la pulsión, simplifiquemos, arriesgando la precisión, persona a quién se dirige la pulsión.

Jorge Luis Maldonado (2002) hace énfasis en la importancia de la dimensión intersubjetiva para la comprensión de las patologías adictivas, para él la adicción es una patología que se da en relación a un objeto concreto.

La concepción de la patología de adicción de Maldonado puede sintetizarse de la siguiente manera:

La adicción se constituye *como defensa contra intensas angustias depresivas que surgen ante la pérdida (o amenaza de pérdida) que tiene lugar ya sea por distanciamiento o por diferenciación del objeto con respecto del sujeto* (Ibíd., p. 343). El adicto y el alcohólico en particular, busca independencia del objeto intentando prescindir del vínculo amoroso con éste, pretende que el amor de objeto puede ser sustituido por la euforia y los fenómenos sensoriales, perturbaciones de la percepción y del juicio de realidad que produce la droga, el sujeto se sirve de la droga para producir estados de confusión que son establecidos como defensa frente a sentimientos de culpabilidad surgidos por la hostilidad mantenida contra el objeto. A pesar del anhelo de separación, el resultado de este movimiento mediado por las drogas es el opuesto, pues *mediante las perturbaciones emocionales que genera en el objeto, la relación de dependencia resulta incrementada* (Ibíd., p. 344).

La fantasía que indica que se puede prescindir del objeto se hace viable por una operación del yo *que consiste en un tipo particular de escisión de la representación del objeto, con la cual separa y aísla los aspectos nutricios y concretos ligados a la necesidad de aquellos otros ligados al deseo y a la demanda de amor, y que totalizan la representación del mismo. Por otra parte, mediante la escisión se intenta conferir al objeto parcial (el pecho) autonomía del objeto total que lo contiene o, en otros términos, de la persona de la cual es parte. La escisión depende de una fantasía aplicada retroactivamente a los momentos iniciales del desarrollo, por lo cual se supone que la supervivencia del sujeto y, más aún, el desarrollo del yo fueron posibles tan sólo por los suministros nutricios del objeto parcial* (Ibíd., p 346). El vínculo con la madre es el principalmente afectado, pues con la escisión de los aspectos amorosos, el objeto es parcializado (sólo interesa como pecho nutricional) y cosificado.



Si el uso de droga eleva la autoestima, además de su eficacia tóxica, debe considerarse este efecto resultado del poder que le brinda para influir sobre el objeto y *la impotencia hacia la cual es reducido, al quedar imposibilitado de impedir que el sujeto se dañe mediante el consumo de un tóxico* (Ibíd., p. 348). *En realidad, en ciertos casos, la adicción persiste como tal porque es el instrumento privilegiado para incidir sobre el objeto con el cual ha sido establecida la verdadera fijación.*

El planteamiento de Maldonado es muy interesante, nos permite explicar ciertos fenómenos relacionados a los vínculos que establece el adicto, nos habla de la influencia que el adicto ejerce en personas cercanas a través de su adicción; sin embargo, el hecho reportado por muchos clínicos es que la familia se vuelve un obstáculo en la recuperación del adicto y que frecuentemente es retirado del tratamiento (p. ej. Rosenfeld, Ibíd., p. 168; Wolk y Diskind, en Serra, 1996) lo que nos lleva a preguntar si la influencia es unidireccional; en realidad Maldonado no asienta esto, pero su explicación nos conduce a entender el fenómeno de esa manera, pues explora muy poco lo que ocurre en el sujeto que es objeto del adicto; quizá su indicación más valiosa sea la de poner de relieve la intersubjetividad en la adicción.

Rafael Ernesto López es mucho más específico al referirse al papel de los objetos en la problemática de la adicción, pone en el centro de la patología adictiva a la madre, revisemos esta aportación.

La trama adictiva, según López (1991), es protagonizada por dos sujetos: El adicto y su madre, madre histórica, pero también actual, concreta, con nombre y apellido. Madre e hijo inmersos en un diálogo escatológico.

López (Ibíd.) inicia su texto *Adictos y Adicciones Una Visión Psicoanalítica* vertiendo su definición de la adicción, avanza luego, desarrollando algunos conceptos que componen su definición, particularizándolos después al fenómeno en cuestión. Sigamos su recorrido.

López (Ibíd., p. 11) define la adicción así: *Consiste en la subyugación del yo al objeto "malo" idealizado, organizada sobre un espacio transicional, casi siempre de procedencia anal, en donde el adicto/a se encuentra en una relación simbiótica con su madre, por lo general representando para ésta, la fantasía inconsciente de un falo fecal.* Los conceptos a

revisar (de acuerdo al autor) son los de *objeto transicional* y *falo fecal* (éste último es derivado del análisis de la constitución del superyó femenino).

Nos dice que entre los siete u ocho meses el objeto es por primera vez representado, esta representación rompe con el vínculo narcisista normal entre la madre y el hijo, distingue por primera ocasión esta unión en sus elementos: objeto externo (la madre o quizá más preciso el pecho), hijo (el yo). *El espacio transicional se encuentra por lo tanto a medio camino entre lo narcisístico y lo edípico, en esta forma el pulgar o el chupón pueden tomar temporalmente el lugar del pecho, pueden representarlo, pero nunca podrán convertirse en el pecho mismo* (Ibíd., p. 15). *Este medio camino hace que el objeto transicional contenga por una parte, cierto perfil específico del yo que lo patrocina, mientras por la otra también contiene aspectos específicos que definen al objeto externo; es ante todo un objeto que simboliza, que representa, y en ninguna forma un objeto que designa arbitrariamente tal y como sucede con el lenguaje de los signos* (Ibíd., p. 15). El objeto transicional es algo que por su relación con el objeto (la madre) puede representarlo para el yo y permitirle a éste último distinguirse de aquel y transitar hacia una relación de objeto en la que el objeto sea por sus cualidades. Sin embargo, este paso puede perturbarse y quedar estancado; *un estado netamente patológico, según el cual en algún momento dado, el símbolo pierde su carácter representacional, el “como si” se derrumba y se convierte en el objeto mismo, es decir, “la ilusión se vuelve delirio”\**. *El objeto transicional en lugar de convertirse en una “guía”\* hacia la triangulación, hacia la individuación tal y como sucede en el desarrollo normal, usurpa el lugar del objeto, roba su nombre y se convierte en el objeto mismo, atrayendo para sí toda la dirección pulsional* (Ibíd., p. 18). Indica que de acuerdo a Klein el objeto bueno es el pecho que se hace presente y que satisface la necesidad nutricia y amorosa del bebé, por el contrario, el objeto malo es el objeto ausente. *Pienso que debe suscitarse una condición mediante la cual el objeto externo, el pecho ante todo, falta, pero sin llegar a desaparecer del todo (...)* *El pecho asegura su importancia estimulando y exagerando la necesidad del yo hacia él, inventándose indispensable (...)* *En el caso del objeto transicional patológico, el objeto malo o más o menos ausente, disfrazado de pecho bueno,*

---

\* Palabra o frase en cursivas en la fuente.

*usurpa su lugar para recibir entonces del yo toda la pleitesía de su importancia como si en realidad fuera el objeto bueno presente (...) la idealización del pecho malo (pecho ausente o representado “in absentia”\*) genera la condición paradójal de la adicción (Ibíd.). Nos dice que el objeto transicional para la adicción tiene características únicas diversas de las encontradas en otras patologías, es un objeto fetichista y transicional el cual corresponde por sus características especiales al concepto de falo fecal, representado por el paciente mismo, quién ha sido establecido como el propio fetiche de la madre (Ibíd., p. 20).*

Sobre la fantasía del falo fecal indica que derivado de la falta de estructuración mental de un espacio vaginal orgiástico receptáculo del pene, por el impedimento hacia la niña de que explore su propia vagina, impedimento ejercido por la madre; y por el temor y la envidia a la omnipotencia del pene paterno, la niña acomete el robo simbólico del pene paterno y crea una condición ilegal para ocultarle, con el propósito de engañar a un superyó materno y al mismo tiempo negar, mediante fantasías de venganza (“¡deja que crean que soy mujer”!) el dolor ante la herida narcisista y la angustia ante la castración. El pene robado se oculta camuflajeado entre las heces<sup>5</sup>, como un fetiche delirado, omnipotente, secreto ilegal (Ibíd., p. 24). El adicto es entonces el objeto transicional y fetiche de la madre, es un falo fecal oculto, añadido a la madre.

Continúa distinguiendo dos tipos de adicción, una que surge como defensa, y otra que es estructura. La adicción como defensa corresponde al uso que hace el adicto de la droga con el fin de evitar la angustia ante la separación, el objeto transicional es por lo tanto de carácter oral y no reemplaza al pecho, la droga por sus propiedades químicas permite la disociación entre un objeto bueno y otro malo oculto en el ano. La dependencia permite evitar un estado melancólico de fondo que tiene como origen la separación del objeto. Comenta el autor que el paradigma literario de esta forma de adicción es la famosa historia de Robert Stevenson sobre el Dr. Jekyll y Mr. Hyde: *El Hombre y la Bestia*. El respetable Dr. Jekyll, por medio de un brebaje, hace surgir de él mismo un personaje violento e

---

<sup>5</sup> En *Sobre las Teorías Sexuales Infantiles* Freud (1908/1986) muestra como los niños formulan la teoría de que los niños provienen, o son evacuados por el ano; y en *Sobre las Trasposiciones de la Pulsión, en particular del Erotismo anal* (1917d/1986) detalla el paso del erotismo en la niña que iguala las heces al pene y luego al niño.

inmoral: Mr. Hyde. Esta escisión es la que práctica la droga en el adicto que responde al tipo defensa. En la adicción como estructura la droga es usada, más que por sus propiedades químicas, por su valor simbólico, es el fetiche, busca impedir la ausencia *en todas sus formas, al llenar de falsa presencia la falta original del objeto* (Ibíd., p. 50). El objeto malo transicional es de carácter anal, el falo fecal. Hay diferencia cualitativa entre las adicciones tipo defensa y las de estructura, respecto del vínculo que se establece con la madre; en las adicciones defensa se da una ausencia parcial de la madre, mientras que en las de estructura se da la condición de ausencia-presencia que configura la idealización del objeto malo. Entre las características más importantes de la adicción estructura esta *la calidad y modalidad de las identificaciones proyectivas, cuyo mayor propósito parece ser el lograr subyugar al “castrador”, dominarle mediante ataques envidiosos hasta el punto de que gran parte del goce perverso se deriva de sentir que él, -el paciente- es indispensable para el goce del otro, estableciendo entonces como única fórmula ante la angustia de castración, saber que el Otro, posible castrador, es su cómplice: transformar al castrador en cómplice del goce* (Ibíd., p. 53). Así establece la analogía con el mito de Drácula, el cual busca transformar a los demás en vampiros, corromperlos, y siente especial atracción por el objeto puro femenino. Esta identificación proyectiva en la adicción implica que el sujeto expulsa partes de su yo y las reencuentra en los objetos (personas), haciendo luego de estos objetos externos partes de sí a su disposición y al tiempo el adicto es también un apéndice, el falo fecal. *Existe por lo tanto, como en la cinta de Moëbius, una mutua identificación narcisista, diferente en cierta forma de la simple identificación proyectiva, por cuanto existe un reforzamiento mutuo y paralelo, en tal forma que mientras siente a la madre viviendo en el ano de él, al mismo tiempo siente que también él vive en el ano de la madre. En la jerga del consumidor, a las drogas siempre se las refiere como si fueran heces* (Ibíd., p. 42).

A partir de las reflexiones de Olievenstein, Emiliano del Campo también prepondera el papel de la madre y del objeto en el conflicto del adicto, una particular relación incestuosa está en el corazón de la adicción. Pero es necesario pasar primero por las ideas de Olievenstein, un autor psicoanalítico que ha dedicado gran parte de su trabajo y reflexiones en la comprensión y alivio de la problemática de las adicciones.

Claude Olievenstein fundó en 1971 el centro experimental para la atención a toxicómanos en el hospital Marmottan. Los siguientes son *principios fundacionales del Marmottan: el drogadicto no es un enfermo ni un delincuente, es una persona a la que se debe respetar su voluntad ante la droga, su anonimato y el Estado se encarga de asistirlo gratuitamente (...)* Fue en los años 70 que Olievenstein influyó para que la ley francesa incorporara estos valores éticos de asistencia al drogodependiente (del Campo, 2001a, ¶ 25, 27).

Olievenstein (citado en *Ibíd.*, ¶ 131) dice que hay *tres desencadenantes potenciales; ellos son: el producto mismo, la calidad del individuo y el momento socio cultural. Y si estos tres factores están reunidos, la toxicomanía encuentra su lugar de implantación.*<sup>6</sup> Estos tres factores corresponden a tres incógnitas que, nos dice Olievenstein (1985) en su texto *La Toxicomanía*, se le presentan al terapeuta en el tratamiento al toxicómano. La primera de las incógnitas se engloba en la pregunta ¿Qué es la fármaco-dependencia? Que cualidades del producto, en relación a su efecto dentro del organismo, lo convierten en droga, droga que ausente genera un enorme sufrimiento y que su huella es una pérdida del equilibrio interior, equilibrio que no regresa pronto. La segunda incógnita se refiere al efecto psicológico de la droga, a *lo desconocido psicológico*, placer que se experimenta superior a cualquier otro placer, incluso superior al sexual, que se impone como indispensable, un deseo bulímico e irrefrenable. La última x constituye la pregunta de ¿Qué de estas condiciones sociales fomentan el estallido de la toxicomanía? Es cierto que los efectos de muchas sustancias usadas como drogas son conocidos por el Hombre desde mucho tiempo atrás.

La segunda incógnita es la de mayor interés para este trabajo y la que abordaremos. Olievenstein (*Ibíd.*) delinea el *Retrato Psicológico de un Toxicómano*. Olievenstein se pregunta sobre la categoría toxicómano ¿Qué es un toxicómano?, ¿todos los usuarios de drogas deben considerarse dentro de esta categoría? Responde ofreciendo una definición para toxicómano: *Consideramos como toxicómano a alguien a quién a partir de un*

---

<sup>6</sup> La idea de de la droga como virus que se implanta en un medio adecuado, en este caso, en un individuo en un momento específico sociocultural, es denunciada en sus puntos débiles por Le Poulichet (1990), más adelante podremos analizar su cuestionamiento.

*producto de base hace la escalada hacia otro producto u otros productos, o lo utilizan cotidianamente o casi cotidianamente* (Ibíd. p. 21). Una definición provisional nos dice, fenomenológica; pero que ya indica cierta diferencia entre un usuario y un toxicómano –distinción hecha por todos los psicoanalistas que en este estudio se refieren– aunque en su trabajo *La Drogue, 30 ans après* reflexiona sobre *sus propias conjeturas, las de los años 80. Entre el consumidor y el drogadicto hay un borde inasible* (del Campo, Ibíd., ¶ 128). Complementa su definición analizando la relación del toxicómano con la ley, el placer, el cuerpo, la muerte y la psicosis.

Para escribir la idea del autor sobre la relación entre el toxicómano y la ley, hay que decir que el autor basa su trabajo *La Toxicomanía* en el estudio de la problemática de adicción durante los años 70, particularmente en la explosión del consumo de heroína en Europa (Francia) y en Estados Unidos de Norte América; la toxicomanía es aquí un fenómeno de masa y de la juventud. La posibilidad de la transgresión sexual se cancela en esta época pues las prohibiciones vacilan, la transgresión y la violencia hallan posibilidad volcándose al propio cuerpo como campo en el que se acomete. El autor tiene a la transgresión y la violencia como un constante –quizá por estar referido su trabajo a los jóvenes– que deja de precipitarse por causas acostumbrados y conocidos, que la desdibujan y por lo cual se mueve hacia otro campo donde vuelve a identificarse su cualidad, la ruptura de la ley.

La relación con el cuerpo está marcada por la carencia, carencia de droga, dolor que marca el fin del placer; pero que plantea la penetración de sí y por sí mismo, poder sobre su propia existencia administrando y acotando alternativamente placer y dolor, carencia y droga.

En relación a la muerte el toxicómano hace un cruce con el suicida, ambos concuerdan en rechazar la existencia tal como se vive; pero el suicidio es un acto definitivo, mientras que la adicción se inscribe en la repetición, la droga y su uso repetitivo son un rechazo de la vida tal como se le impone, y esto nos dice Mark Renton en *Trainspotting*, cuya trama transcurre entre la negación y aceptación de la vida *¿Por qué querría eso? Elijo no elegir la vida. Elijo otra cosa. ¿Las razones? No hay razones. ¿Quién las necesita si hay heroína?* (Boyle, Ibíd.).

El discurso que sustenta el toxicómano es inaceptable como el discurso del loco, su referencia al placer que le produce la droga, los sentimientos de comunidad, etc. *Allí se instala una falla en la relación social; entonces estamos en situación de psicosis.* (Olievenstein, *Ibíd.*, p. 24). Ciertamente, esta relación con la psicosis no queda clara en lo que nos indica el autor; pero son muchos los que han establecido esta aproximación, especialmente con la enfermedad maníaco depresiva, la locura circular, ya hemos pasado por varios de estos autores.

La relación con el placer es de mucha importancia para el autor. El placer *exquisito*, que puede ser superior al sexual; esta cualidad según Olievenstein tiende a negarse, pues la droga que nos permite experimentar una sensación tan agradable, nos enfrenta por esta vía con la pregunta sobre el sentido de la existencia tal como se vive, convencionalmente; si dichas sustancias nos brindan tal placer, la familia, las relaciones amorosas, el sexo *¿Quién las necesita si hay heroína?* (Boyle, *Ibíd.*).

Pero en la toxicomanía, nos dice Olievenstein, el placer está liado con el dolor; esta complicidad entre placer y dolor, placer y carencia fue recién señalada. El drogadicto experimenta con la droga a sabiendas de que sufrirá el dolor de la carencia; pero sea que este placer valga la pena –y esta expresión es tan adecuada aquí– o el individuo está capturado por este placer o por otra cualidad de la droga, o quizá es que el dolor es inherente al placer, *hay placer por la diferencia extrema* (Olievenstein, *Ibíd.*, p. 33). Es esta característica de la economía del placer humano la que también hace al fenómeno de la adicción repulsivo (también atractivo).

Olievenstein nos dice que el placer así visto, desde lo que revela el toxicómano es una *guantada* a la acusación de narcisista que se le hace, pues éste se emparenta tanto con el dolor como lo hace con el placer; también la idea de cómo concebimos el placer y su ritmo debe ser revisada a la luz del fenómeno de la toxicomanía que revela su estrechamiento con el dolor. Pero el autor pasa por alto la gran aportación freudiana de la pulsión de muerte, que desvela ya estas relaciones, Freud lo tenía muy claro, tal como se muestra en la siguiente cita: *Lo que en sentido estricto se llama “felicidad” corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas, con alto grado de estasis, y por su propia*

*naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico* (Freud, 1930/1986, p. 76). La toxicomanía es una muestra más de la intrincada economía libidinal del sujeto y su oscura relación con el placer, el sufrimiento, el goce. De cualquier modo Olievenstein toca uno de los puntos que deben ser esclarecidos en el fenómeno de la adicción: el placer, y si es que este es el efecto que puede reunir a todas las adicciones.

Su reflexión sobre el placer avanza hacia otro punto que considera de gran relevancia: lo imaginario. Lo imaginario en relación a lo real<sup>7</sup>, imaginario que en el toxicómano se confunde con lo *real objetivo*. Lo imaginario es *la percepción más inmediata, pero también la más incierta*, nos dice Olievenstein (Ibíd., p. 37), la realidad se construye de estas imágenes primitivas que se organizan y adquieren sentido, hay que *inscribir lo imaginario en la lógica* (Ibíd.). En el adicto lo imaginario es desorden, *el producto convierte en imaginables y, por tanto, parcialmente conscientes, las representaciones que las defensas impiden convertirlas en conscientes*; lo imaginario y lo real se confunden, se enlazan en la instantaneidad, conviven como representaciones que no se excluyen sino que forman nuevos reales; constituye esta integración imaginaria lo que Baudelaire (citado en Ibíd. p. 40) piensa *el ojo interior transforma todo y da a cada cosa el complemento de belleza que le falta para que ella sea verdaderamente digna de complacer*. Es, sintetizando, *más allá del goce, la sensación de plenitud* (Ibíd.).

Sin embargo, esta plenitud tiene como precio la carencia, el dolor, además de causar la anulación de la posibilidad de comunicación entre el adicto y el hombre común, pues se crea un desfase temporal y espacial entre ellos, pues el tiempo y espacio del primero son íntimos, particulares, rechaza el adicto vivir en el espacio y tiempo que se le es impuesto y se crea unos personales. Para el hombre no adicto no es indiferente lo que pasa con el adicto *este encuentro con una totalidad múltiple, esta posibilidad de acceder a lo divino*,

---

<sup>7</sup> Lo imaginario y lo real son términos que pueden identificarse fácilmente dentro de la teoría lacaniana; no obstante, en el manejo que el autor hace de estos términos no parece referirlos a dicha teoría, pues lo imaginario es entendido por él como la percepción inmediata, como la imagen que el sujeto construye del objeto, así como el conjunto de representaciones construidas y la posibilidad de ser evocadas; mientras que lo real es lo real objetivo (la realidad) y en el toxicómano las derivaciones creativas de la realidad, que se constituyen así, como reales.



*por tanto a la inmortalidad, anuncia una modificación radical de la relación de lo real y lo imaginario, señalando primero lo real en una pobreza y mediocridad (Ibíd.). Pero cierto, existe la carencia que testimonia la imposibilidad de ser dios (Ibíd., p. 41).*

Lo imaginario en el adicto tiene particular relevancia en las reflexiones posteriores de Olievenstein, pues permite entender la particularidad temporalidad del adicto que será, junto con la idea del estadio del espejo roto, *el fundamento de la estructura pre-adictiva* (del Campo, 2001b, ¶ 85). Dice Olievenstein: *nosotros debemos hablar de cinética, de instantaneidad, de desmesura, de desproporción (...) no hay sucesión legítima entre pasado y presente. No puede organizar su tiempo en secuencias orientadas al futuro* (citado en del Campo, Ibíd., ¶ 81). Es esta cualidad de lo imaginario en el adicto, la presencia simultánea de representaciones, la imaginación y la realidad, lo presente y lo pasado y quizá lo reprimido, todo en el mismo instante, es la simultaneidad en la instantaneidad, la desmesura. *En el consumo, el drogadicto vive la desmesura de los efectos e imágenes en el **hig megalómano, el down sufrimiento** de la droga; el goce masoquista, la persecución y la omnipresencia de la culpa* (del Campo Ibíd., ¶ 91). Para explicar esta particularidad del adicto Olievenstein retoma la teoría del estadio del espejo de Lacan, momento en el cual el niño reconoce su imagen en el espejo, esa imagen sintetiza un cúmulo de sensaciones vividas como una desorganización, desmembración, confusión que se difumina al integrarse en una imagen que lo refleja como unidad, es el momento del surgimiento del yo, y a la vez de la alteridad traumática. *Es el momento de la rotura del espejo; allí emerge la alteridad con la madre. Es la instantaneidad temporal de lo que habrá sido y lo que será el objeto perdido; la madre lo que nunca se tuvo y que será lo buscado nunca encontrado. Allí hace suplicia la droga (...) el imaginario encuentro con lo que fueron Uno* (Ibíd., ¶ 117). Surge el yo y el reconocimiento de ese yo como algo diverso que desarma la fusión primordial con la madre, algo, sin embargo, atenta contra ese movimiento, rompiendo el espejo, la imagen de ese yo, las aberturas del espejo *no hacen más que reenviar a lo que era el estado anterior: la fusión, la indiferenciación* (Olievenstein citado en Ibíd., ¶ 118). *¿Qué es lo que produce esta ruptura? Interviene de entrada y ante todo la madre. Esta ruptura se produce en el sistema madre niño. Sus causas son múltiples. Es en esta cinética relacional que se sitúa –o no se sitúa el padre. No*

*sé puede hablar de forclusión del nombre del padre ni del padre mismo. El no interviene más que de una manera negativa, no testimoniando su deseo de nombrar al hijo, sea abdicando su rol paterno para tomar un rol materno en el lugar de la madre (Olievenstein citado en Ibíd., ¶ 120).*

Para Olievenstein es importante distinguir entre el consumidor y el *drogadicto verdadero*, sólo el sujeto pre-adicto en su encuentro con la droga es convocado por la pasión adictiva, se instala en la dependencia, sólo el pre-adicto puede despertar la desmesura y simultaneidad temporal del espejo roto en la drogadicción. Esta estructura pre-adictiva se instala en relación al vínculo madre-hijo, por que la madre *ha participado y participa por las ondas de shock negativas que trasmite entre las roturas y los cuidados. Por lo tanto el futuro drogadicto buscará por todos los medios cambiar esta experiencia súper-traumática por otra dependencia* (Olievenstein citado en Ibíd., ¶ 132).

Esta indicación que Olievenstein hace sobre la influencia de la madre en la dependencia del adicto le ayuda a del Campo en su elaboración sobre la drogadicción, quien distingue el papel que juega la madre en el conflicto de la adicción.

Del Campo hace hincapié en los fenómenos transferenciales en la cura del adicto, es decir, en la relación que se estrecha entre el psicoanalista, terapeuta, etc., y el adicto, especialmente el lugar que viene a ocupar el clínico en la estructura psíquica del adicto. Observa que esta transferencia es muy intensa, masiva, como en el psicótico, simbiosis transferencial nos dice, de acuerdo a José Bleger, o compacta según Juan David Nasio. *Son diversas ‘las formaciones alucinatorias-delirantes’ que cubren un amplio espectro sintomatológico en el consumo de drogas y en los procesos de abstinencia, en la cura en transferencia* (del Campo Ibíd., ¶ 12). Comprende esta transferencia la serie de comportamientos imprevisibles del adicto; también se incluye aquí el particular sometimiento del adicto a las organizaciones en las que se refugian (por ejemplo Alcohólicos Anónimos) solicitando ayuda para dejar su dependencia, paradójico movimiento. Las características del adicto y las propias de este tipo de organizaciones, comunidades terapéuticas, propician que exista *una fuerte tendencia a hacer un uso “perverso” del vínculo con el terapeuta o con los distintos miembros del equipo,*

*configurándose así las llamadas relaciones simbióticas patológicas o relaciones narcisistas patológicas en las que puede existir siempre un componente sadomasoquista* (García citado en Ibíd., ¶ 23).

Algo en la relación del sujeto adicto con el objeto falla, *es la perturbación de la función del fantasma*<sup>8</sup> *lo que hace posible pensar en la singular estructura del drogadicto* (del Campo Ibíd. ¶ 92). Este fracaso es el responsable de la simultaneidad en lo instantáneo, la rotura del espejo, las grietas traen al frente el momento de fusión, de unidad con la madre; la transferencia masiva como resultado del fallo del fantasma, *¿no es un intento de poner en acto el incesto en transferencia?*, se pregunta del Campo (Ibíd., ¶ 118). La respuesta es afirmativa, pero matizada por un entendimiento del incesto a partir de la teorización de Leclaire, el cual, nos dice del Campo, mira el incesto como la anulación de la función límite que tiene la madre en el triángulo edípico, si la madre es tomada como objeto, deja de funcionar como límite, el límite ha sido transgredido. El incesto así entendido es fundamentalmente pre-edípico, implica el acercamiento y una particular excitación genital que el niño recibe de su madre. La trama que se teje entre adicción e incesto es advertida por Olievenstein, la estructura pre-adictiva, en su fundamento, *el estadio del espejo roto y la desmesura es una metáfora de una particular experiencia incestuosa, experiencia que altera la subjetividad temporal del sujeto. Se trata de la experiencia del goce sexual con la madre, sexual no es relación sexual, sino que en muchos se trata del colecho con la madre hasta la adolescencia* (Ibíd., ¶ 132) que es evidencia del incesto infantil. Del Campo usa la

---

<sup>8</sup> Fantasía y fantasma son términos más o menos equivalentes. Fantasía es de acuerdo a Laplanche & Pontalis (1987, p. 138): *Guión imaginario en el que se halla presente el sujeto y que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente*. Chemama & Vandermerch (2004, p. 248) escriben sobre fantasma: *El fantasma es a la vez efecto del deseo arcaico inconsciente y matriz de los deseos, conscientes e inconscientes actuales*.

*En la continuidad de Freud, lacan ha destacado la naturaleza esencial de lenguaje del fantasma. También ha demostrado que los personajes del fantasma valen más por ciertos elementos aislados (palabras, fonemas y objetos asociados, partes del cuerpo, rasgos de comportamiento, etc. Que por su totalidad. Propuso el siguiente matema:  $\$ \diamond a$ , a leer "S barrado losange a pequeña" [o "S barrado rombo/punción a pequeña"]. Este matema designa la relación particular de un sujeto del inconsciente, barrado e irreductiblemente dividido por su entrada en el universo de los significantes, con el objeto pequeño a que constituye la causa inconsciente de su deseo.*

lectura que hace Nasio del concepto de fantasma: *El fantasma es el nombre que le adjudicamos a la soldadura inconsciente del sujeto con la persona viviente del elegido (...) el elegido existe por partida doble: por un lado fuera de nosotros, bajo la especie de un individuo viviente en el mundo, y por el otro, en nosotros, bajo la especie de una presencia fantasmaticada-imaginaria, simbólica y real* (Nasio citado en *Ibíd.*, ¶ 140). Esto permite articular la transferencia simbiótica o compacta del adicto con su vivencia incestuosa. La madre es la persona viviente en la que se construyó el fantasma, la cualidad de esta relación será heredada a las relaciones de objeto del adicto, pues la presencia de este fantasma designará al objeto fantasmático, un objeto que encaje o que permita ser encajado en este molde.

Del Campo piensa la drogodependencia, en términos lacanianos, como el resultado de la fallida transmisión del *nombre del padre*, considera que la falta de ese significante ordenador de la subjetividad, es la causa de los frecuentes problemas de adicción en nuestra actualidad. En este contexto, procura explicar la indicación de Olievenstein de la abdicación de la función paterna que se inscribe en la historia del adicto, haciendo uso de un constructo introducido por Nasio: La forclusión Parcial. Esta forclusión parcial es la que permite la cualidad delirante y psicótica –sin tratarse de una estructura psicótica– que a veces se presenta en el fenómeno de la drogadicción. Sin embargo poco nos explica de la particularidad de esta forclusión parcial y de su soporte teórico, aunque cierto, la relaciona con la pre-psicosis según las reflexiones de Lacan. Esta vinculación no parece avanzar más en la explicación acerca de la función paterna en la historia de la constitución del sujeto adicto, más allá de lo que ya indica el propio Olievenstein.

Podemos retener la aportación del Campo sobre adicción-incesto-transferencia que pone de manifiesto la relación del adicto con el objeto, relación que despliega todas sus cualidades en la abstinencia. Aunque es cierto que la idea sobre la historia incestuosa del adicto, a pesar de ser matizada por la comprensión de Leclair, no deja de sonar a la teoría de la seducción que Freud abandonó para avanzar en la comprensión de la histeria. El hecho concreto del incesto, aunque no sea el comercio sexual, sino simplemente el dormir con la madre, o la particular excitación genital, es de dudosa verificación en los numerosos casos de adicción, aunque el autor nos brinda algunos ejemplos, parece innecesario asirse a lo

concreto del acto, cuando la fantasía o el fantasma, al que además apela, nos permiten ampliar el esclarecimiento.

Eduardo Vera Ocampo (1988) inicia su reflexión sobre la toxicomanía haciendo una crítica a la supeditación que se ha hecho del fenómeno de la toxicomanía al ámbito de la medicina. Este hecho intima con la idea que desprende la toxicomanía de las propiedades del tóxico, y no sólo es la toxicomanía la que resulta de la sustancia, el mismo toxicómano es producto de ésta. Es la crítica que Ocampo (Ibíd., p. 32) junto con Julio Barrera Oro hace a la definición de farmacodependencia propuesta por la Organización Mundial de la Salud, dicen: *La definición de la farmacodependencia culmina en la desposesión del acto por el sujeto en beneficio del objeto de la acción.* El acto de drogarse llevado al cabo por el sujeto sede su importancia para otorgar la responsabilidad al agente externo –viral– que es el tóxico. Comenta Vera que el psicoanalista debe interrogar esta visión médica y tenerla presente durante el tratamiento, pues dicha afecta la aproximación clínica a los toxicómanos, por ejemplo, la idea viral de la droga se hace presente en la cura de privación de muchas instituciones, grupos, etc., auxiliares de toxicómanos, la paradoja, señala Vera, es que la privación es un requisito y a la vez el fin perseguido por estos grupos; la droga debe mantenerse a distancia, pues es el agente infeccioso. Es más llamativo y relevante para el tratamiento el hecho de que el toxicómano tenga un discurso especular al discurso del médico respecto de su problemática; *por ejemplo, cuando un toxicómano es llevado a dar cuenta de su toxicomanía, menciona como causa esencial las propiedades farmacológicas de la droga* (Ibíd., p. 46). Para el adicto también, la droga es la responsable de su adicción, no solamente de eso, es la causa de su placer. El médico y el adicto hacen de la toxicomanía un problema referido a la biología, a las propiedades del tóxico y su efecto dentro del organismo. En el adicto busca que *el objeto de placer se ha convertido en objeto de necesidad* (Ibíd.). Desde un punto de vista psicoanalítico esta perspectiva tiene que ser invertida, el toxicómano hace a la droga por el lugar que le asigna en la psique y el vínculo que hace con el objeto.

Eduardo Vera nos dice que el toxicómano usa un lenguaje peculiar, el uso de éste es condición para entrar en el grupo de toxicómanos, es distintivo del verdadero toxicómano del que sólo se droga, el *viaje* no puede ser compartido con alguien que pueda romperlo

(aunque la distinción más importante es otra). Este lenguaje dice mucho del mundo e ideología de los toxicómanos, ellos son conducidos a la creación de un lugar imaginario, evocan la existencia de un mundo de goce, lo hacen presente mediante el lenguaje, es decir, en el mundo compartido con los no toxicómanos (notemos desde ya la semejanza con Olievenstein), es un atentado contra la realidad, busca confundir los dos mundos, borrar su diferencia. *Esta negación de la diferencia expresada en el lenguaje del toxicómano, nos informa sobre el modo deficiente en que en su infancia ha hecho el duelo de la doble pérdida que es la pérdida del objeto y de su identidad primaria, la que se establece sobre la base de la identificación primaria con su madre (...) la superación de esta doble pérdida es la condición previa para que se constituya una identidad sexual. Sin ella el sujeto, dada la inconsistencia de su identidad, se verá librado a la tendencia presente en todo individuo de volver a la no diferenciación* (Ibíd., p. 66).

Después de revisar *El Encuentro de Freud con la Cocaína*, brevemente referido aquí (ver ¶ 4 de este capítulo), de la vinculación que hace Freud entre onanismo y adicción Vera desprende una larga reflexión acerca de las implicaciones de la toxicomanía vista como autoerotismo y como necesidad. Analiza dos aristas en la toxicomanía: El vínculo que el toxicómano establece con la droga y el acto mismo de drogarse, la toxicomanía como acto.

Sobre el vínculo nos dice Vera (Ibíd., p. 110) que para el toxicómano la droga se ha convertido en el “*objeto exclusivo de su placer necesario*”. Esta frase expresa dos cualidades del vínculo: la exclusividad del objeto y lo necesario del placer. La segunda cualidad nos remite al momento de la constitución del objeto que es al tiempo el momento de su pérdida. El objeto es el seno materno, *este objeto fue ulteriormente perdido, tal vez precisamente en el momento en que el niño se había vuelto capaz de formar una representación de conjunto de la persona a la que pertenecía el órgano que le suministraba la satisfacción* (Freud citado en Vera, Ibíd., p. 104). En el momento en que el niño reconoce a la persona, a su madre, surge el objeto y surge como perdido pues deja de ser parte de él mismo, se rompe la unidad madre-hijo. Dice Vera siguiendo a Lacan que es el momento en el que la madre surge como sujeto deseante, de ella dependerá el acceso que pueda tener el niño a lo que anteriormente eran objetos de satisfacción, a la satisfacción misma digamos para reducir confusión; la satisfacción espontánea, mágica, concluye con la

aparición del objeto, del sujeto deseante que es la madre. Pues bien, el toxicómano niega esa pérdida cuando dice que le falta la droga, usa la carencia biológica de la droga para negar que el objeto está irremediablemente perdido, lo niega porque el hace como si no lo estuviera, como si pudiese adquirirse, busca el imposible de hacer de la droga el objeto perdido, por eso re-apuntala en la necesidad a la pulsión; *pero lo que niega mediante esa construcción es lo que hace a la esencia de la pulsión, esto es, que ningún objeto de ninguna necesidad puede satisfacerla* (Vera, *Ibíd.*, p. 105). El objeto droga aparece como lo que no puede faltar, además invalida la posibilidad de que otros objetos de placer se constituyan, la exclusividad implica también la exclusión, el rechazo de un posible compañero de placer, aspiración narcisista de autonomía en el goce, es *un regreso a ese momento privilegiado de la constitución del sujeto y de la emergencia de la sexualidad que es el tiempo del autoerotismo* (*Ibíd.*, p. 110). Este ideal narcisista es facilitado, o propuesto por intermediación de una característica del acto del toxicómano, que es la inmediatez del goce, el llamado *flash* de la droga.

La dimensión del acto en toxicomanía introduce la repetición. Si el vínculo se establece con la droga y se pretende que esta logre la satisfacción, en cuanto al acto, la satisfacción está en la repetición, la cual introduce así a la pulsión de muerte *en tanto es la excepción a la regla pulsional, donde la satisfacción no depende de un objeto sino de un acto* (*Ibíd.*, p. 109). Es así que el acto del toxicómano se conjuga en voz media refleja: Yo me drogo, drogarse. Ni activa (yo drogo), ni pasiva (tú me drogas), la voz media muestra que el toxicómano ejerce un masoquismo reflejo, auto-agresivo. Algunos fenómenos de la organización narcisista pueden ponerse en relación a esta voz media; por ejemplo los fenómenos especulares.

Escucharse, verse, drogarse, son actividades especulares en la medida en que el sujeto es el punto de partida de un estímulo perceptivo instantáneo, dado su inmediatez, se contraponen a la posibilidad de ausencia de respuesta. Lo especular y la evitación de la ausencia nos hablan de la organización narcisista ante la pérdida del objeto, repliegue que remite a *un tiempo anterior a la identidad sexual, el tiempo en que se constituyó la identidad subjetiva, la alteridad* (*Ibíd.*, p. 115), pérdida del objeto y de la identidad primaria. Vera nos dice que el toxicómano en el acto de drogarse se apropia del otro a través de la identificación, con el

objetivo, en apariencia paradójico, de liberarse del objeto. Dice nada de cómo se identifica con el otro, debemos entender entonces por su recorrido que es del otro especular, un reconocimiento de sí mismo en el espejo, pero un sí mismo que es anterior, anterior a la pérdida del objeto, como nos dice, anterior al surgimiento de *la alteridad* (recordamos nuevamente a Olievenstein).

El vínculo y el acto del toxicómano corren paralelos. El vínculo es la expresión del intento de regresar al estado de no diferenciación, de no separación; mientras que el acto confirma ese vínculo, o ese estado, en la reiteración.

Estos desarrollos sobre el vínculo, el acto, lo autoerótico y lo necesario en el toxicómano, fundamentan, junto con la introducción del concepto de insatisfacción originaria, la conclusión a la que arriba Vera. *De todos los que se drogan, "sólo algunos"*<sup>9</sup> *se vuelven toxicómanos* (Ibíd., p. 121); esta distinción entre el verdadero toxicómano y el que sólo se droga ya estaba hecha ¿Qué es lo que distingue a estos sujetos? Vera identifica dos momentos en la problemática del toxicómano:

Un primer momento en el que el sujeto padece un vacío, es habitado por una espera profunda que él ignora, desdichado, aguijoneado por una exigencia interior inefable. A la manera del niño que halla cierto alivio en la satisfacción alucinatoria, el sufriente encuentra la potencia consoladora de la droga. Esta primera etapa comprende el idilio entre el sujeto y la droga que le produce el *flash*, ese *primer efecto después de ingerir la droga*, como lo define Vera (Ibíd., p. 70) en su pequeño diccionario de palabras coloquiales relacionadas con la toxicomanía.

En el primer tiempo el autor no considera hablar aun propiamente de toxicomanía, pues aún no se ha creado el hábito a la sustancia, y el placer priva en los encuentros del sujeto con la droga. En el segundo momento el placer es relevado por la repetición, el displacer irrumpe como efecto de la generación del hábito físico, del acostumbramiento corporal a la sustancia. La droga se torna un objeto específico que inicia un estado de carencia de objeto, una necesidad que convoca esa experiencia de *insatisfacción originaria* que corresponde al

---

<sup>9</sup> Palabra en cursivas en la fuente.



momento en el que el deseo materno se revela como tope de la satisfacción del pequeño, momento en que el principio de realidad toma las riendas como sucedáneo del principio del placer. La pulsión se convierte en necesidad a partir de la habituación a la droga. En esta visión el acostumbamiento corporal juega un papel primordial, pues es éste el que actualiza la *experiencia de insatisfacción originaria*. El *flash*, el efecto de la droga procuraría una huida para el toxicómano de esa experiencia de insatisfacción que la misma droga creó al instaurarse la habituación física<sup>10</sup>.

Agrego del desarrollo de Vera todavía un par de cosas.

El autor expresa que la sexualidad se ve impugnada por el intento de sustituir el orgasmo genital con el *flash*; expresado lo anterior en la frase: *es como el placer sexual, un orgasmo con uno mismo* (D. y J. B. Domeneghini, citados en Vera, 1988, p. 104). El convertir el objeto de placer en necesidad resulta imposible, pues con lo único que cuenta el sujeto es con el verbo, precisamente porque es *serhablante* su intento es logrado sólo ilusoriamente.

Para Vera la droga es un objeto material cuyas propiedades farmacodinámicas en el encuentro con la negación de la falta de objeto posibilitan el *flash*. La toxicomanía requiere de ese objeto específico que es la droga, esta especificidad hace la diferencia con el objeto fetiche, pues el fetiche es arbitrario, mientras que el objeto en la toxicomanía es necesariamente una droga, una sustancia capaz de intervenir en el sistema nervioso central produciendo el deslumbramiento de un enorme placer, el *flash*. Esto nos dice Vera.

---

<sup>10</sup> *El objetivo del flash es volver accesible lo real en un rechazo de todo cuanto, cada vez más cerca de la muerte, borre el placer* (Ibíd., 127). Esta frase que cierra el texto de Vera emplea el término real en un sentido ambiguo o que no me es comprensible en relación al recorrido del mismo texto, pues anteriormente esto real parecía referido a lo que irrumpe con el hábito físico, la experiencia de insatisfacción que regresa con él; pero en la citada frase lo real que hace accesible el *flash* está en relación con un rechazo de todo cuanto *borre el placer*. Siguiendo el texto puede decirse que si el *flash* tiene que ver con lo real es en cuanto que su experimentación produjo posteriormente el hábito físico, el encuentro con la carencia; al contrario, el *flash* permitiría, si bien ya no la vivencia placentera, huir del estado de carencia, de insatisfacción originaria.

Con todo, me parece que el texto en general apunta hacia la idea que expreso como la aportación del autor; pero por la ambigüedad que me parece suscita la frase final es que escribo esta nota.

Surge la pregunta ¿El término adicción debe ser usado sólo metafóricamente en las llamadas *adicciones psicológicas* o podemos hallar algo compartido con el fenómeno de la toxicomanía que vaya más allá de una similitud aparente? Si la segunda alternativa es la resultante podríamos incluir en la categoría amplia *adicción* tanto las toxicomanías, como las *adicciones psicológicas*; pero en primer término debe hallarse un mecanismo compartido. Es obvio que para este autor la toxicomanía tiene su causa en las propiedades químicas del objeto tóxico, en la medida en que es el hábito físico el que la detona, en ese sentido, se distancia muy poco de las definiciones venidas de la psiquiatría (p. ej. DSM IV) que ven en la droga la causa de la farmacodependencia.

En Vera la problemática del objeto en toxicomanía deja de tener un referente sujeto para convertirse en objeto de la pulsión, este viraje no resulta radical en comparación con otro desarrollo que a continuación revisaremos, esta aportación hace una fuerte crítica a las reflexiones psicoanalíticas que incluyen en la problemática adictiva al objeto, paradójicamente se sirve de ideas ya dilucidadas por esos autores, por ejemplo la visión narcisista del fenómeno; me refiero al trabajo de Sylvie Le Poulichet.

En su obra “Toxicomanía y Psicoanálisis Las Narcosis del Deseo” Le Poulichet (1990) hace una aguda reflexión sobre el fenómeno de la toxicomanía teniendo como anclaje la clínica psicoanalítica, este punto de referencia le da una posición privilegiada para leer diferentes discursos que envuelven a la toxicomanía y que impactan en su posible tratamiento.

La autora señala que las toxicomanías causan prisa por concluir y precipitan un saber, lo que queda evidenciado en la diversidad de conclusiones vertidas sobre el tema, me parece que en este capítulo queda constancia de dicha diversidad y cualquiera puede interrogarse sobre las dificultades de tal pluralidad. La toxicomanía es abordada desde distintos campos de conocimiento, pero con frecuencia se practica un deslizamiento entre los campos *como si el objeto no pudiera ser verdaderamente pensado en el interior de un campo conceptual homogéneo: el sociólogo psicologiza su investigación, el jurista defiende su ley a una decisión médica, los psicoanalistas solicitan modelos comportamentalistas* (Ibíd., p. 18). Lo que muestra este deslizamiento no es la cooperación entre los distintos campos para

lograr un entendimiento más amplio, sino cierta imposibilidad para decir el fenómeno desde el interior de cada campo. Podemos ver este cruce en las ideas que establecen un tipo de personalidad o estructura que estando predispuesta, al encontrarse con el tóxico, produce la toxicomanía, es la teoría viral de la adicción, la implantación del virus droga en el medio adecuado personalidad narcisista, toxicómana, estructura pre-adictiva. Un modelo médico es introducido en la explicación psicológica, al tiempo en el ámbito médico es aceptada la doble dependencia orgánica y psicológica, pero sin ceder en la idea viral, en la droga como productora de toxicomanía. Esta idea viral no deja de tener un tinte moral, como lo malo que tiene que ser expulsado del cuerpo porque se ha apoderado de él; pero en medicina o en farmacología se complica esto, pues el veneno (lo malo) también es lo que cura, deja de ser veneno para convertirse en remedio o en fármaco; pero si el aspecto moral pudiese haber sido expulsado de estas disciplinas con el cambio de términos, es reintroducido con la prescripción, cuando se hace un uso abusivo el fármaco se convierte en droga, es nuevamente lo malo, lo indebido.

Estos discursos tienen importancia para la clínica porque no sólo los profesionales hacen lectura de la toxicomanía a través de estos, sino el mismo toxicómano suele identificarse al retrato que la sociedad y los expertos dibujan de él. *Estas personas suelen presentar su conducta estereotipada, y su atributo obligado, la droga, como algo que reclama una sanción terapéutica unívoca:*

*“¡Líbrenme de eso, de ese flagelo!”*

*“Los toxicómanos no cumplen con sus promesas, enciérrenme en un centro...”* (Ibíd., p. 44).

El sujeto se toma por toxicómano y lo representa, nos dice Le Poulichet que incluso William Burroughs, el escritor yonqui, creía en un virus de la droga<sup>11</sup> y esperaba encontrar la vacuna. *Ciertos toxicómanos se aferran ellos mismos a esta creencia en un flagelo del que serían las víctimas, y de ese modo alimentan su propio estereotipo, su propia figura normativa. Algunos se presentan entonces como ya desposeídos de sus actos, opciones o*

---

<sup>11</sup> *En quince años de adicción he visto el modo exacto en que actúa el virus de la droga* (Burroughs, s.f., p. 8)

*síntomas, a partir del momento en que existen clisés y leyes para asignar una racionalidad a esta “anomalía” (Ibíd., 46). “La toxicomanía” como teoría surge derivada del encuentro de las toxicomanías con los discursos sobre el tóxico y “el toxicómano”, es una puesta en escena de las toxicomanías. La ambigüedad y la heterogeneidad del fenómeno producen este intento de totalización que también crea “al toxicómano”, el sujeto que asume esta identidad; este discurso que envuelve a la toxicomanía procura una borradura del sujeto y el sujeto coincide en esta borradura al tomarse por “toxicómano”.*

Le Poulichet toma de la reflexión que Derrida hace en *La Pharmacie de Platon* el concepto de el *farmakon*, su característica primordial es que carece de esencia, por lo que no es una sustancia, es ambiguo, se presenta como veneno y remedio, como lo deseable y lo repugnante, es reversible porque pasa de lo uno a lo otro en un momento, o quizá es los dos al mismo tiempo. Ya hemos visto lo que esta ambigüedad apresura. El principio del *farmakon* esta presente en todo uso de drogas; pero el uso de droga no es la toxicomanía, Le Poulichet, al igual que los diversos autores aquí revisados, hace distinción entre el consumo y la adicción, entre el usuario y el toxicómano, ¿qué es lo que hace esta separación? *La operación del farmakon*. En el citado texto la autora va trazando las cualidades de la *operación del farmakon*, a cada rato nos habla de ella hasta revelar su sentido que no es otro que el de engendrar *un órgano alucinado para conservar una “máquina” autónoma* (Ibíd., p. 100). Dilucidemos pues, la toxicomanía a partir de la *operación del farmakon*.

A partir de la observación clínica de la dependencia y de la abstinencia surgen los indicios de la operación. La abstinencia es particularmente reveladora, se presenta como negativo de la dependencia, un dolor insoportable, ansiedad, necesidad de la droga, *su ausencia evoca una forma de mutilación (...) los discursos sobre la abstinencia se organizan bajo la referencia a una falta que cobra la figura de una lesión (...) es un miembro fantasma*. (Ibíd., p. 53). El miembro fantasma sirve como metáfora para describir la experiencia intolerable que resulta de la falta de tóxico en la abstinencia, de este órgano doloroso y ausente se pueden ubicar dos dimensiones: el dolor y lo alucinatorio. Lo alucinatorio lo asimila a la vivencia de satisfacción alucinatoria que reconstruye Freud en el aparato primitivo del bebé, es la satisfacción venida de forma retrograda por la investidura libidinal

del recuerdo de satisfacción, se sitúa en un momento en el que la distinción entre yo-no yo está ausente. Quizá debamos entender que lo alucinatorio aquí es la búsqueda de hacer regresar al *farmakon* que falta, pero su regreso alucinatorio se manifiesta sin embargo, como una imagen cuya inconsistencia es delatada por el dolor, la abstinencia mantiene de forma alucinatoria al *farmakon* como una ausencia que la sustenta en el dolor, que es la otra dimensión de la *operación del farmakon* que se puede ubicar en el miembro fantasma.

A diferencia de la idea común del tóxico como productor de experiencias espectaculares, la clínica de la psicoanalista reporta que en el caso del consumo cotidiano de tóxicos, este les permite sentirse simplemente normales, esto lo muestra a partir de frases enunciadas por pacientes toxicómanos: *La droga es mi brazo derecho (...) Soy como una esponja, recupero mi forma con la cocaína (...) Sin droga ahora, es como si estuviera amputado, es como si me faltara un miembro del cuerpo y me doliera...es un miembro fantasma* (Ibíd.) Pero si la abstinencia es lo intolerable, el dolor, entonces se entiende su cualidad negativa respecto de la dependencia, en la dependencia no hay órgano que manifieste faltar, ahí está, presente, es eso que les permite sentirse normales, que los salva de lo intolerable. El *farmakon* se revela como lo que salva al toxicómano, una protección frente al dolor. *El tóxico reaparece como para restaurar una protección frente a acontecimientos o pensamientos que de repente se viven amenazantes, susceptibles de provocar terror o el espanto. (...) como si el farmakon introdujera el orden de una real inmediatez, es la dimensión de "la ausencia" la que resulta excluida. Además, este farmakon tendría un poder de borradura o de disolución de las representaciones, como un filtro de olvido. Estos pacientes evocan de continuo la posibilidad de borrar imágenes, pensamientos, acontecimientos, o decires gracias a esta operación del farmakon que incluso parece encontrar su justificación más importante en ese beneficio (...) como si el farmakon protegiera un narcisismo absoluto* (Ibíd., pp. 57, 58).

Siguiendo a Freud la autora escribe sobre el dolor, nos indica que no es displacer, que se presenta como un agujero en el psiquismo, así como el dolor puede ser entendido como lo sentido tras la irrupción de un estímulo hiper-intenso que ataca o destruye un órgano generando una excitación constante y un aumento de tensión, formándose así una especie de pseudo-pulsión que buscaría el cese de la alteración de órgano y el displacer asociado. El

dolor es la expresión de esta pseudo-pulsión que intentaría ligar las excitaciones tras la ruptura, la investidura del representante psíquico del órgano se eleva por retracción de otras investiduras, el aparato concentra las energías en el punto doloroso con el fin hacer frente a las excitaciones.

El aparato psíquico delineado por Freud puede ser visto como un conjunto de instancias encargadas de tramitar y regular las excitaciones, produciendo placer con la descarga y displacer con la rebaja de tensión; pero para que esta dinámica se imponga debe establecerse una barrera anti-estímulo que sea una primera defensa ante las excitaciones, una especie de piel psíquica. A partir de esta referencia puede pensarse una ruptura o efracción psíquica. Para el bebé el dolor sobreviene ante la ausencia de la madre, cuando la dimensión de la ausencia no ha sido introducida, cuando no ha sido simbolizada, este dolor por la pérdida del objeto usa el modelo del dolor corporal, los dos producen desvalimiento psíquico. *Cuando se revela el agujero o la falta constitutiva de la relación del sujeto con sus objetos, el dolor puede presentarse como una respuesta inmediata que engendra un “repliegue narcisista”. Esta respuesta se opone a la que organiza la represión a través del montaje del fantasma, que mantiene una relación erótica con los objetos* (Ibíd. p. 65). El dolor engendra una nueva organización psíquica que ya no responde a la represión sino que solicita cancelación tóxica. *Una “cancelación tóxica” regularía la homeostasis de un aparato psíquico (...) este circuito del tratamiento del dolor narcisista no recurre al rodeo del Otro. Se trata de un dispositivo de urgencia que se presenta en una dimensión esencialmente “económica”.*

*Esta “cancelación tóxica” mencionada por Freud admite ser concebida, bajo esa referencia, como una “sustracción” a la percepción y al dolor por el recurso a una formación alucinatoria* (Ibíd., p. 68, 69).

La *operación del farmakon* protege al sujeto de un dolor que se le ha vuelto insoportable, ¿En qué consiste esta operación que logra la cancelación? La respuesta debe buscarse en las cualidades del *farmakon*: *es lo que pone en comunicación a los contrarios y lo que deroga las oposiciones distintivas* (Ibíd., p. 69). Ambigüedad y reversibilidad. *No es una sustancia sino, más bien, un principio particular de reversibilidad que encuentra su eco clínico en lo*

*alucinatorio y en la ambigüedad del dolor* (Ibíd., pp. 69, 70). La reversibilidad es una de las cualidades del *farmakon*, tres formas de ésta se juegan en la toxicomanía. Primero se establece una dicotomía entre lo psíquico y lo orgánico, los pacientes toxicómanos tratan en su discurso la psique como órgano, un tratamiento del dolor o del padecer mediante el tóxico, una sustancia tóxica es investida como una función psíquica; o cuando se establece la abstinencia, una extracción de lo malo, del virus. El *farmakon* suscita la ambigüedad y en la operación se establece como una prótesis psíquica. Otra reversibilidad se da entre un afuera y un adentro, la distinción entre yo y el mundo se borra, el yo se prolonga en elementos del mundo exterior; en esta confusión se encuentra *el origen de las formaciones alucinatorias y de las manifestaciones dolorosas. La reversibilidad afuera-adentro crea un nuevo campo psíquico o una nueva disposición del “aparato psíquico”, que modifica su modo de percepción y de satisfacción* (Ibíd., p. 71). La tercera forma de reversibilidad tiene su base en las dos anteriores que configuran la desaparición del sujeto, se trata de una reversibilidad entre cuerpo y lenguaje, entre el cuerpo y el cuerpo exiliado en el lenguaje que permite la aparición del sujeto, Le Poulichet mira esta reversibilidad a partir del surgimiento del sujeto de acuerdo a Lacan:

*La subjetividad surge siempre de un efecto de ruptura. Se esboza dentro de una alienación imaginaria que parece singularizarse por expulsar al ser de él mismo, para que quede cautivo de su propia imagen en el espejo o en el otro. Desde el momento en que un “yo” [Je] se esboza, queda sometido a los caracteres de exterioridad y de simetría invertida de la imagen. Así el cuerpo sólo se puede aprehender en el exterior de él mismo y bajo una forma invertida.*

*En su identificación con la imagen del cuerpo propio, el ser se ve desposeído ya de él mismo. Este proceso no hace sino duplicar la alienación simbólica de un “yo” [Je] en lo sucesivo cautivo de los significantes que lo representan. Esta vez, es su propio mensaje lo que el sujeto recibirá del Otro bajo una forma invertida.*

La completud se pierde, el cuerpo ya no está sino velado por las representaciones, pasa a ser elaborado dentro de la cadena significante. Comenta la psicoanalista que los toxicómanos refieren la posibilidad de borrar representaciones, recuerdos, borradura que no

es represión, sino supresión alucinatoria por el recurso al tóxico. El tratamiento de las representaciones por la vía del tratamiento del cuerpo induce una circularidad, continuidad de sí consigo que anula el corte constitutivo de la subjetividad. La *operación del farmakon* presta alucinatoriamente cuerpo, pues al excluirlo de las cadenas significantes, lo restituye, le da presencia al margen del velo de las representaciones. El toxicómano trata de *mantenerse al margen del lenguaje que lo determina y al margen de la discordancia que caracteriza su relación con su propia imagen* (Ibíd., p. 72). *La operación del farmakon realiza sin duda una forma de “repliegue narcisista” y la dimensión misma de la alteridad resulta neutralizada por este dispositivo (...) quien desaparece durante la operación del farmakon no constituye ya al otro como su interlocutor* (Ibíd., p. 73). El discurso toxicómano revela un intento de disponer del cuerpo en la realidad para tratar y administrar el goce. *A través de crisis repetitivas que no introducen ninguna “repetición significativa”, el cuerpo retorna al mismo punto de homeostasis. Aquí existiría demasiado cuerpo, en la dimensión de lo alucinatorio: él se produce en un exceso y ya no en una división* (Ibíd., p. 77).

Este exceso de cuerpo corresponde a la formación de una masa. Se refiere a la *formación de una masa de dos* de acuerdo con las reflexiones de Freud en *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*; al tejer las relaciones entre enamoramiento e hipnosis dilucida ambos como una masa, un desplazamiento de libido del yo hacia el objeto el cual es tratado como el yo propio; lo que interesa de esta movimiento libidinal es la investidura de un objeto único. La autora trata de hacer coincidir la retracción narcisista sobrevenida en la afección orgánica que inviste el órgano dañado, y la de la hipocondría que inviste un órgano dañado como un órgano sexual en estado de excitación, como un falo en el propio cuerpo; con la elección de objeto de vertiente narcisista que toma al objeto como ideal del yo. *En suma, una “unidad” es creada bajo la forma de un órgano doloroso, o de la “investidura” de un objeto único (...) “investidura” que da concreción a una “masa” narcisista. Llamaré formaciones narcisistas a estas creaciones de “masa”* (Ibíd., p. 109). Dice que de acuerdo a Freud las formaciones narcisistas son el destino de las pulsiones sexuales de meta inhibida, desexualizadas y por ello al servicio de la pulsión de muerte; estas formaciones protegen de un trauma sexual que la autora entiende como la confrontación con la falta y el deseo. Así



una lesión de órgano exige investiduras en su reparación ligando el exceso de excitación; también la afección orgánica neutraliza el sufrimiento neurótico y el melancólico al exigir investiduras relativas a la enfermedad; mismo efecto producen las grandes formaciones de masa que mueven libido hacia la representación del líder que como objeto ocupa el lugar del ideal del yo. Las formaciones de masa, como creación de una unidad narcisista a partir de la investidura de un órgano, de un tratamiento del cuerpo, protegen de la falta constitutiva del sujeto ligando las excitaciones a través de un agregado que se incorpora para crear la masa de dos.

Sinteticemos apuntando que la *operación farmakon* es una formación narcisista que crea un borde, un órgano alucinado que como la lesión de órgano mantiene un circuito pseudo-pulsional (pues no está referido al Otro) que liga las excitaciones producidas tras una efracción, esta pre-ligazón modela un cuerpo nuevo, restaura una masa narcisista con el fin de paliar o soslayar lo intolerable. Dice Le Poulichet que la formación puede ser totalmente transitoria por lo que no la ancla a una perspectiva genética; indica también la operación no se refiere a la desviación de una función vital, ni de una necesidad; *más bien se crean una nueva función vital o un paradójico circuito de autoconservación.*

Con esto se despega de autores como Vera que ve la toxicomanía como una biologización de la pulsión, como un intento de hacer pasar la pulsión por necesidad; la toxicomanía se hallaría antes de la necesidad, como un circuito que tendría que establecerse para que el organismo pudiese mantenerse. De igual manera se distancia de los autores que ubican esta problemática con referencia al objeto, es un mecanismo de urgencia que retrotrae al narcisismo, busca establecer un tratamiento por la vía corporal que lo independiza del objeto, una maquina autónoma, continuidad de sí consigo.

El desarrollo teórico de la autora todavía incluye el establecimiento de dos tipos de toxicomanías, las de suplencia y las de suplemento. Eso que es intolerable para el toxicómano es diverso para cada estructura clínica. Aunque la psicoanalista es definitiva al decir que estos tipos de montaje de toxicomanía no se corresponden con una toxicomanía en particular, describe la suplencia principalmente en la psicosis; mientras que el suplemento es explicado desde la neurosis y la perversión.

La suplencia es un uso del tóxico que da una parcial apertura al goce mediante el tratamiento de la maquina, dicho tratamiento aliena al toxicómano, pero a la vez le permite resguardarse de una entrega total del cuerpo al Otro materno. En ese sentido se usaría en la psicosis como un medio que le permitiría al psicótico una parcial separación de su alienación al deseo materno. La suplencia da testimonio de una insuficiencia del padre, *es preciso suplir sin cesar la claudicación de una instancia simbólica (...) ese cuerpo no ha podido quedar suficientemente velado, borrado y asumido por un Nombre que lo represente ausentándolo* (Ibíd., p. 124). Refiere el caso de una paciente heroinómana que *vivía a la sombra de su madre* y que sólo podía separarse cuando iba en busca de la heroína, la droga le permitía liberarse del cobijo de la madre; aquí el órgano trata de ser un borde que cierre el cuerpo al influjo materno, no obstante él mismo constituye una parcial apertura al goce, es un goce circunscrito que pretende ser una ofrenda que lo libere de un goce total, que lo salve de una alienación de todo él como objeto del goce del Otro. El toxicómano compromete una parte del cuerpo, por ejemplo referida a la pulsión oral. *El fantasma encuentra aquí una exigencia real del Otro materno, que sabe lo que le hace falta* (Ibíd., 133). El deseo del Otro no es un enigma a partir del cual el sujeto elabora su propia respuesta a través del fantasma, sino que ese Otro pide una ofrenda real, el toxicómano responde con el cuerpo, con una parte de él.

La intoxicación en la psicosis puede estar integrada a una construcción delirante como un ordenamiento divino, una exigencia de consumo; esto es diverso de la toxicomanía. Aquí el *farmakon* no hace ningún borde.

La toxicomanía como suplemento se refiere a la instalación de una prótesis narcisista que procuraría difuminar la distinción entre la imagen real y la ideal del sujeto, el *farmakon* procura paliar esta discordancia dentro de una dimensión imaginaria: *un suplemento fálico imaginario. La adicción puede fijar entonces en su ritual una acomodación enteramente funcional e imaginaria a la falta (...) la operación del farmakon sostiene entonces, en esta dimensión del suplemento (...) un verdadero "suspenso" de los conflictos psíquicos (...) detención del deseo en una narcosis que mantiene los términos de una indecibilidad, anestesiando el sufrimiento* (Ibíd., 136).

El suplemento es usado también como protección ante una formación depresiva por un duelo imposible de solventar. Mediante el *farmakon* se colma la falta, ahí, en el propio cuerpo colma aquí la falta.

Es en la perversión donde el *farmakon* encuentra su utilización más operatoria, nos dice la Le Poulichet. El *farmakon* es un agente externo que viene a instrumentalizar la relación con el otro, salvaguardando de cualquier insuficiencia mediante su presencia, es un controlador de un falo imaginario, *da testimonio de un saber sobre la causa del deseo, a la manera de un objeto fetiche* (Ibíd., p. 143). Señala como ejemplo el uso sistemático de “*poppers*” en la escena sexual.

El trabajo teórico y clínico de Le Poulichet es muy concienzudo y lleva más lejos algunas ideas trabajadas por otros autores. El excluir al objeto de la problemática adictiva obliga a rebuscar en las ideas psicoanalíticas previas el punto en el que se juega la ilusión de la participación del objeto en la problemática, y más precisamente obliga a revisar en la clínica el decir del paciente que oriente sobre las relaciones entre adicción, sexualidad y objeto.

La aportación del Dr. Néstor Braunstein a la comprensión del fenómeno de la adicción posibilita dar un giro a la problemática del objeto atrás mencionada. En su libro *El Goce: Un Concepto Lacaniano*, Braunstein (2006) da un espacio en su reflexión al fenómeno de la adicción partiendo de la teoría de los cuatro discursos de Lacan y teniendo como paradigma la psicosis.

La psicosis se caracteriza, de acuerdo a Lacan, por la forclusión del significante del nombre-del-Padre. Para entender lo que ocurre en la estructuración psicótica será oportuno referirme brevemente al complejo de Edipo según Lacan.

Sobre el complejo de Edipo Lacan indica que en un primer tiempo el individuo entra al orden simbólico, al orden del lenguaje, vía el deseo materno. El niño se convierte en aquello que completa a la madre de forma imaginaria. El deseo del niño es el deseo materno. El siguiente momento está marcado por la irrupción del padre en la relación diádica que mantenía la madre con el hijo. La función paterna hace corte en dicha relación,

el falo *tacha la cosa y permite la emergencia del sujeto al hacerse representar por el significante del nombre-del-Padre*, (Ibíd., 2006, p. 195). La prohibición para la madre es no reintegrarás tu producto. Sin embargo es la madre quién permite que se ejerza la función paterna, sólo si despega la mirada del pequeño, dándole lugar a la ley, lo que implica aceptar la prohibición, reconocer que con todo, no es él el falo que la completa. Sólo así surgirá la pregunta por el deseo del otro en el pequeño, ¿qué me quiere? Se trata de instaurar la falta que permita al sujeto advenir deseante, transitar de la lógica de ser el falo a tenerlo.

En la psicosis lo que falta es el corte en la díada madre-hijo, no se inscribe el significante del nombre-del-Padre que articula la cadena significante. La función paterna falla. Si bien la psicosis salva al sujeto de la castración simbólica, y a la alienación al discurso y la demanda del Otro, lo mantiene en contacto directo con el objeto, sometiéndolo a la servidumbre del deseo materno. El lenguaje, a través de la metáfora y la metonimia, funciona como aislante que nos permite-condena a rodear a la cosa sin entrar en contacto con ella, expulsa del cuerpo un goce total, inefable, lo que mueve al sujeto a buscar dicho goce en cuerpo discursivo, en el lenguaje, a través de un rodeo, por intermediación del Otro y en el otro, en el *partenaire*. En la psicosis falta la falta que posibilita el discurso, no hay significante a partir del cual se sigan en la cadena los demás significantes, lo que ha quedado imposibilitado es la instauración del significante  $\Phi$ , significante fálico, de la prohibición del goce del cuerpo; el sujeto no tiene que entrar en los intercambios discursivos, en el goce fálico del lenguaje (fuera del cuerpo), no tiene que metaforizar y metonimizar su relación con el objeto por que precisamente esta en contacto directo con él, no existe el corte entre sujeto y objeto que vuelva al objeto perdido y mande al sujeto a su encuentro imposible; el psicótico no es deseante porque el deseo existe mientras el objeto falte. Así, la formula del fantasma expresa esta separación necesaria  $\$ \diamond @$ <sup>12</sup>, el sujeto que ha pasado por la castración en relación imposible con el objeto causa de su deseo. Lo mismo se expresa en el matema del discurso del amo, el cual usa Braunstein para referirse al significante siguiendo las letras lacanianas: “*Un significante es lo que representa a un*

---

<sup>12</sup> Uso el símbolo @ tal y como lo usa Braunstein (2006 p. 29) para designar el objeto pequeño *a* de Lacan.

*sujeto ante (o para) otro significante (...) “...que deja como producción un resto, @”* (Lacan citado en *Ibíd.*, 2006, p. 274), *un real huidizo que escapa a la articulación discursiva del S<sub>1</sub> y el S<sub>2</sub>* (*Ibíd.*).

$$\frac{S_1}{\$} \longrightarrow \frac{S_2}{@}$$

El sujeto es de lenguaje, se hace representar por un significante en su relación discursiva con otro significante, tal es el discurso, *vínculo social, vínculo entre cuerpos habitados por el lenguaje* (*Ibíd.*). En la psicosis esta relación está fracturada por la no separación entre sujeto y objeto, no hay posibilidad de articulación discursiva. No hay falta, no hay castración, en la psicosis el goce *no está refrenado y limitado por el significante fálico, representante de -φ, de lo que en el cuerpo falta a la imagen deseada, sino que invade el cuerpo entero* (*Ibíd.* p. 277).

El psicótico no ha elegido esta condición estructural, el sujeto que alienado a los intercambios discursivos tampoco puede elegir ser psicótico; aunque hay algunas consideraciones que caben como excepción. Si bien el sujeto que ha pasado por la castración no puede decidir ser psicótico, sí puede acceder a ciertas formas de separación, de rompimiento del vínculo discursivo, la forma más radical es el suicidio. El suicida se extraña del mandato discursivo y deja a cambio sus restos corporales como prueba de la inconsistencia del Otro, lo tacha señalando que es inconsistente, que también falla, sus diversas representaciones quedan impugnadas: Dios, el Estado, el Padre; etc. La adicción también pretende esta separación, nos alerta Braunstein que el uso de drogas configura una conducta y no una estructura clínica, la adicción permitiría *una vía de acceso privilegiada y directa, en cortocircuito, hacia el goce y que sería un modo de impugnar la exigencia del Otro y de la cultura que impone renunciar al goce. La droga llega a ser objeto de una necesidad imperiosa que no acepta ni las diferenciones ni las diferencias de la satisfacción demandadas (...) diferencia radical entre el objeto de la toxicomanía y el objeto de la pulsión o del fantasma* (*Ibíd.* p. 280). El deseo se oculta o se toma por necesidad. El sujeto se aleja del intercambio discursivo y en prenda deja también su cuerpo degradado, *lo muestra en la miseria de sus servidumbres orgánicas* (*Ibíd.* p. 279). El sujeto es abolido y

se presenta su cuerpo hecho objeto @ ofrecido al Otro para que disponga de él, lo nombre toxicómano, adicto, etc.

Siguiendo a Lacan en la única ocasión en que se refirió a la droga, Braunstein señala que el sujeto se enfrenta a la difícil tarea de sacar un goce de la castración, que en la falta seamos llevados hacia el deseo del otro y que en los caminos del Otro nos liberemos de la angustia, pues ésta deviene de la conjunción funesta con el *wiwi*, con el pito, el autoerotismo que nos habla de ese estado mítico de indistinción entre el sujeto y el objeto; pues bien, la droga permite romper este casamiento con el hace pipí, se instala como pareja después de este rompimiento, el Otro es sustituido por este objeto sin deseos que sólo requiere ser adquirido. *La droga no es un objeto sexual sustitutivo, carece de valor fálico; es, por el contrario, un sustituto de la sexualidad misma, un modo de apartarse de las coacciones relacionales impuestas por el falo* (Ibíd. p.280). Una observación muestra que el drogadicto y el alcohólico en particular con frecuencia son impotentes sexuales, el adicto no otorga la investidura fálica al cuerpo de la mujer por lo que ésta no se vuelve objeto de goce. Una aparente contradicción podría vislumbrarse en el caso de la adicta, que por el contrario, tiende a la promiscuidad. Ocurre que la mujer adicta se niega a recibir la significación fálica, al negar ser objeto de investiduras narcisistas, niega la obtención de un goce por esta vía sexual.

Braunstein muestra como el adicto se aleja del intercambio discursivo otorgando su cuerpo como prenda, quedando como desecho objeto @, esto es lo que denomina @dicción. La actualidad impone otra forma de separación, en el mismo sentido que la @dicción, pero en este caso interviene otro factor, el hecho mismo de que el Otro no responda, que el sujeto sea una cifra sin que a nadie le importe lo que diga, si a nadie le importa lo que se diga, no hay razón para hablar, *el goce del sujeto está refrenado por esa expectativa de respuesta (...) si el Otro ni espera algo, ni hace saber lo que quiere, si el Otro no es deseante, ¿para qué hablar?* Este caso es el de la A-dicción, la aniquilación del sujeto por la falta de respuesta del Otro.

Las drogas producen goce sin mediación del deseo ni de la palabra, actúan de forma directa sobre el cerebro liberando al sujeto de las ataduras culturales.

Braunstein nos habla todavía de otra forma de adicción, se refiere a la escritura y a otras artes que practican un distanciamiento de las exigencias del Otro por esta vía, *se apartan del lazo social y optan por los dolores del goce a costa de los placeres del reconocimiento* (Ibíd. p. 287).

El objeto de adicción para Braunstein es diverso del de la pulsión, no abunda sobre este, pero nos deja una valiosa indicación: *Bajo el efecto de las drogas el cuerpo es objeto @* (Ibíd. p. 284). Más adelante desprenderé de ello importantes consideraciones para este trabajo.

Diversas voces psicoanalíticas se han expresado sobre las adicciones, a últimas fechas la problemática ha exigido sus reflexiones, quizá porque precisamente su clínica lo ha demandado. Este largo recorrido por dichas aportaciones muestra a pesar de su multiplicidad una línea de análisis que pretendo seguir, pues me parece una vena fundamental en dicha problemática. Desde Freud encontramos la adicción en íntima relación con la sexualidad, la droga como un sustituto del goce sexual faltante; la adicción y la homosexualidad, la bisexualidad; luego la participación del objeto, la droga como objeto; de aquí a la crítica a esta visión objetual de la droga hasta el sujeto como el propio objeto, desecho @.

¿Cuál es el papel que juega la droga o el objeto adictivo en la relación del sujeto con sus objetos, con la sexualidad?

Antes de continuar el desarrollo que nos lleve al esclarecimiento de esta pregunta y otras cuestiones, debo señalar la escasez de los trabajos psicoanalíticos al respecto de las *adicciones psicológicas*, dicha referencia queda como deuda de este trabajo, y desde ya puede anotarse como crítica severa para una reflexión que pretende ser global respecto al tema de las adicciones.

## Metapsicología de las Adicciones

*«Entonces es preciso que intervenga la bruja».  
La bruja metapsicología, quiere decir.  
Sin un especular y un teorizar metapsicológicos  
—a punto estuve de decir: fantasear—  
no se da aquí un sólo paso adelante.*

S. Freud <sup>1</sup>

El recorrido hasta aquí nos ha llevado primero por los paisajes de la adicción delineados por la clínica, el cine y la literatura; he creído discernir ahí una constante que antecede a la pregunta por el efecto psíquico general de las adicciones, estimo que en esa constante se encuentra sin embargo, un señalamiento que apunta hacia la posible respuesta a la cuestión.

La siguiente estación nos ubicó en un marco teórico donde situar la pregunta, una concepción privilegiada para el caso, pues permite interrogar la experiencia subjetiva y, por supuesto el decir del arte, cantera del primer abordaje de este trabajo. Nos adentramos en el campo psicoanalítico buscando las voces que previamente hubiesen glosado la adicción. Encontramos interesantes aportaciones y una preocupación reiterada por la ubicación del objeto de adicción respecto de la sexualidad y del objeto de amor o de la pulsión.

He procurado construir el texto de tal manera que pueda seguirse de la forma más sencilla posible, partiendo de elementos que vayan desarrollando las ideas. En este punto no estoy seguro de haber podido ahorrar gran parte de las dificultades inherentes al problema y a la vía. Me permito entonces subvertir ese empeño e introducir a la *bruja* vertiendo una conclusión secundaria sin los antecedentes necesarios para sustentarla:

El destino basal o estructural que cursa el acto adictivo es el delirio de grandeza. Podemos entender estructura en su sentido más simple, o más específicamente, como aquello que sustenta el edificio del acto de adicción.

---

<sup>1</sup> Cita Freud (1937) un fragmento de *Fausto* de Goethe para apelar a la explicación metapsicológica.



Atrás apunté que el uso de desinhibición nos permitiría comprender el movimiento adictivo en tanto que éste delata más que cualquier otro la función general del objeto de adicción; así es, y es hora de indicar las razones. La desinhibición en el acto adictivo es un fenómeno frecuentemente asociado al uso de sustancias; en el alcohol tenemos el máximo ejemplo, éste es un dato de la experiencia tan evidente que ejemplificarlo es innecesario; de cualquier modo también ha sido señalado por aquellos que han reflexionado sobre el tema; pero hay que preguntar ¿Cómo se produce esta desinhibición? Los colegas que tratan a la psique desde su soporte orgánico tendrán una buena respuesta para explicar tal efecto para muchas adicciones de sustancia; no creo que ese sea el caso respecto de las adicciones psicológicas, estimo que incluso ha pasado inadvertida la observación. Me pregunto sobre cómo se da la posibilidad de trueque de la identidad vía el *hot chat*; pero ya una charla corriente se puede ver facilitada por la vía electrónica; hay que pasear dos minutos por las redes sociales para mirar el uso de desinhibición.

La desinhibición observada por el psicoanálisis coincide en su explicación con la cancelación de represiones. La rebaja en las fuerzas inhibitorias, el relajamiento del censor psíquico se produce, nos dice Freud, con el talante alegre, perturbación de origen anímico, paradigma normal de los estados maniacos que tiene su correlato tóxico en las drogas. La desinhibición y el talante alegre se originan por el ahorro de un gasto psíquico considerable, aplicado a veces como contrainvestidura libidinal (represión). La explicación metapsicológica del acto de adicción por cancelación de represiones fue introducida por Freud y sustentada en varios textos, aunque es frecuentemente usada por autores psicoanalíticos, no ha sido desarrollada o reelaborada; acaso sólo hay que indagar más en el modo en que se produce la cancelación, para lo cual debe de invocarse uno de los mecanismos frecuentemente relacionados con la adicción: la regresión.

Distinguimos dos formas de regresión, a saber, la tópica y la temporal. Iniciaré tratando de construir un modelo del acto adictivo que implique a la regresión tópica.

El acto de adicción es el encuentro de un sujeto con un objeto, el sujeto hace uso de este objeto para producirse cierta estimulación, ¿cómo se tramita dicha excitación? Es necesario responder que por lo menos una fracción elude el examen de realidad y se descarga por la vía regresiva alucinatoria, en la medida en que el fin perseguido y obtenido con su uso

mantiene un vínculo muy endeble con la realidad; un joven ebrio no se convierte en mejor bailarín sólo por el hecho de encontrarse saturado de alcohol, no por fuerza se vuelve más atractivo, tampoco *Spud* es capaz de comunicarse mejor después esnifar cocaína, ni *Don Birman* es mejor escritor –de hecho no escribe nada–, la señora adicta a las telenovelas no vive una gran pasión con el protagonista, ni siquiera algo cercano. No hay que extraviarse, es cierto que en verdad algunas sustancias procurarían cierto efecto que facilitaría las cosas para el sujeto en la realidad, de forma objetiva, el café y otras sustancias nos ayudan a mantenernos despiertos; esto tiene una importancia secundaria, la fracción que se tramita de forma regresiva da por resultado la percepción de que el yo se basta, que puede lograr la empresa. Lo mismo vale para el uso terapéutico, ni el alcohol ni otras drogas reparan la realidad que nos ha producido dolor, ni la amada se olvida: *Amy, Amy, Amy*<sup>n</sup>, pues *hablando de mujeres y traiciones se fueron consumiendo las botellas* (ver p. 24), hasta que *no recuerdo si empecé a tomar porque mi esposa me abandonó, o si ella me abandonó por que empecé a tomar* (Figgis, 1995), nada se soluciona y sin embargo el sujeto solventa de alguna forma la situación. Tal vez el uso de placer escapa a esta explicación, muchos actos de adicción –y quizá habrá que reconocer que por lo menos todos producen cierta cuota de placer– ofrecen una ganancia de placer directo, el sujeto accede a ellos buscando su fruto placentero y lo obtiene, la anticipación se corresponde con lo que la realidad le reportará. La objeción aplicaría para algunas adicciones de sustancia, habría que considerar todavía si es que lo perseguido es simplemente una ganancia de placer, si acaso no es que ese placer se extraña de otras fuentes, sexual por ejemplo, del objeto, del otro; para otras ganancias de placer, otras adicciones, podemos aplicar el esquema de la regresión. Si hace falta, no tengo dificultad alguna en aceptar una excepción, la regresión tópica no es la que otorga las mejores explicaciones para el acto adictivo, pero ya emprendida la tarea es preciso continuarla.

La cancelación de la represión se daría eludiendo al censor, en el camino hacia atrás no tendría que vérselas con él. La represión como dice Freud (1915c/1986) consiste en que las representaciones palabra están dislocadas de las representaciones de cosa, la investidura a la representación palabra es negada, así el análisis procura restablecer las palabras ahí donde se han omitido; pero ya el síntoma busca caminos alternos, desplazamientos que permitan hacer ingresar a la conciencia las mociones de deseo; pues bien, el objeto droga es

un rodeo del que se sirve el sujeto para sentirse contento. La representación palabra de este objeto droga incluiría la posibilidad de lograr algo, dicha representación conecta con la representación de cosa, el mismo yo que logra satisfacer el deseo de suficiencia. Habría una sollicitación del yo que hallaría camino por la representación palabra del objeto droga, sobrevenida la estimulación el camino sería regrediente hasta la percepción alucinatoria ¿Por qué este nuevo curso hacia atrás si la representación palabra de objeto-droga ha permitido eludir al censor? Porque el objeto no es adecuado a fines, es un pretexto del yo para realizar su deseo de contento, de bastarse. Se permite el yo por intermediación del objeto droga apelar a la identidad perceptual, un lugar cuyo acceso está cercado por alambre de púas, por eso el yo necesita una herramienta, un pretexto que es el objeto droga.

Esta regresión, aunque permite explicar el fenómeno en cierto grado, no cumple con la condición económica de la que nos habla Freud, el ahorro de un gasto psíquico. La regresión tópica recién explicada elude la represión, no la cancela, no habría ninguna condición económica que explicase la cancelación, no hay un ahorro de gasto de libido que la deje librada a nuevos usos.

Es posible entender el movimiento adictivo como una regresión temporal, promete menores dificultades.

El acto adictivo es un refuerzo para el yo, de ello da constancia el hecho del uso del objeto droga. Si tal objeto es usado como herramienta, como un intermediario para alcanzar cierto propósito, alivio, obtención de placer, desinhibición, etc., entonces se agrega al yo como un refuerzo<sup>2</sup>. Otra observación señala el destino de la libido en el acto de adicción. Se acude a las drogas de forma terapéutica, ante la ruptura amorosa, ante la dificultad con el otro; lo

---

<sup>2</sup> Esta idea ya ha sido por lo menos esbozada (y es que en verdad está a la vista del observador), referí en el primer capítulo a Aksenchuk, (2006), ahora puedo agregar lo que escribe Philippe Jeammet refiriéndose al narcisismo en la actualidad: *Hoy en día, la ausencia de límites, la evolución muy rápida del sistema de valores y, sobre todo el derrumbe de las prohibiciones, han sido reemplazados por una exigencia de rendimiento... Se ha desplazado la problemática de la prohibición sobre una problemática narcisista del rendimiento. Por eso no tiene nada de sorprendente que existan menos conflictos en torno de las prohibiciones y de la culpabilidad, que conflictos en torno al temor de no poseer los recursos narcisistas para alcanzar rendimientos suficientes... Frente a este desplazamiento sobre la problemática narcisista de una problemática de la prohibición, de un conflicto de la relación de objeto, no es sorprendente que veamos crecer las conductas adictivas, es decir, conductas en las que se va a buscar **un apoyo**, no un objeto”* (Balaguer, 2007, ¶ 18).

que estas grietas del alma piden es una retracción libidinal, así en el duelo (la resignación del objeto) la libido que tiene que soltar al objeto por que la realidad le ha impuesto su desaparición, es conducida entonces al yo. La enfermedad orgánica requiere también un replegamiento libidinal que logre una contrainvestidura de la representación del órgano dañado. No es exagerado decir que ante las dificultades que la realidad le depara al yo, éste quiera replegarse en sí; el repliegue es facilitado por el objeto, no necesariamente por sus propiedades, sino por la expectativa que el sujeto le impone. En el acto de adicción se da un repliegue narcisista, la libido es conducida al yo. El objeto-droga consiente este movimiento, la forma exacta en que lo posibilita la explicaré más adelante, compete a la identidad del objeto de adicción, ahora puedo adelantar que con este movimiento el yo vuelve a contentarse consigo mismo, se reencuentra por lo menos en algún grado con su imagen ideal.

Este camino ya se sigue en Freud (1930/1986, p. 77, 78) nos dice que *del temido mundo exterior no es posible protegerse excepto extrañándose de él de algún modo, si es que uno quiere solucionar por sí solo esta tarea* –preámbulo para indicarnos uno de los métodos de extrañamiento: El uso de sustancias embriagadoras. *No sólo se les debe la ganancia inmediata placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con ayuda de los “quitapenas” es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación. Es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino.* Es cierto que Freud habla de sustancias cuyas propiedades posibilitan esto, mantengo acuerdo con él, sólo enfatizo que el yo lo solicita, y que ese previo es el que le otorga su propiedad de uso, les confiere a dichas propiedades su propiedad específica en el sujeto, le confiere a la intoxicación su título de embriaguez; en el mismo sentido puede decirse que embriagarse no es un acto que parezca adecuarse a fines, no solucionara nada de forma real; pero, ¿por qué el alcohol es terapéutico?, no sólo por su farmacodinamia, sino antes, porque así lo solicita el sujeto.<sup>3</sup>; entendemos entonces que el yo se repliega con una gran diversidad de

---

<sup>3</sup> El caso contrario puede ser el de los pacientes posquirúrgicos tratados con opiáceos que presentan tolerancia y abstinencia, y sin embargo no muestran ningún signo de uso compulsivo (ver p. 11). No hay aquí la solicitación que anime el uso compulsivo.

objetos, quizá en algún momento produjeron placer, pero esto no es ni necesario ni suficiente, su verdadera condición es que permitan al yo recuperar su forma, ser para el yo una prótesis en el sentido de lo que escribe Le Poulichet, pero más en el sentido de las declaraciones de adictos que anota (1990, p. 53): *Soy como una esponja, recupero mi forma con la cocaína (...) Sin droga ahora, es como si estuviera amputado, es como si me faltara un miembro del cuerpo*. Es propicio también pedir testimonio al Yonqui del *Almuerzo al Desnudo*, nos dice porque el adicto insiste en su adicción, es para *conservar forma humana... para espantar al mono* (Burroughs, s.f., p. 9).

Se siguen dos cosas del entendimiento del acto adictivo como un repliegue narcisista. Primero, el acto de adicción es un narcisismo secundario. Más interesante es señalar el destino pulsional: La libido contenida en el yo se tramita como un delirio de grandeza. El repliegue libidinal al yo trae como consecuencia este destino, ello ya Freud la ha indicado, en el acto de adicción se confirma en la efectividad del uso, si el objeto, a pesar de su desfase respecto al fin, es usado y logra algún contento del yo, es porque su función es consentir el repliegue narcisista; hay una demanda del yo que le es difícil satisfacer por sí mismo, llama entonces al espíritu, a *al kuhúl*, al objeto droga. Esta función de permisividad que tiene el objeto se encuentra en las palabras de Escotado (en Cedecom, 2009) al decir que *las drogas son un distrito de distorsiones psicóticas legitimado*. Señala así la función social que se les atribuye, también Freud nota su importancia en la economía libidinal de los pueblos. El objeto droga facilita el repliegue, el cual está obstruido por una dificultad más bien inherente al sujeto, constitutiva de él, es que como lo señala Braunstein no se elige ser psicótico, pero hay formas de rehuir al intercambio discursivo.

La intelección del repliegue narcisista se condice con la primera y más consistente reflexión de Freud sobre el tema de las adicciones, me refiero a la concepción de la adicción como heredera del onanismo. Que el acto adictivo es un acto onanista es evidente si se le comprende como una autoadministración de placer. No obstante, quiero reiterar que aunque el efecto obvio que producen los actos a-dictivos es el de suministrar placer, ya nos hemos resistido a obviar e indagamos con mayor detenimiento, encontramos que el impacto que tiene en el sujeto el acto a-dictivo no necesariamente es de carácter placentero, el placer sede su importancia a otra consecuencia más general, y es que los objetos a-dictivos

exacerban alguna o algunas cualidades o características del sujeto, no necesitamos pensar que esto se consuma de forma real, operativa digamos, es desde la perspectiva del sujeto en adicción, es sí, real o no, imaginariamente, esta exacerbación puede leerse efectivamente como un delirio de grandeza. El acto adictivo es onanista, pero no sólo por producir placer, sino porque aspira a extrañar al sujeto del mundo, del objeto, reinstalando esa imagen en el que el yo no tenía nadie quién le reprochase (superyó) porque el mismo era ese ideal. Es necesario apuntar que el acto es más bien narcisista, en cuanto que es un contento con el yo, que autoerótico, el destino de pulsión es una vuelta hacia la persona propia, de forma precisa, hacia el yo. Lo que abre este movimiento es la oportunidad de acceder a formas de goce antiguas, vedadas por la represión. Y hasta aquí no he mencionado como este acto de repliegue cancela represiones.

No es obligatorio pensar que en el repliegue acuden grandes mareas de libido al yo, como quizá pueda ocurrir en la paranoia, el sujeto no tiene que sentirse la paridora de Dios<sup>4</sup>, esta es una cuestión que refiere a la económica particular de cada acto. El acopio de libido en el yo desliga al Eros de la pulsión de muerte posibilitando la regresión y el acceso a formas antiguas de satisfacción; pero lo que miramos como desinhibición en el acto adictivo sigue siendo preferentemente una consecuencia económica. Cuando la libido regresa al yo necesita ser tramitada, la estasis libidinal que se produce no es necesariamente tolerada por el yo, Freud nos ha alertado sobre ello *En la Introducción del Narcisismo*. La libido se consume como delirio de grandeza pero frecuentemente no es suficiente, o mejor dicho, esto no es soportado permanentemente, así que, marcada por el yo, regresa a los objetos, a veces de forma masiva, teniendo menor miramiento por el censor. Se cumple entonces la condición económica, el gasto de libido en el yo se vuelca a los objetos y esto permite cancelar algunas represiones. Cada acto requiere precisiones económicas. El yo readmite su relación con los objetos pero no en las mismas circunstancias, ha sido fortalecido por un retiro parcial del mundo.

---

<sup>4</sup> Me refiero al caso del presidente Schreber, el cual, según su decir, tenía una *participación sexual femenina*, y es precisamente recibir el arrojado en el vientre de los *nervios de Dios correspondientes al semen masculino* (citado en Freud, 1912b/1986, n. 28).

Sobre la represión aquí se pueden decir más cosas. El acto adictivo se juega en las fronteras de lo prohibido y lo permitido; en la fiesta es lo prohibido a que se da ocasión sólo bajo un ritual, bajo ciertas circunstancias; quizá en la actualidad estemos más del lado de lo prohibido, pero cierto es que muy pocas veces deja de tener la regulación ritual, ya la reunión en el acto intentaría acotar. Este carácter de prohibido se emparenta con la represión, no de la forma ingenua en que una represión sería un castigo de la autoridad; pero recordemos que a final de cuentas la represión así nació, y a pesar de ser una condición estructural, el yo nunca la aceptó de buen grado, y constantemente quiere ignorarla, el problema es que la autoridad se ha introyectado, aún así hay situaciones que pueden prepararse para burlar en alguna medida al censor, y el acto de adicción se instala seguido tratando de apartarse de la mirada de la autoridad concretizada en una figura (padre, policía, etc.) proyección del propio vigilante. Es decir, se procura un ambiente permisivo lejos de la autoridad. Ello coadyuva al éxito del acto de adicción.

El yo regresa hacia sí y vuelve a lanzarse a los objetos. Esto podría tener un grado de parecido con el planteamiento de Rosenfeld que concibe al adicto como un yo débil incapaz de emanciparse de una depresión con el vuelco maniaco. Me desprendo de esta visión, no considero constitutivo de la adicción la depresión o la melancolía, ni un yo especialmente débil, sino en la medida en que estructuralmente es débil, rindiendo vasallaje al ello al exterior y al superyó (hay que reconocer en el movimiento adictivo, en esa particular relación con ese particular “objeto”, una frecuente escapada de la imposición de la realidad en las tres fuentes de malestar: el cuerpo, el exterior y los vínculos con otros seres humanos). Tampoco un vuelco maniaco es el único destino del acto de adicción.

El regreso de la pulsión al objeto parece previsto por la sociedad, en la fiesta parece perfectamente visible esta operación, el alcohol ingresa al cuerpo y reúne la libido en el yo que regresa luego a los objetos para que la fiesta comience verdaderamente. Pero no siempre acontece que la libido se vuelque hasta los objetos del mundo exterior, muchas veces se contenta con investir los objetos de la fantasía, el acto así produciría una identificación con un objeto imaginario, poderoso, ideal... por ejemplo cualquier personaje de televisión o videojuegos, un personaje que se construye en las pantallas y más importante, es deformado en la fantasía. La libido se desprendería del yo en la medida en

que mantiene al objeto, lo retiene, aún le rinde pleitesía aunque sea de la fantasía, está dedicado a él y el acto le permite tenerlo de esta forma fantaseada y en la fantasía. La adicción a la pornografía digital o impresa puede servir de ejemplo, el sujeto se satisface en el acto con un objeto imaginario que además colecciona, es un *Donjuán* como lo es el coleccionista en general. El objeto de la fantasía no lo considero simplemente como un personaje ficticio, fantástico, sino un objeto que se amolda con mayor precisión al guión imaginario que es la fantasía (ver n. 23) es decir aquel intimado con el deseo inconciente, el más cercano al objeto primitivo incestuoso; precisamente por eso, los personajes de televisión se prestan para este destino, son idealizados, mantienen el estatus. En ese sentido la vuelta a los objetos de la fantasía no quiere decir mantenerse en la ideación fantástica, algunos casos de adicción a una persona podrían incluirse en este destino, pues el sujeto se apegaría al objeto del mundo exterior (la persona), no por sus cualidades propias, sino fundamentalmente porque el sujeto lo hace corresponder con el objeto de la fantasía, lo identifica con éste.

Los destinos delineados para el acto de adicción son entonces tres: El delirio de grandeza, la vuelta a los objetos de la fantasía, y la vuelta a los objetos (del exterior). El destino estructural es el primero, es punto de arranque para los otros dos, los cuales serían estaciones a las que se podría o no dirigir la libido. No hay por qué exigir que en cada acto de adicción se discierna nítidamente el destino al cual pertenece, lo único constante es el regreso narcisista y de ahí el avance puede ubicarse en un matiz.

El acopio de libido en el yo tiene como efecto el libramiento de la pulsión de muerte, lo cual puede expulsarse como agresión; pero parece que también en muchas ocasiones sigue el destino de la libido y azota al yo, la culpa puede ser su consecuencia.

Desarrollados los tres destinos es propicio dialogar con otros autores.

Eduardo Vera Ocampo hace un tratamiento metapsicológico de la toxicomanía, su entendimiento sólo abarca las adicciones de sustancia lo que limita el diálogo. Sobre su idea sobre el *flash* de la droga, esa experiencia que cautiva y rememora aquella satisfacción ideal primera y a la cual se acude luego para huir de la experiencia de insatisfacción, si le entiende sólo como placer, entonces dice muy poco de la adicción; el acostumbramiento



dice menos, el trueque de la pulsión en necesidad es difícil de pensar como posibilidad, incluso si fuese un artificio particular del adicto, la pulsión no puede convertirse en necesidad si entendemos la necesidad como aquel requerimiento ligado a un objeto adecuado, que la satisface quiero decir; es esta imposibilidad de satisfacerse de forma completa es inherente a la pulsión, y aquello que el adicto (¿Y qué sujeto no?) quisiera eludir; la sollicitación orgánica sólo sería un pretexto para el sujeto adicto, uno muy efectivo, cierto, pero al fin un pretexto, las curas de desintoxicación muestran que no basta desacostumbrar al cuerpo de la droga; además la reincidencia no se da en cualquier momento, sino ante las dificultades que se le presentan al sujeto; por ejemplo, el *brazo de oro*, vuelve a inyectarse heroína después de que el mundo fuera de prisión le impone grandes decepciones coronadas con el recordatorio que le hace su esposa *Zosh* de la invalidez que la aqueja y la culpa que éste tiene por dicha invalidez (Preminger, 1955). Otro ejemplo nos lo brinda un caso de los narrados por Solares (2003, p. 222, 223): Un hombre alcohólico lleva meses sin beber, ha vivido la experiencia terrible del *delirium tremens* y todo el horror que envuelve ese grado de alcoholismo, así que decide dejar de beber, pero, *faltaba la prueba más dolorosa*. Cierta día su hijo y su sobrino le informan que su hija ha muerto, dice: *para un alcohólico, la muerte de una hija puede ser el brinquito que le faltaba para caer en el abismo, el fin del último rayo de esperanza*. La idea del maridaje entre el objeto específico droga y la pulsión, como un vínculo de necesidad en que hay un objeto específico que la satisface (misma relación: sed-agua), esto es, la biologización de la pulsión, resulta muy interesante; pero hay que considerar que tampoco el sujeto es solidario de un objeto de adicción, más bien al estilo de satisfacción (narcisista), y si el acostumbramiento, como capacidad del objeto de generar dependencia en el organismo, no explica lo esencial del vínculo sujeto-objeto droga, entonces habría que seguir preguntándonos por la identidad del objeto de adicción.

Lo que trato de indicar es que ninguna propiedad de la interacción objeto droga y organismo es capaz de explicar el aferramiento que ejerce el sujeto respecto de el objeto droga, es que es él el que le da la bienvenida y acepta su consuelo, sin esto estaríamos hablando de otros fenómenos, intoxicación, envenenamiento, etc.

Lo que no trato de indicar es que el sujeto no plantea su ansia como necesidad. Efectivamente quiere hacer pasar su estrechamiento al objeto de adicción como un necesitar de éste, el adicto dice que lo necesita. La pregunta es ¿Cómo logra montar tal engaño? Esto es lo que debe indagarse en el entendimiento del fenómeno de la adicción, y es lo que he explicado vertiendo los destinos del acto adictivo (falta hablar de la identidad del objeto de adicción). Aunque Vera señala el artilugio, al final sigue en el engaño al adicto al referir la toxicomanía a la existencia del acostumbramiento ¿Es que es tan seductor el *beso de licor*?<sup>5</sup>Sólo que ese beso es un lamerse los labios, tan atractivo y temido ahora como otrora, cuando se le llamaba onanismo y se le acusaba de resecaimiento cerebral. No habremos entonces seguir haciendo hincapié en el poder adictivo de las sustancias o los objetos, sino en la disposición del sujeto a hacerse adicto, a ejercer la transubstanciación de los objetos en vino.

La reflexión de Le Poulichet es la construcción metapsicológica más completa, nos habla de una herida (solicitud) y la paradójica provocación de otra herida que ligue las excitaciones, hace primordial el concepto de narcisismo y le hace jugar un papel primordial, no como una mera debilidad ante el placer; incluso señala un repliegue narcisista y un agregado narcisista. ¿Es válido sostener una concepción alternativa a la concienzuda construcción metapsicológica de Le Poulichet? Es válido y necesario, las adicciones psicológicas demandan explicación y no hay necesidad de distanciarlas por referencia al efecto de una sustancia sobre el organismo. Hay que señalar dos distinciones fundamentales. El modelo narcisista que usa Le Poulichet es el de la hipocondría, por lo cual sitúa la problemática adictiva respecto del cuerpo, a lo real lacaniano; el que presento aquí es el del delirio de grandeza, el de las parafrenias. Lo más importante es que la tramitación de la libido se da en el yo y si hay tratamiento al cuerpo es por referencia al yo.

Le Poulichet nos dice que ante una herida psíquica (efracción) se moviliza una operación de emergencia que trata de ligar la punzante excitación, tal movimiento es una retracción narcisista que opera al margen del discurrir significativo del sujeto, es decir, del lenguaje, de la apelación Otro; es en términos freudianos, la búsqueda por el restablecimiento de la

---

<sup>5</sup> De la letra de la canción de Manu Chao (1998, pista 12) *Malegría*.

barrera antiestímulo, actividad independiente y más primordial que la obediencia al principio del placer. El *farmakon* se instala como una prótesis psíquica, por su principio de reversibilidad permite al sujeto tratar a la psique como órgano, tratamiento del cuerpo con sustancias que rinden sus mejores efectos en la psique: borramiento de representaciones dolorosas y restauración de un cuerpo real que debería estar perdido por su alienación en las cadenas significantes (deuda que el Otro cobra al sujeto por su inserción en la cultura).

¿Qué es esta efracción que causa tanto alboroto?, ¿es un dolor particular? En muchas ocasiones así es, la adicción por ruptura amorosa es ejemplo; pero la adicción es más de mantenimiento, se trata de encontrar *algo que alivie las presiones de la vida diaria, como tener que atarse los zapatos* (Van Sant, 1989). La operación *farmakon* echa a andar la percepción alucinatoria y la cancelación toxica del dolor con fines de conservación, más que proteger *una forma de narcisismo* (Le Poulichet, 1990 p. 69) apela a este ante las dificultades que impone la realidad, replegamiento de las fuerzas para relanzarse después. Cuando Freud nos habla de la regresión nos la explica en esos términos, como un regreso hacia puntos de fijación Es una operación mucho más cotidiana de lo que se quisiera aceptar. Entonces, la herida no es otra que la imposibilidad con la que se topa la pulsión, el goce sexual faltante siempre habrá de faltar en alguna medida, aquella falta de siempre a la que no logramos resignarnos nunca del todo, es la división subjetiva de la que nos habla Lacan: la castración. Concebir a la retracción como una operación paralizante de urgencia de tratar el dolor, nos impide explicar diversos fenómenos, por ejemplo, se olvida totalmente del placer, más importante, nos resguarda de entender el ir y venir de la pulsión de los objetos al yo y de nuevo a los objetos, que ocurre siempre salvo en los casos más extremos; otrosí, no hay cabida para las adicciones psicológicas en este modelo del tratamiento del cuerpo. Por eso he procurado hacer máximo énfasis en el narcisismo<sup>6</sup>, núcleo de la adicción, aquí podemos vislumbrar el acontecer adictivo con mucha precisión,

---

<sup>6</sup> La aportación que el acto adictivo hace al sostenimiento de una imagen ideal de sí mismo fue descubierta por el *Poeta maldito*, se la encuentra en tantos momentos de su obra sobre al hachís, al que se refiere el siguiente ejemplo: *¿He de añadir que el hachís, como todos los goces solidarios, hace que el individuo sea inútil a los demás y que la sociedad resulte superflua para el individuo, impulsándole a estar continuamente admirándose y acercándole día tras día al abismo en el que admira su rostro de Narciso?* (Baudelaire, 1860/2000, p. 407) Es lamentable no encontrar éste descubrimiento en la literatura revisada sobre el tema.

en su fundamento, lo que hace que puedan incluirse adicciones de sustancia y psicológicas como versiones de un mismo fenómeno.

El tratamiento del cuerpo parece corresponder más con el antecesor del narcisismo, el autoerotismo, es innegable también que los estados extremos de adicción se entienden muy bien en este modelo, quizá en estos casos la pulsión regrese más allá del narcisismo, por anulación, precisamente, de la imagen que sostiene al yo del sujeto. *Sara Goldfarb* (ver pp. 25) podría mostrar ese desarrollo de la adicción: Uso terapéutico del objeto droga que sostiene una ilusión, la cual termina convirtiéndose en una pesadilla hasta la locura. Aunque es verdad que ni ella pierde su imagen ideal.

Cuando Le Poulichet explica las toxicomanías del suplemento señala la función del agregado –lo que llama prótesis– de sostener la imagen narcisista. *La adicción puede fijar entonces en su ritual una acomodación enteramente funcional e imaginaria a la falta* (Ibíd., p. 136). Hacia el final de su recorrido teórico introduce estas ideas que pierden fuerza por el acento que la autora pone en la reflexión sobre la efracción y el cuerpo; toda idea referida al papel de la imagen queda relegada por el tratamiento mediante el cuerpo, el cual, como recién mencioné, parece estar más de acuerdo con el autoerotismo, que propiamente con el narcisismo. Más lamentable es que la autora sólo dedica unas pocas líneas para desarrollar la idea del suplemento narcisista; no hay pues, una reivindicación del narcisismo como imagen; sin embargo, desvela a penas la identidad encubierta del objeto de adicción, es: *un suplemento fálico imaginario* (Ibíd.).

El objeto droga es el *falo imaginario*, de acuerdo a la terminología lacaniana.

Me es indispensable señalar que a partir de la anterior declaración el discurrir es demasiado aventurado, quiero decir con esto que el uso de términos podrá resultar muy impreciso, dado que no puedo seguir aquí todas las consecuencias teóricas que el uso de ciertos conceptos de la teoría lacaniana implican. A caso habría de concluir; pero he decidido continuar puesto que aún quiero indicar algunos puntos que permiten entender mejor el fenómeno, y que son el puente que conecta con la definición de adicción que ha guiado éste empeño, a saber, la adicción como a-dicción. Continúo entonces.

La marca del sujeto es la alienación, tan radicalmente es así que sólo podemos dar cuenta de nuestra existencia a partir de Otro. Qué el sujeto se halla alienado es evidente desde el inicio, de ello es un ejemplo la prematuración mediante la cual el *infans* constituye una completud imaginaria, *en oposición a la turbulencia de movimientos con que se experimenta a sí mismo* (Lacan, 1949/2009a, p. 101)<sup>7</sup>, esta imagen que no es dada sino como *Gestalt*, es devuelta por el espejo y el pequeño la recibe jubilosamente. Tal imagen es lo que Lacan distingue como *yo ideal*, que es, por cierto, tronco de las identificaciones secundarias; es que este movimiento, es decir, el *estadio del espejo*, no es sino una *identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen* (Ibíd., p.100). *Pero lo que es esencial en el triunfo de la asunción de la imagen del cuerpo en el espejo es que el niño sostenido por su madre, cuya mirada lo mira, se vuelve hacia ella como para demandarle autentificar su descubrimiento* (Chemama & Vandermersch, 2004, p. 248).

La alienación se despliega de forma más basta respecto de todo lo que es el sujeto, así el soporte que es la madre para el niño no es gratuito, la madre lo otorga a condición de hacer de éste aquello que falta en su imagen (de la madre), aquella vieja promesa largamente insatisfecha, el hijo se convierte pues, en el falo imaginario de la madre. *Si el deseo de la madre “es” el falo, el niño quiere ser el falo para satisfacerlo* (Lacan, 1958/2009b, p. 660). El niño pasara, por intermediación de la castración, de la lógica de ser el falo a la de tener el falo, este viraje señala la asunción de la castración. El operador de la castración es el Falo, en su dimensión simbólica, aplicado precisamente a su representación imaginaria, el falo imaginario, concretizado en la imagen del órgano masculino, el pene. Falo es el significante del deseo, puesto que marca un límite, una interdicción, ello *implica recordar que todas las experiencias erógenas de la vida infantil y adulto, todos los deseos humanos (deseo oral, anal, visual, etc.) estarán siempre marcados por la experiencia crucial de haber tenido que renunciar al goce de la madre y aceptar la insatisfacción del deseo. Decir que el falo es el significante del deseo equivale a decir que todo deseo es sexual y que todo deseo es finalmente insatisfecho* (Nasio, 1996, p. 49). El falo imaginario se presenta

---

<sup>7</sup> Para todas las citas de Lacan incluyo el año que es señalado en el texto fuente como fecha de presentación de la comunicación que le dio origen.

entonces con signo negativo ( $-\phi$ ), es aquello que falta en la imagen ideal, es *un significante imaginario que para el sujeto sólo puede hacerse presente con el signo de la negación, de la castración que lo vuelve deseante y que hace del @ la causa del deseo* (Braunstein, 2006, p. 90).

No obstante, existe una condición en la que la castración se desmiente, y a tal efecto hace *una recuperación del  $\phi$  que apenas parecería original si no interesase al Otro como tal de manera muy particular. Sólo nuestra fórmula del fantasma<sup>8</sup> permite hacer aparecer que el sujeto aquí se hace instrumento del goce del Otro* (Lacan 1960/2009b, p.783). El perverso achaca la castración a su *paternaire*, procura practicarle la escisión subjetiva, esta es la meta preferencial del acto perverso, nos dice Braunstein, así se pretende un ser sin tachadura y por ello también hace uso del fetiche, muestra de la recuperación de  $\phi$ , esto es la positivización del falo imaginario:  $-\phi$  se recupera como  $\phi$ . El perverso es el @, *un @ que hace positivo el falo, que niega que el falo falte, que asegura que el goce se falifica en el Otro.*

En la adicción se practica la misma recuperación, el objeto-a-dictivo es el falo imaginario positivado, esta es su identidad. En el acto de adicción se agrega aquello que en calidad de imagen extrañaba el sujeto, en el retorno libidinal se logra esto y se obtiene luego cierta fortaleza yoica, pues se procura cierto reencuentro con el yo ideal, con esa imagen narcisista; diré que esto se consigue en diversos grados según el caso. No es raro que la dirección del acto adictivo marche en contra de la de los objetos y sólo secundariamente pueda emprender camino rumbo a ellos ¿Pero a final de cuentas no hay en la búsqueda del objeto idéntico motor, qué es precisamente una falta?, ¿no es pues, el objeto de adicción el objeto @? No. Es muy claro que hay direcciones opuestas en el repliegue narcisista y en la búsqueda de los objetos –es que uno se previene del otro–. Esto puede verificarse muy fácilmente recordando que el significante del deseo se presenta como un límite, por lo cual se acepta que el deseo es siempre insatisfecho, no es gratuito que el significante imaginario del falo se presente como  $-\phi$ . El acto adictivo es una huida hacia atrás a la que el sujeto recurre cuando la castración se hace patente, cuando se presenta esa cierta imposibilidad

---

<sup>8</sup> Ver n. 23.

(que puede ser tan cotidiana), es entonces una manera de enfrentarse a la castración, cursa tres destinos que ya tenemos bien conocidos, y el más estructural evidencia la dirección opuesta a la de los objetos, pues en el retorno al yo, en el tomar a éste como objeto (narcisismo secundario), se observa la negación del objeto, y es que el contento que se procura el yo, puede mantenerlo ahí, aseverando que puede prescindir del objeto, es ésta la cualidad del delirio de grandeza. Recordemos que al igual que el delirio de celos, el de persecución y el de erotomanía, el delirio de grandeza contradice una frase, pero es más radical en la desautorización, dice: *Yo no amo nadie (...) yo me amo sólo a mí* (Ver p. 43, 44).

El objeto de adicción no es @, pues no causa deseo, sino lo contrario, procura cesar el deseo, o como he escuchado dicen algunos lacanianos: *taponar la falta*. Escrito lo anterior, expreso el acuerdo con Le Poulichet en negar que la droga tenga carácter objetal, de hecho no es ningún objeto para la pulsión, el objeto en el acto adictivo es el yo, y si en el acto adictivo se procura paliar una falta, entonces también el deseo, pues es condición que haya falta para que se produzca el deseo. Por supuesto es un placebo, su efecto es fundamentalmente imaginario ( $\phi$ ).

Con la introducción del mecanismo de positivización del falo imaginario, para las adicciones, atiendo también a las reflexiones de aquellos autores que han asimilado la adicción a la perversión, no considero que sea el caso; pero es un hecho que hay cierto paralelismo, y la positivización se incluye dentro de las confluencias. Sobre la cuestión de si puede incluirse o no la adicción dentro de la estructura perversa, no argumento en ninguna dirección, simplemente porque no tengo argumentos definitivos y me ha interesado más desvelar el mecanismo de la adicción que asimilarla a alguna de las tres estructuras clínicas (neurosis, psicosis, perversión).

Toda una serie de autores han observado el retiro que hace el adicto, entre ellos Le Poulichet, el que lo ha expresado mejor es el Dr. Braunstein, de hecho, hace este punto central en su reflexión al respecto. La a-dicción es pues una renuncia al intercambio discursivo, a aceptar la alienación al lenguaje, al Otro, es la abolición del sujeto, es su reducción a desecho @. No hay tampoco objeto aquí, indica Braunstein que la droga no es

un objeto sexual sustitutivo, sino una sustitución de la sexualidad misma, y esto es así, en la medida en la que esto puede ser operado, ¿de qué otra forma sino es por la vía del narcisismo y del autoerotismo?

¿Y que hay de todas esas aportaciones de corte kleiniano que, aunque extrañas y escatológicas, apuntan hacia una dirección de alta relevancia para el fenómeno de las adicciones, hacia la dimensión intersubjetiva? Todavía hay que agregar el hecho de que Freud también llegó a ver en esa dirección, otrosí, tales reflexiones surgen de observaciones que no hay que desestimar. Podemos reubicar teóricamente estas observaciones a partir de una valiosa indicación de Braunstein, a saber: el adicto es desecho, objeto @.

¿Cuáles son las líneas generales de la observación de los autores kleinianos respecto de la adicción y la relación de objeto? El adicto construye su adicción en relación a los objetos, internos, externos, anales, etc. En el acto de adicción se controla o se es controlado (o ambas), por esos objetos. Un objeto privilegiado en la adicción es la madre, y como correlato hay un padre esquivo, débil o ausente. Puede lo anterior ponerse en relación a la mutación del sujeto en @-dicto. Así como el perverso, por sus características el a-dicto se convierte en objeto @, pero no es sólo como desecho producto de la abolición del sujeto, o mejor, ¿porqué no reciclar este desecho?, así el @-dicto es llevado a representar el objeto @ de tantas personas, la mujer es especialmente sensible a éste, es que el sujeto se remonta a su prehistoria infantil donde de hecho ocupaba un papel similar. La película *The Acid House* (McGuigan, 1994) es una cómica muestra de este regreso que emprende el @-dicto: En la historia que intitula este filme, podemos acompañar a *Coco Bryce un chico de ciudad, un chico soul*, en su viaje ácido: el poderoso ácido y el clásico golpe eléctrico transportan a *Coco Bryce* al conducto dilatado por el cual será expulsado como un recién nacido, así despierta de su viaje, o será mejor decir que despierta a su viaje, como el pequeño *Tom* hijo primogénito de una pareja. El padre luego es ignorado por la nueva pareja que forman el pequeño *Tom* –que no deja de aprovecharse de la situación y accede a los placeres incestuosos encubiertos– y su madre que se consagra a este falo, o bebé. Mientras tanto el cuerpo de *Coco Bryce* queda poseído por el ser del recién nacido, y también es aprovechado (como cuerpo desecho @ que es) por una mujer, esta vez es la novia de *Coco Bryce*, la que



no descuida la situación para formalizar retroactivamente el compromiso matrimonial con el *chico soul*.

El adicto queda así a la disponibilidad de quién lo tome como @, quién mejor que mamá que ya lo ha tenido así. Pero al adicto no es que le interese fundamentalmente ser @, es sólo porque el repliegue lo lleva a esa posibilidad, pero el está más interesado en el estado narcisista y sus frutos, como tampoco tiene porque ser @ de cualquiera, sólo de quién quiera tomarlo así. En el filme recién referido observamos que a pesar de la dependencia a la madre, *Coco Bryce* y *Tom* no están preocupados por ello; esto no quita que la relación interese a ambas partes, muy frecuentemente puede ser bienvenida *una transfusión de alcohol y carne* (Cruz, 2002, pista 7). Son sólo sujetos que se encuentran y se sirven unos de otros.

Es totalmente comprensible porque las familias, especialmente la madre o la pareja del @-dicto, en algún momento se presenten como obstáculos a la cura de éste, pues les interesa conservar al @. De igual manera el psicoterapeuta puede tomar al @-dicto, esa preocupación excesiva, ese interés de curarlo mayor que el del propio adicto, ese *furor curandi* es muestra de la toma del @-dicto, el cual se asimila simplemente porque está disponible para ello. Por supuesto, esto va en detrimento de la cura, pues lo que queda velado tras la huida narcisista es el deseo del adicto, cuanto más si se pone a jugar el papel de objeto @ para los demás. Todo mundo va tras el @-dicto, lo cuidan, lo vigilan, a todos les preocupa y quieren que deje su adicción, todos excepto él, tantas ganancias le produce el acto @-dictivo (como si no fuera suficiente el contento narcisista). Y si acaso el sujeto quiere dejar de acceder al acto de adicción, los principales interesados en este @-dicto se encargaran de corregirlo.

El @-dicto suele ser acompañado en su peregrinar yoico, causa cierta atracción que le asegura alguna compañía, es quizá la misma atracción que causa el indefenso, el recién nacido, la historia de Stefan Zweig revisada paginas atrás nos lo muestra con mucha fuerza. Me parece que al respecto es de mucho interés hacer una lectura de tal relación a la luz del conocimiento que Freud y Lacan vertieron sobre la estructura histérica, pues parece ser el caso del acompañante. El vínculo que se forma entre el @-dicto y su acompañante no deja

de evocar el cuadro que componen las figuras principales de Narciso y la ninfa Eco que acompaña al bello joven que enamorado contempla su propio reflejo. Una bella ilustración de esta escena es el cuadro del pintor John Waterhouse intitulado *Echo and Narcissus*.

Algunas reflexiones hacen nacer la adicción de la relación madre-hijo. Esta sugerencia de la génesis de la adicción no puede ser aceptada sino como un elemento más dentro de la motivación adictiva, la a-dicción es lo cotidiano, se le ve en todas partes, en la estancia familiar, en el bar, en la red, en las esquinas de los barrios... puedo decir que todo sujeto tiene su precio de a-dicción, esto es un objeto al cual puede invertir con aquello que completa su imagen; es que en la actualidad la seducción narcisista es muy poderosa, y cualquiera puede ceder ante su embeleso; es cierto que las propiedades del objeto no son primordiales, pues interesa más la búsqueda de desconexión que practica el sujeto, pero cuanto más fácil si existe una gran diversidad de cosas que nos ofrecen mucho y tan sin la necesidad de recurrir a la intermediación del otro, acaso sólo a otro que igual que uno mismo se vela tras una pantalla para hacer juntos el placer solitario. Las adicciones psicológicas son especialmente atractivas, a pesar de que el placer que es su fruto suele ser mediocre, pero su disponibilidad y su inocuidad orgánica las coloca dentro de las favoritas de muchos sujetos.

Dentro de los motivos del acto adictivo no es posible reconocer una condición genética general, sólo la multiplicidad; lo particular sólo interesa y puede descubrirse en el análisis de cada sujeto. Tal es la aportación que hago, podemos tener noticia del acto adictivo, de su mecanismo, de sus destinos; pero si buscamos hallar sus orígenes más allá de eso, en incesto, fijaciones orales, narcisistas, etc., no encontraremos sino confusión, pues la a-dicción es un acto adictivo, una conducta que practica un escape, es una vía abierta para cualquier sujeto, lo que nos aterra es la pasión que se desata por el objeto, y quisiéramos que sólo algunos malditos fueran víctimas de esa posibilidad, o que todo ese poder magnético y destructivo estuviese contenido en el objeto de adicción; pero más bien está en nosotros mismos, en el yo, en el sujeto, ya Freud lo señala al comparar la actividad onanista con la adicción al juego. El encanto que la propia imagen exaltada nos genera puede observarse en el mito de *Narciso*, se entiende ahí el problema que resulta este embeleso, pues tiene como horizonte la muerte.

El papel que funge el padre del adicto también ha sido destacado, una vez más no me inclinaría a establecerlo como una condición general, es cierto que sobre ambas figuras (madre y padre) se han ofrecido observaciones que sustentarían ciertos perfiles, pero yo sugiero la prudencia en ese tenor, más vale que ante una conducta tan extendida y variada, atendamos a los motivos particulares del sujeto en tanto nos sea dado averiguarlos (en la terapia), y nos conformemos con transparentar el mecanismo que posibilita al acto.

Un punto que puede estar directamente vinculado a la cuestión anterior es el de la búsqueda religiosa del @-dicto. La cura más frecuente y quizá la más “efectiva” es la cura religiosa. El sujeto se encomienda una potencia superior que le permita resistir la tentación de reincidir. Me parece ver ahí algo similar a lo que acontece con el niño que introyecta al padre para reforzar su voluntad y poder renunciar al vínculo incestuoso con la madre; por supuesto, después de que un adicto ha descendido a los infiernos sólo la potencia divina puede ser un refuerzo efectivo para alejarse de la droga. Pero la cuestión es una más de las que desafortunadamente no puedo abordar aquí, no quería dejar de señalarla.

Para finalizar el capítulo es preciso adoptar una definición de adicción, es obvio que ya lo he hecho, pero no está de más explicitarlo. La adicción es la a-dicción, el intento de romper el vínculo alienante con la instancia simbólica que nos marca como deseantes y nos condena a ello. En este intento se produce la recuperación de  $\phi$ , por la mediación del objeto de a-dicción. La a-dicción es un acto y mientras el sujeto reniega del comercio discursivo podemos hablar de un sujeto en a-dicción; entonces el sujeto está en a-dicción cuando usa un objeto para solventar algo que experimenta como discapacidad; dicha solución es en realidad una huida hacia sí mismo que practica el sujeto, un repliegue que hace acopio de libido en el yo, la cual es tramitada vía el delirio de grandeza, el que luego puede posibilitarle su reencuentro con los objetos de la pulsión. La adicción es al tiempo la @-dicción, porque el retorno narcisista pone al sujeto en la disposición de @, y sólo el reintegro de la libido a los objetos puede restituirle su condición de deseante.

La contemplación de los destinos del acto a-dictivo nos permite entender que el acto a-dictivo es ya una a-dicción, pues el repliegue ocurrido en todo acto a-dictivo es una no-

dicción en la medida en que es una huida al yo, la cual puede además brindar la oportunidad de enfrentar la imposibilidad con mejor disposición.

## Conclusiones

**Bibit hera, bibit herus,  
bibit miles, bibit clerus,  
bibit ille, bibit illa,  
bibit servus cum ancilla,  
bibit velox, bibit piger,  
bibit albus, bibit niger,  
bibit constans, bibit vagus,  
bibit rudis, bibit magus,**

**Bibit pauper et egrotus,  
bibit exul et ignotus,  
bibit puer, bibit canus,  
bibit presul et decanus,  
bibit soror, bibit frater,  
bibit anus, bibit mater,  
bibit ista, bibit ille,  
bibunt centum, bibunt mille.<sup>1</sup>**

A continuación quiero expresar el curso del movimiento a-dictivo tal y como lo concibo, será pues repetitivo; pero pueden considerarse también las siguientes líneas como la síntesis del presente trabajo, una articulación de las ideas principales del mismo.

El acto a-dictivo es una huida narcisista que se emprende con la ayuda de un objeto que es investido con la expectativa de solventar una dificultad, se consiente así un movimiento en el que la libido se retira de los objetos hacia el yo, la cual se tramita luego como delirio de grandeza, pero dado que al yo (neurótico) no le es dable soportar la estasis libidinal, se produce entonces un regreso de la libido a los objetos (por lo menos a los de la fantasía), tal regreso con frecuencia es estruendoso, corresponde a lo que diversos autores han observado como cancelación de represiones. Es el delirio de grandeza el que le da soporte al acto a-dictivo y en el que recae su efectividad. En el movimiento a-dictivo se hace una recuperación imaginaria del falo ( $\phi$ ), es decir que el sujeto colma de forma imaginaria

---

<sup>1</sup> Fragmento del poema 196 (In taberna quando sumus) de los Carmina Burana (Carmina potoria), tomado de Arias (1970, p. 206).

aquello que en él es ausencia; lo anterior en detrimento del deseo, pues es éste el que ahora queda ausente –es aceptable matizar diciendo que el deseo es ignorado, en el sentido de desentenderse de él, de no prestarle atención, de dejarlo a un lado, y en el sentido de desconocer, como sobre-ignorar, desconocerlo cada vez más–. Es por esto que es un acto de a-dicción, de no-dicción, negación de la imposición a atarse al lazo social, que es necesariamente de lenguaje, y que implica la aceptación de buscar satisfacer aquello que se vive como falta, no en sí mismo, sino en el exterior, en los otros, en el Otro.

En el acto a-dictivo se produce un replegamiento libidinal hacia el yo, es decir un narcisismo secundario, que responde a una huida que efectúa el sujeto.

La estasis de libido en el yo, producto del acto de a-dicción, se tramita como delirio de grandeza.

El delirio de grandeza producido en el acto de adicción es el destino pulsional estructural a dicho acto, de él se desprenden dos: el retorno de la libido a los objetos y el retorno de la libido a los objetos de la fantasía.

En el acto adictivo se positiviza el falo imaginario ( $\phi$ ), el cual se agrega al yo en calidad de suplemento imaginario a la falta constitutiva del sujeto (castración).

La completud imaginaria que se establece en el acto a-dictivo solventa la negación de los objetos y al tiempo puede facilitarle la reintegración de la libido a los mismos, lo anterior resultado de una cancelación de represiones.

En el acto a-dictivo el sujeto se decanta como objeto desecho @, y no pocas veces establece relaciones en las que el funge como tal, como objeto @.

Es más preciso hablar de acto a-dictivo y sujeto en a-dicción, que hablar de adicción y de adicto.

*He oído que en la India hubo una vez una droga  
beneficiosa y no adictiva. Se llamaba soma y se representa como una hermosa marea  
azul. Si el soma existió alguna vez, el traficante logró embotellarlo y monopolizarlo, y  
venderlo y convertirlo en la misma DROGA de toda la vida.*

William S. Burroughs<sup>2</sup>

La observación que sustenta la metapsicología de las a-dicciones que aquí propongo es la del uso del objeto de adicción, del uso como agregado yoico. Sin duda la crítica a la que es más sensible esta reflexión, es la que apunta a la respuesta que he proporcionado sobre el efecto psíquico general producido en el acto de a-dicción. Desde ese punto de vista, la primera crítica que se puede construir se refiere al material de observación. Es cierto que he reflexionado a partir de casos clínicos, pero no puedo decir que el puntal sea fundamentalmente clínico; el cine y la literatura me han servido para ejemplificar muchas de las ideas aquí vertidas, por lo que podría argumentarse que esta metapsicología se construyó a partir de observaciones que muestran sólo *clisés* sobre la adicción.

Ciertamente el trabajo no podría abstraerse del todo de tal crítica; pero tampoco diría que en el cine y la literatura encontré todas mis intelecciones al respecto. El trabajo se cimentó en la interacción de las tres instancias (clínica, cine y literatura), pero también a partir de las reflexiones teóricas de los autores revisados, la cual constituyó una influencia muy importante, pues guió la observación.

Aunque un trabajo clínico profundo podría mejor orientar posteriores reflexiones sobre el tema, el cine y la literatura seguiría siendo una fuente privilegiada de observación, pues el arte es un explorador del alma.

El uso del término *delirio de grandeza* podría parecer inadecuado, una exageración de lo que ocurre en el acto de a-dicción; pero el uso que hago de éste se apega al uso que hacía Freud del mismo, y debo mencionar que la idea del *delirio de grandeza* como destino estructural no era una expectativa que me había trazado justificar, sino que fue consecuencia ineludible de la reflexión, pues lo que es innegable es que en el acto a-dictivo

---

<sup>2</sup> Burroughs, (s.f., p. 9)

se práctica un vuelta narcisista. El problema surge cuando asocio términos de la cantera lacaniana, por ejemplo el término *imaginario*, es que el delirio en Lacan podría estar mucho más asociado a lo *real*. Lo que he querido destacar con el uso de *imaginario* es el artificio adictivo que pretendería paliar una falta al grado de negar su relación con los objetos, lo cual se consigue precisamente abonando a la imagen. Considero que un análisis profundo de la imbricación de términos podría arrojar una construcción más coherente.

Puedo decir lo mismo respecto de otros términos lacanianos, ya he dicho que seguir sus consecuencias excede al presente escrito, pero esto no lo salva de la crítica.

La dirección que he emprendido me parece muy prometedora –a pesar de muchas dificultades conceptuales que en el camino se presentan– pues he hilado posibles conexiones entre muchos de los fenómenos constitutivos de la adicción.

La mejor crítica no debe ignorar este intento de esclarecer un fenómeno que se presenta polimorfo, escurridizo, urgente, angustiante.

*Un gusano en mi botella me pide que lo engulla al final,  
entonces te veo a ti, sólo a ti.*



## Referencias

### Material bibliográfico

- Aksenchuk, (2006). Del goce globalizado a la ética de la diferencia. *Psikeba Revista de Psicoanálisis y Estudios Culturales*, 2. Recuperado de <http://www.psykeba.com.ar/articulos/RAtoxicomania.htm>
- Alarcón, R. (1990). "Interrupción del desarrollo emocional y duelo en un grupo de psicópatas, perteneciente al Reclusorio Preventivo Oriente varonil a través del test del árbol y H.T.P.", tesis, Facultad Psicología, U.N.A.M.
- American Psychiatric Association, (2002). *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales DSM IV TR*. Barcelona: Masson.
- Arias, A. (1970). *La Poesía de los Goliardos*. Madrid: Gredos.
- Balaguer, (2007). La ficción en la nueva narrativa de los videojuegos. *Psikeba Revista de Psicoanálisis y Estudios Culturales*, 5 (2). Recuperado de [http://www.psykeba.com.ar/articulos/RBP\\_la\\_ficcion\\_en\\_la\\_nueva\\_narrativa\\_de\\_los\\_videojuegos.htm](http://www.psykeba.com.ar/articulos/RBP_la_ficcion_en_la_nueva_narrativa_de_los_videojuegos.htm)
- Balaguer, (2007). Virtualidad, adicción, y estados de "furia narcisista". *Psikeba Revista de Psicoanálisis y Estudios Culturales*, 6 (2). Recuperado de [http://www.psykeba.com.ar/articulos/RBP\\_virtualidad\\_adiccion.htm#\\_ftnA2](http://www.psykeba.com.ar/articulos/RBP_virtualidad_adiccion.htm#_ftnA2)
- Baudelaire, (1860/2000). Los paraísos artificiales. En *Charles Baudelaire Obras Selectas*. España: Edimat.
- Bilbao, M. A. & Castillo, B. M. (2002). Teorías psicoanalíticas sobre lo simbólico y la personalidad adictiva. *LiberAddictus*, 59. Recuperado el 10 de julio de 2009, de <http://www.liberaddictus.org/Pdf/0661-59.pdf>
- Burroughs, W. (s.f.). *El Almuerzo Desnudo*. España: Anagrama.
- Braunstein, N. (2006). *El Goce: Un Concepto Lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Chemama, R. & Vandermersch, B. (2004). *Diccionario del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Coetzee, (2007). *La Edad de Hierro*. México: Mondadori.
- Costantino, N., Moguillansky, R., Seiguer, H. (2002). Esperar sueños o fabricar ilusiones: notas para una caracterización psicoanalítica de la adicción. En Moguillansky, R. (Comp.). *Escritos Clínicos Sobre Perversiones y Adicciones*. Buenos Aires: Lumen.

- del Campo, E. (2001a). Una lectura desde el psicoanálisis sobre el problema de la drogadependencia. *Acheronta Revista de Psicoanálisis y Cultura*, 13. Recuperado de <http://acheronta.org/acheronta13/comunidades.htm>
- del Campo, E. (2001b). La clínica psicoanalítica en la drogodependencia. *Acheronta Revista de Psicoanálisis y Cultura*, 14. Recuperado de <http://acheronta.org/acheronta14/drogaemiliano.htm>
- Dostoievski, F. (1867/1969). *El Jugador*. España: Salvat.
- Echeburúa, E. (2000). *¿Adicciones Sin Drogas? Las Nuevas Adicciones*. España: Desclée Brouwer.
- Escohotado, A. (2000). *Historia General de las Drogas*. Madrid: Espasa.
- Freud, S. (1890/1986). Tratamiento psíquico (tratamiento del alma). En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1898/1986). La sexualidad en la etiología de las neurosis. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. III. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900/1986). La interpretación de los sueños (segunda parte). En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. V. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905a/1986). El chiste y su relación con lo inconciente. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. VIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905b/1986). Tres ensayos de teoría sexual. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1908/1986). Sobre las teorías sexuales infantiles. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1910/1986). Sobre la más generalizada degradación de la Vida amorosa (contribución a la psicología del amor, II). En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912b/1986). Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber). En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/1986). Introducción del narcisismo. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, (1913/1986). Tótem y tabú. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915a/1986). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915b/1986). La represión. En *Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1915c/1986). Lo inconciente. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917a/1986). Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917b/1986). Duelo y melancolía. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917c/1986). Conferencias de introducción al Psicoanálisis. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917d/1986). Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920/1986). Más allá del principio del placer. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921/1986). Psicología de las masas y análisis del yo. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923/1986). El yo y el ello. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924/1986). El sepultamiento del complejo de Edipo. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924b/1986). El problema económico del masoquismo. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927/1986). El humor. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1928/1986). Dostoievski y el parricidio. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930/1986). El malestar en la cultura. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931/1986). Sobre la sexualidad femenina. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986/1950). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. *En Sigmund Freud Obras Completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ferenczi, S. (1911). El papel de la homosexualidad en la patogenia de la paranoia. *En Obras Completas de Sándor Ferenczi*. Disponible en <http://www.psicoanalisis.org/>
- Gubern, R. (2006). *El Eros Electrónico*. México: Taurus.

- Kaufmann, P. (1996). Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis: el aporte Freudiano. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1949/2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1958/2009). La significación del falo. En *Escritos 2*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1960/2009). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2*. México: Siglo XXI.
- Laplanche, J. & Pontalis, J. (1987). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Le Poulichet, S. (1990). *Toxicomanías y Psicoanálisis Las narcosis del Deseo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- López, R. E. (1991). *Adictos y Adicciones Una Visión Psicoanalítica*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Maldonado, J. L. (2002). Sobre la patología del alcoholismo y la drogadicción en la experiencia psicoanalítica. En Moguillansky (Comp.). *Escritos Clínicos Sobre Perversiones y Adicciones*. Buenos Aires: Lumen.
- Melenotte, G. (2002). Un uso del placer. *Revista Carta Psicoanalítica, 1*. Recuperado de <http://www.cartapsi.org/revista/no1/melenotte.htm>
- Melman, C. (2000). Sexolíticos. *Association lacanienne internationale*. Recuperado el 9 de diciembre de 2010, de [http://www.freud-lacan.com/articles/article.php?url\\_article=cmelman111000&p=y](http://www.freud-lacan.com/articles/article.php?url_article=cmelman111000&p=y)
- Milner, E. (1985). *El toxicómano y el placer*. En Olievenstein, C. *La Toxicomanía*. Madrid: Fundamentos.
- Nacio, J. (1996). *Enseñanza de Siete Conceptos Cruciales en Psicoanálisis*. México: Gedisa.
- Olievenstein, C. (1985). *La Toxicomanía*. Madrid: Fundamentos.
- OMS. (1969). Comité de expertos de la OMS en farmacodependencia 16° informe. *Serie de Informes Técnicos 407*. Ginebra. Recuperado de [http://whqlibdoc.who.int/trs/WHO\\_TRS\\_407\\_spa.pdf](http://whqlibdoc.who.int/trs/WHO_TRS_407_spa.pdf)
- OMS. (1992). *Clasificación Internacional de Enfermedades CIE 10*. Madrid: Meditor.
- Réquiz, G. (2003). *Usos de la droga y el goce en tres casos de adicción*. Investigación presentada en el I Encuentro Americano, XIII Encuentro Internacional del Campo Freudiano. Recuperado el 10 de julio de 2009, de <http://ea.eol.org.ar/01/es/template.asp?simultaneas/tya/textos/grequiz.html>
- Rosenfeld, H. A. (1978). *Estados Psicóticos*. Buenos Aires: Horme.
- Segal, H. (1992). *Introducción a la Obra de Melanie Klein*. México: Paidós.

Serra, B. (1996). *Hacia una comprensión psicoanalítica de la farmacodependencia*. Tesis de licenciatura no publicada, Universidad Nacional Autónoma de México. D.F., México.

Solares, I. (2003). *Delirium Tremens*. México: Punto de lectura.

Stekel, W. (s.f.). *Onanismo y Homosexualidad*. Buenos Aires: Ediciones Imán.

Stevenson, R. (1886/1996). *Dr. Jekyll & Mr. Hyde*. Santiago de Chile: Andres Bello.

Tausk, V. (1983). *Trabajos Psicoanalíticos*. Barcelona: Gedisa.

Vera, O. E. (1988). *Droga, Psicoanálisis y Toxicomanía. Las Huellas de un Encuentro*. Buenos Aires: Paidós

Zweig, S. (s. f.). *Veinticuatro Horas en la Vida de Una Mujer*. México: Ediciones Gernika

Nota:

La frase que finaliza el presente trabajo la extraje de la canción *Noche*, de mi amigo compositor Raúl Martínez Rojas, comunicación en: perromalditodelinfierno5@hotmail.com

#### Material audio-visual

Akerlund, J. (Director). (2002). *Spun* [Cinta cinematográfica]. EE. UU.: Silver Nitrate.

Aranofky, D. (Director). (2000). *Réquiem por un Sueño* [Cinta cinematográfica]. EE. UU.: Artisan Entertainment, Thousand Words.

Armfield, N. (Director). (2006). *Candy* [Cinta cinematográfica]. Australia: Film Finance Corporation

Boyle, D. (Director). (1996). *Trainspotting*. [Cinta cinematográfica]. Reino Unido.: Miramax Films.

Cedecom, (Productora). (2009). *Tesis*. [Serie de televisión]. Andalucía, España: Canal sur 2 Andalucía. Disponible en <http://www.escohotado.com/videografia.asp>

Contreras, M. (Director). (1943). *Pito Pérez* [Cinta cinematográfica]. México: Hispano Continental Films.

Cordero, S. (2004). *Crónicas*. [Cinta cinematográfica]. Ecuador: Anheló.

Cruz, J. (2002). El boxeador [Grabada por Real de Catorce]. En *Voy a Morir* [CD]. México: Fonarte Latino.

Edwards, B. (Director). (1962). *Días de Vinos y Rosas* [Cinta cinematográfica]. EE. UU.: Warner Bros. Pictures.

- Fernández, V. (1989). Mujeres Divinas. En *El Cuatrero* [CD]. México: Sony BMG Latin
- Figgis, M. (Director). (1995). *Adiós a las vegas* [Cinta cinematográfica]. EE. UU.: Lumiere Pictures.
- Gutiérrez, A. (1996). El Diario de un Borracho. En *El Solitario: El Diario de un Borracho* [CD]. Colombia: Sonolux.
- Manu Chao. (1998). Malegria. En *Clandestino Esperando la Última Ola*. [CD]. EMI.
- McGuigan, P. (1994). *Viaje Acido* [Cinta cinematográfica]. Escocia: Film Four International.
- Parker, A. (Director). (1982). *Pink Floyd The Wall* [Cinta cinematográfica]. Reino Unido: MGM.
- Preminger, O. (Director). (1955). *El Hombre del Brazo de Oro* [Cinta cinematográfica]. EE.UU.: United Artists.
- Schroeder, B. (1987). *Barfly* [Cinta cinematográfica]. EE. UU.: Cannon Film.
- Wilder, B. & Brackett, C. (1945). *Días Sin Huella* [Cinta cinematográfica]. EE. UU.: Paramount Pictures
- Van Sant, G. (Director). (1989). *Drugstore Cowboys*. [Cinta cinematográfica]. EE. UU.: Avenue Pictures Productions.